

**HQN**<sup>TM</sup>



**ES MEDIANOOCHE,  
CENICIENTA**

**ADRIANA ANDIVIA**

**ES MEDIANOOCHE,  
CENICIENTA**

**ADRIANA ANDIVIA**

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2018 Adriana Andivia Reyes  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Es medianoche, Cenicienta, n.º 205 - septiembre 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-723-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para mi hermana, Irene.  
Cómplice e instigadora de sueños.*

*Los zapatos tienen un misterio que solo  
conoce la mujer que los lleva.  
Es la manera de caminar, es mucho más.*

MANOLO BLAHNIK

## Prólogo

La primera vez que los vi, era solo una niña. Debía de tener unos ocho o nueve años. En realidad, no lo recuerdo bien. Solo sé que era una de esas tardes de septiembre en las que el sol empieza a hacerse el remolón retirándose cada vez más temprano, que el curso acababa de empezar y que las manos me olían a lápices y a libros nuevos.

La abuela nos recogió a la salida del colegio, nada especial. Para mis padres era complicado conciliar su horario laboral con el calendario escolar. Por eso, la persona que mi hermano y yo encontrábamos esperándonos tras la cancela cuando acababan las clases solía ser esa anciana que lo observaba todo con ojos de niña. Si mirabas solo a los ojos de la abuela, sin prestar atención a su piel arrugada ni a su pelo encanecido por los años, podías confundirla con uno de los escolares que corrían a casa en cuanto sonaba la sirena.

Recuerdo que diluviaba. Es uno de los pocos detalles de ese primer encuentro que quedó grabado en mi memoria. Y, como hacía siempre que el tiempo se estropeaba, al punto de hacer temer que el fin del mundo estuviese cerca, también esa tarde la abuela me subió al desván de su vieja casa. La misma en la que había vivido desde que era una niña. El lugar bien podría confundirse con las bambalinas de un decadente teatro. Cajas apiñadas por doquier, unas rotas y otras perfectamente selladas; polvorientos vestidos con hechuras que recordaban épocas pasadas; pesados candelabros de bronce; abanicos que se hubiesen roto al menor zarandeo... Yo contemplaba aquel caos con ojos maravillados. Como debió hacerlo Alí Babá la primera vez que se coló en la cueva de los cuarenta ladrones. Por muchas veces que subiese allí, con ella, la sensación de embeleso que me producía ese sitio no variaba.

Esa tarde, la tarde en la que vi por primera vez la herramienta que me

ayudaría a cambiar mi destino, la abuela se acercó a mí con una de las cajas que guardaba en el desván entre las manos y una sonrisa pícaro en los labios.

—Mira, ¿te gustan? —me preguntó, juguetona, destapando primero la caja y apartado después un pliegue de papel de seda ajado por el paso de los años.

Yo me acerqué para ver qué era aquel tesoro que tan generosamente estaba compartiendo conmigo. Asomé la naricilla sobre su regazo y, con los ojos muy abiertos, exclamé:

—¡Jo, abuela! ¡Son preciosos!

Como si esperase mi reacción, ella rio quedamente. Dejando que su pecho se agitase y emitiese un ruido que recordaba al de una cafetera vieja.

—Lo son, ¿verdad? —me preguntó, sacando de la caja uno de los nada discretos zapatos de tacón con los que había logrado maravillarme. Los mil y un cristalitos que lo cubrían brillaron bajo la débil luz de la bombilla que pendía del techo—. Algún día —vaticinó— serán tuyos. Estos zapatos han pertenecido a las mujeres de mi familia durante generaciones. Fueron míos y también de mi madre, de mi abuela y de su...

—¿Y también de mamá? —la interrumpí con impaciencia, yendo directa a averiguar lo que me interesaba.

—¿Tu madre? ¡No! Ella siempre ha sido demasiado pragmática.

A tan corta edad, el significado de la palabra «pragmática» se me escapaba por completo. Pero asumí que no debía ser nada bueno, si era el motivo que había privado a mi madre de usar unos zapatos tan fabulosos.

—¿Yo soy pragmática? —quise saber, temerosa, por si acaso también me quedaba sin catarlos.

De nuevo, la abuela se echó a reír con su risa de hojalata.

—No, cariño —me consoló, pellizcándome la mejilla con suavidad. Como hacía siempre que quería congraciarse conmigo—. Tú eres una tonta romántica, como tu abuela. Por eso, algún día, te entregaré estos zapatos a ti.

Devolvió el zapato al interior de la caja, los cubrió con el papel de seda y la tapó. Yo sentí una punzada de desilusión al perderlos de vista.

—No olvides lo que te digo, Berta. Estos zapatos te ayudarán a encontrar tu camino en la vida. Ellos guiarán tus pasos al lugar en el que debes estar.

No puedo jactarme de tener buena memoria. De hecho, suelo olvidar todo solo cinco minutos después de que haya ocurrido. Pero el brillo de los zapatos y la frase que me dijo mi abuela al mostrármelos han permanecido inalterables en mi memoria. A pesar de los muchos años que han pasado

desde entonces.

# Capítulo 1

Cuando era niña, la casa de mi abuela me parecía enorme. Como uno de esos castillos que aparecen en las páginas de los cuentos ilustrados. Sin embargo, conforme fui creciendo, mi percepción sobre la casa también fue cambiando. No sé si porque, al aumentar mi cuerpo de tamaño, me volví más exigente con los espacios. O, sencillamente, porque perdí el toque de magia que tienen los niños en la mirada y que, irremediablemente, el paso de los años se encarga de corregir. El caso era que, donde antes veía un escenario de cuento, ahora no encontraba más que una casa vieja, casi ruinoso, cuyas paredes parecían a punto de desplomarse por la excesiva decoración que colgaba de ellas.

Pero, aunque hacía muchos años que era consciente de la realidad de aquel hogar, esa mañana se me antojó tan inmenso como cuando era pequeña. Sin duda porque, al faltar ella, el edificio quedó vacío de su presencia, que inundaba cada rincón. Colmando el ambiente mucho más que la colección de cuadros de mercadillo o las falsas alfombras persas que acumulaban polvo en el salón y las habitaciones.

Mi abuela murió un enero, recién estrenado el año, dejándome un vacío aún más grande que el que se había adueñado de su casa. Amén de unos misteriosos zapatos metidos dentro de una agujereada caja de cartón.

Me recuerdo sentada en el sofá en el que tantas viejas películas había visto con ella. La caja apoyada en mi regazo era lo único que rompía la triste monotonía de mi vestido negro. En mi familia las tradiciones siempre se han llevado a rajatabla. Cumplir con el luto no fue la excepción. Así que allí estábamos todos, rigurosamente vestidos de oscuro, después de haber dejado el cuerpo de la abuela dentro del sepulcro familiar, desvalijándole la casa en busca de algo de valor que agenciarnos como «recuerdo» suyo. Parecíamos

una bandada de buitres, y no solo por el color de nuestros trajes.

Mientras mis primas rebuscaban en el joyero —tasando pulseras, anillos y collares—, yo aparté la tapadera de la caja que, a instancias de la fallecida, me había sido entregada en cuanto llegué a la casa. Levanté un poco el pico del papel de seda que protegía el contenido y, a pesar de mi dificultad para recordar cualquier cosa que hubiese sucedido más allá de una semana, el recuerdo de la tarde en el desván vino a mi mente con una claridad asombrosa.

El olor del chocolate que habíamos tomado en la merienda, la parpadeante luz de la única bombilla que iluminaba el desván y el sonido atronador de la tromba de agua que estaba cayendo fuera. Todo volvía a estar allí.

Todo, menos ella.

Me sentí como si alguien estuviese apretándome el corazón, estrujándolo entre sus manos, y la mirada se me enturbió sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Abrumada por la pena intenté regresar todo a su lugar: el papel, la tapadera... Pero, antes de que pudiese hacerlo, vi, a través de la película de agua que me distorsionaba la visión, el pico de un sobre que no recordaba que estuviese allí. Movida por un impulso, tiré de él, pinzándolo con los dedos pulgar e índice. Al leer las letras escritas en el dorso, la sentí a mi lado. A pesar de que sabía que yacía en un lugar del que ya no podía volver.

«Para Berta».

La carta, por supuesto, iba dirigida a mí. No podía ser de otra manera. Así que la abrí con dedos temblorosos. Deseando prolongar a través del papel las conversaciones que manteníamos durante horas, y a las que la muerte había puesto un drástico punto y final.

«Mi querida Berta», empezaba la misiva. Al leer esas palabras pude oír la voz de mi abuela, melosa como ninguna, que desde que yo era niña había utilizado esa fórmula para dirigirse a mí. Yo no era la querida Berta de nadie más, solo de ella.

*Sé que no te acordarás (estoy segura porque, si ni siquiera recuerdas lo que tomaste para desayunar, no espero mucho de tu memoria a largo plazo) pero estos zapatos y tú sois viejos conocidos. Hace muchos años, cuando aún eras una niña, te los mostré. Entonces te dije que algún día serían tuyos. Pues bien, si estás leyendo esto, es que ese día ha llegado.*

*Espero que no pienses que soy una vieja tacaña por legarte solo un par*

*de zapatos usados. De todas mis pertenencias, te estoy dando aquella que me es más preciada. Por supuesto, eres libre de quedarte con cualquier otra cosa que quieras. Si es que tus primas te lo permiten. Pero, por favor, no desprecies mi regalo.*

*Me temo que ha llegado la hora de despedirnos. Me gustaría decirte que no llores, porque siempre voy a estar contigo. Pero, lamentablemente, no tengo idea de a dónde voy. Ni siquiera sé si iré a algún sitio. Así que no te prometeré algo que no estoy segura de poder cumplir.*

*Lo que sí te prometo es que mi último regalo para ti te ayudará a encontrar tu camino. Haz buen uso de él.*

*Tu abuela, que te quiere:*

*Alfonsina*

Leer su nombre arrancó a mi pena una sonrisa. Recordé las tontas bromas que, de pequeñas, mis primas y yo le gastábamos a cuenta de él.

—Alfonsina... ¡Cara de sardina! —La buscaba Pilar, la más risueña de todas las nietas; y ella se fingía enfadada. Aunque la tirantez que se formaba en la comisura de sus labios la delataba. La abuela era una niña más, jugando como si no tuviese otra cosa en la que pensar.

—Berta, ¿tú no vas a querer nada? —me preguntó Claudia, la más joven de esa larga prole femenina que era mi familia.

De todas nosotras, Claudia era la que menos contacto había tenido con la abuela. Quizás, por eso mismo, también era la que más entera se mostraba. Sin molestarse en mantener el compungido ceño que requería la situación. Tal y como estaban haciendo las demás.

—Estamos repartiendo las pertenencias de la abuela. Para tener un recuerdo de ella, ya sabes —se apresuró a añadir Trini, su hermana, la más políticamente correcta de todas nosotras.

También yo me di prisa en esconder la carta, como si se tratase de un secreto que nadie más debía conocer. Todos los allí presentes sabían de la estrecha relación que nos unía a la abuela y a mí, por lo que a nadie le habría extrañado, ni molestado, que hubiese tenido la deferencia de dejarme un último mensaje. Aun así, era algo que quería guardar solo para mí. Como una más de las muchas confidencias que nos habíamos hecho cuando ella aún vivía.

Forcé una sonrisa.

—No, yo... Yo ya tengo lo que quiero —rehusé, aferrándome a mi caja de zapatos como si allí dentro estuviese el mayor tesoro del mundo.

Todas las mujeres congregadas en el salón me miraron, divididas entre la curiosidad y la burla. Mi intervención logró restar protagonismo al joyero en torno al cual estaban reunidas en aquelarre.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana, que nunca se enteraba de nada, incapaz de entender qué tenía esa harapienta caja para que yo la abrazase con la codicia con la que lo estaba haciendo.

—Un par de zapatos viejos recubiertos de pedrería. Modelo putilla —respondió Claudia con deje despectivo, haciéndose la graciosa—. La abuela se los dejó en herencia.

—Ah —replicó la otra, quien, una vez desvelado el enigma, no se explicaba tanto celo de mi parte.

—¿Seguro que no quieres nada? —volvió a mediar Trini. En su tono de voz pude adivinar el final no pronunciado de la frase: «después no te quejes».

—Seguro —me reiteré. Lo que me valió para revalidar la imagen de descerebrada que mi familia tenía de mí.

Mis primas siguieron mirándome durante un segundo más. Luego, como si hubiesen llegado a la conclusión de que era un caso perdido, todas se giraron al tiempo para seguir con la tasación.

En aquel momento no entendí a qué se refería la abuela con eso de que aquellos zapatos «me ayudarían a encontrar mi camino». De hecho, tardé mucho tiempo en comprenderlo. Quizás demasiado. Pero, aun así, bastaba que ella hubiese decidido regalármelos para que, para mí, fuesen lo más valioso que podía encontrar en aquella casa.

La gente dice que lo mejor para superar el dolor de una pérdida es retomar la rutina cuanto antes. Eso fue lo que debió pensar Lucrecia, mi jefa, con toda su buena voluntad, cuando, dos horas después de haber enterrado a mi abuela, me llamó por teléfono para decirme que no había podido encontrar a nadie que me sustituyese en las clases de la tarde.

—Si pudiese recurrir a alguien más, no te llamaría —terminó, para suavizar el asalto, de sobras conocedora de cuáles habían sido los motivos que me habían llevado a pedirle el día libre.

Acepté, por supuesto, porque era consciente de que mi condición de «enchufada» me obligaba a hacer ese tipo de sacrificios para compensar mi ventajosa situación dentro de la empresa. Siempre fui consciente de que, de no ser por la amistad que unía a mi madre con la dueña de la academia privada en la que trabajaba desde hacía ocho años, jamás hubiese sido contratada. A la buena mujer se le acumulaban sobre la mesa del escritorio currículos que, día tras día, le dejaban personas mucho mejor preparadas que yo. Másteres, postgrados e idiomas varios. Comparado con eso, mi licenciatura en Filología Hispánica y el B2 de francés no hubiesen tenido nada que hacer de no haberle llegado tan bien recomendada.

Así que me fui a casa, me duché, me enjuagué el llanto y cambié mi vestido negro por otras ropas. Igualmente oscuras, pero más de diario.

A las cinco de la tarde, como un clavo, estaba delante de un grupito de adolescentes con las hormonas disparadas. Los cuales no hacían lo más mínimo por disimular que estaban más pendientes de la curva que mis pechos marcaban bajo el jersey que de las declinaciones que apuntaba en la pizarra.

—Ae, ae, as, arum, is, is —iba recitando al tiempo que escribía.

Terminado el plural de la primera declinación comencé con el singular de la segunda.

—Us, e, um, i, o, o.

—Qué va, tío. Es tetona, pero poco más. —Oí decir, en un susurró que se elevó sobre el resto de cuchicheos que circulaban por el pequeño salón. Signo inequívoco de que mis estudiantes comenzaban a confiarse, seguros de que yo estaba demasiado entregada, apuntando letras en la pizarra como una posesa, para enterarme de lo que hablaban a mis espaldas.

Sin apartar la tiza del encerado me volví a medias para mirarlos por encima del hombro. Agacharon la cabeza al instante, esforzándose poco en reprimir las carcajadas que mi pillada despertó en ellos. Que los hubiese oído, lejos de avergonzarlos, hacía que la situación les resultase más divertida.

Las clases de la tarde eran las peores, porque los grupos que acudían a ellas estaban formados por chicos de instituto con escasas ganas de aprender forzados por sus padres a hincar los codos. O a fingir que lo hacían. Las mañanas eran distintas, más tranquilas y benignas. Las materias de bachillerato y ESO eran relegadas en favor de los idiomas, y el auditorio juvenil y disperso por adultos que acudían a clase esperando que algún método milagroso los ayudase a aprender alguna lengua extranjera.

Otra idea que también reza la creencia popular es que «no hay mal que por bien no venga». Y yo, esa noche, volví a casa después del trabajo lo suficientemente cansada y cabreada para caer en la cama igual que una piedra.

Así fueron pasando los días, las semanas y, cuando me vine a dar cuenta, resultó que ya había vivido un mes sin la abuela. En mi vida había pasado tanto tiempo sin verla, sin hablarla, sin contarle mis cosas ni oír sus historias de épocas pasadas. Caí en la cuenta del tiempo transcurrido una noche en la que, tirada en el sofá después de la cena, me topé con una escena de *Casablanca* en un canal de películas.

—Era la película favorita de tu abuela —comentó mi madre, bostezando como una posesa.

Yo ya lo sabía. La había visto con ella infinidad de veces. E invariablemente acabábamos con un nudo en el estómago cuando Rick se despedía de Ilse en el aeropuerto, asegurándole que siempre les quedaría París.

—Lo pesada que se ponía cada vez que la echaban en la tele —prosiguió mi madre—. Hasta decía que ella también había tenido un lío en Casablanca con un moro guapísimo. ¡Ya ves! ¡Ella! Si la muy infeliz no salió de Sevilla en su puñetera vida —concluyó, con un suspiro que revelaba más desesperación que nostalgia—. A tu abuelo, el pobre, se lo llevaban los demonios cada vez que la oía. Esa mujer nunca estuvo bien de la cabeza.

La historia del amorío con Abik, el imponente marroquí, tampoco era noticia fresca. Conocía ese romance tan bien como el de la película de Humphrey Bogart. Con más detalle que mi madre, me atrevería a asegurar. De todas las batallitas que me contaba la abuela esa era, sin duda, mi favorita. Podía pasarme horas escuchándola hablar. Hasta que se cansaba de tanto palique y concluía el relato con un resignado:

—Pero me casé con tu abuelo. ¡Qué se le va a hacer! Elegí el camino más cómodo.

Yo me quedaba con la sensación de que fue una decisión que le pesó toda su vida. Aunque quería a mi abuelo, también deseaba un final diferente para su historia cada vez que me la contaba.

Pasé la infancia y la adolescencia con la esperanza de vivir, algún día, una historia de amor como la de mi abuela y Abik. Como las de las películas que veíamos cuando me quedaba a dormir en su casa. Pero crecí, conocí a

Leonardo, y me di cuenta de que esos romances no pueden existir más que en la ficción. Incluyendo el de mi abuela que, como decía mi madre, solo salió de Sevilla una vez. Y fue para ir a Cádiz, a la boda de su hermano pequeño.

¡Cómo para vivir un idilio en Casablanca!

—Bueno, ¿qué? —soltó mi madre, cortando el hilo de mis pensamientos—. ¿Es que nos vamos a tragar este tostón hasta el final?

Sin replicar, apreté el botón en el momento en el que Ilse entra en el local de Rick, y continué mi periplo saltando de canal en canal.

Un rato después me encontraba a solas en la semipenumbra en la que la luz del flexo de la mesilla de noche sumía mi habitación. Me arrodillé junto a la cama y extraje de debajo de ella la caja con los zapatos de mi abuela. Los había guardado allí, después de volver del funeral, y desde ese momento mi imprecisa memoria no había vuelto a recabar en ellos. Hasta esa noche en la que Ingrid Bergman y Humphrey Bogart me devolvieron su presencia con una intensidad dolorosa.

No es que no me hubiese acordado de ella hasta entonces. En los treinta días que hacía que se había ido, su imagen no me había abandonado ni por un segundo. Cuando iba al supermercado y veía en las baldas los bombones que tanto le gustaban, cuando al pasear por la calle me llegaba una ráfaga del perfume de lavanda que usaba, en cada sobremesa que tomaba a solas un café que acostumbraba a beber con ella... En cada uno de esos momentos la certeza de su falta caía sobre mí con el peso de una losa. Las imágenes de esa película en blanco y negro, que tantos recuerdos me traía, solo reabrieron una herida que todavía pugnaba por cerrarse.

Como hizo mi abuela aquella primera y lejana tarde de tormenta, quité la tapa, aparté el papel de seda y saqué uno de los zapatos, elevándolo ante mis ojos. Esa noche no llovía, pero, igualmente, los cristalitos que lo cubrían brillaron a la luz de mi flexo. Del mismo modo en que lo habían hecho en el desván de la casa que ahora lucía un cartel de «se vende». Las paredes de mi habitación se llenaron de diminutos y frágiles arcoíris.

Envuelta en aquella atmósfera mágica, casi de cuento, traté de descifrar el mensaje oculto en la nota de despedida que me había dejado la abuela.

—Así que estos zapatos me ayudarán a encontrar mi camino, ¿eh? —Pensé en voz alta, sin terminar de entender qué quería decir.

Era complicado hacerlo cuando, en realidad, llevaba toda la vida intentando hallar ese camino por mí misma sin llegar a encontrarlo. Lo cierto

era que, durante mi vida como adulta, y aun antes, me había dejado arrastrar por las circunstancias que se presentaban ante mí sin oponer ninguna resistencia; sin esforzarme mucho por nada, ni frustrarme por carecer de algo. Mientras tuviese una buena película y una tarrina de helado para acompañar la sesión de cine no necesitaba nada más.

Supongo que esa falta de ambición era la que me había conducido a mi situación actual. A mis treinta y cuatro años seguía viviendo en casa de mis padres con mi castrante madre después de que mi padre abrazara su libertad tras la firma del divorcio y de que mi hermano se largase a Alemania para trabajar. Por si mi presente no fuese ya bastante vacilante, tampoco mi futuro se presentaba sobre una base mucho más estable. Tenía un trabajo basura y mal pagado, ninguna perspectiva de encontrar nada mejor y, para acabar de arreglarlo, mi vida sentimental era inexistente desde hacía años. Un panorama lo suficientemente desolador para que ya no esperase nada ni del plano profesional ni del personal. Había asumido sin presentar batalla, como hacía siempre, que mi vida era un erial en el que raramente florecería algo.

Sabía que tenía que cambiar el chip, aunque siempre encontraba la excusa perfecta para dejar la metamorfosis para otro momento. Sin embargo, allí, entre los mil arcoíris que escapaban de mi zapato, tomé conciencia, por primera vez, de lo estéril que era mi existencia.

Las palabras de la abuela se me antojaron un toque de atención. Una llamada de advertencia para que, de una vez por todas, tomara impulso y le diera a mi vida el giro que necesitaba. Por primera vez me di cuenta de la preocupación que le producía a esa anciana de ojos risueños el infructífero estilo de vida que llevaba su nieta favorita.

Me acordé de aquello que solía decir al concluir el relato de su particular *Casablanca*. Eso de que eligió el camino más cómodo y se casó con mi abuelo. Quizás yo debería hacer lo mismo. Puede que la clave del cambio estuviese en aceptar la vida como venía. En abandonar esa burbuja de cine y ficción en la que me refugiaba para empezar a involucrarme en la realidad.

Durante toda la noche le di varias vueltas a la idea que se me había metido en la cabeza, rodando de un lado a otro de la cama igual que una pelota de tenis en la cancha. Y, después de tantas vueltas, a la mañana siguiente amanecí con una firme resolución.

Dejé que el desayuno se desarrollase como de costumbre, pasando el tiempo entre los éxitos de la Cadena Dial, el café y la mantequilla untada en

las tostadas. Cuando me levanté para llevar al fregadero las dos tazas, supe que era el momento de poner en marcha el engranaje de la maquinaria que me llevaría a mi cambio personal.

—Mamá —dije, como quien no quiere la cosa, abriendo el grifo y dejando que las tazas se llenasen de agua—. Esa compañera tuya, Teresa —fingí hacer memoria, aunque me acordaba del nombre perfectamente—, ¿no te ha vuelto a decir nada sobre arreglarme una cita con su sobrino?

Mi madre cejó en su empeño de enderezar la plaquita que anunciaba al mundo su nombre, Manoli, en el bolsillo derecho de su uniforme de enfermera. La dejó en paz y me miró con el ceño fruncido en esa V minúscula que, desde el divorcio, había comenzado a volverse mayúscula a marchas forzadas. La letra había estado ahí, marcada en su piel, desde que tengo uso de razón. El único cambio en su semblante fue la profundidad de los trazos sobre la piel de su entrecejo.

—Mira, Berta, tengamos la fiesta en paz —empezó, advirtiéndome para que desistiese de aventurarme en una batalla que ella ya había empezado—. Con la de veces que me has puesto la cara roja, obligándome a decirle a Teresa que no estabas por la labor...

—Es que me lo he pensado mejor y creo que no estaría mal conocer al chico. —Corté su diatriba, sabiendo que lo que iba a decirle le alegraría el día—. Por probar, nada se pierde, ¿no?

Supe que no equivoqué mi suposición porque la V en su frente se relajó mínimamente. Volviéndose más regordeta en la base para desarmar el pico en el que sus dos cejas se unían habitualmente.

—¿Estás segura? —me preguntó, encantada de la vida.

Aunque su austera alegría pasaría desapercibida para cualquiera que no la conociese a fondo, solo de esa manera se explicaba que hubiese detenido el rosario de reproches que se disponía a soltarme. Aun antes de comenzar con él.

—¡Ay, hija! —exclamó, como quien eleva una plegaria al cielo—. ¡Hasta que por fin tomas una decisión sensata!

Por un momento pensé que iba a venir hacia mí para estamparme dos besos, uno en cada mejilla. Pero pronto me di cuenta de que su acceso de alegría no llegaba al punto de deshacerse en unas muestras de cariño en absoluto habituales en ella. Mi madre se dio media vuelta, cogió su bolso y el abrigo y se encaminó al portón sin dejar de repetir lo de acuerdo que estaba

con mi inesperada decisión.

Para ella, como para tantas otras madres, esa rancia idea de ver a su hija entrar en la iglesia vestida de blanco era una ilusión. Una a la que ya había renunciado porque, para una mujer con su arcaica mentalidad, hacía años que se me había empezado a pasar el arroz. Por eso, mis palabras fueron para ella como un destello de esperanza en medio de la negrura más absoluta.

Yo la imité, cogiendo mi abrigo y mi bolso, y la seguí por el pasillo, contenta de haberme condecorado con ella. Era algo que, como mucho, me había ocurrido tres o cuatro veces en toda mi vida. Salimos al descansillo y cerré la puerta tras nosotras. Luego me giré para meter la llave en la cerradura. A través de las ventanas se filtraba una luz grisácea que auguraba un día nublado. Pero me dije que, en mi calendario personal, debía marcar ese día con un gran sol. Había tomado la decisión correcta.

Igual que una vez hizo Alfonsina Ruiz al abandonar su imaginaria Casablanca, yo también me resigné a tomar el camino fácil.

## Capítulo 2

Me autoengañé diciéndome que era normal. Que, cuando se tiene más de treinta años, es imposible prepararse para una cita con la ilusión y el nerviosismo con los que lo haces a los veinte. Que madurar consistía en eso, precisamente; en dejarse de boberías. Y que el hecho de que podría haberme olvidado del encuentro arreglado por mi madre y su compañera de no ser por la nota que escribí en mi agenda era perfectamente normal. Por algo necesitaba llevar siempre aquella libreta que suplía las carencias de mi defectuosa memoria. Si olvidaba todo lo demás, ¿por qué no podía ocurrir lo mismo con mi cita a ciegas?

Por ridículo que parezca, estaba tan desentrenada en la materia que llegué a creérmelo.

Fui pasando las hojas de mi agenda. Tachando las obligaciones anotadas en ellas conforme las iba cumpliendo. Hasta que llegué a la cuartilla en la que mi letra, dibujada de rosa fluorescente, me chillaba «Juanma». Tan fuerte que me dolieron los ojos al verlo.

Juanma era el nombre del proyecto de ligue con el que mi madre me había estado atosigando los últimos cuatro meses. Un tiempo en el que yo había aguantado estoicamente el asedio, como en su día lo hicieron los numantinos al plantar cara a Escipión. Personaje que, en esta versión casera de la historia, era interpretado por Manoli Tellado. Aunque lo más fácil hubiese sido rendirse y darle gusto a la insistente mujer, mi fuero interno se resistía a hacerlo por una sencilla razón: no le veía ningún sentido a salir con alguien que no me interesaba.

—Si no lo conoces cómo vas a saber si te interesa o no, infeliz —respondía mi madre a esta razón, con su tacto y dulzura habituales.

Y no le faltaba lógica. Pero, aun así, y aunque por lo general siempre cedía

ante ella —como ante cualquier otro—, en este particular me negaba tozudamente a hacerlo. Supongo que tenía demasiado interiorizado que, si quería un poco de romance en mi vida, lo único que podía hacer era recurrir a la ficción. Fue algo que aprendí de Leonardo, mi primer y único novio. El que compaginó su tiempo conmigo con un buen ramillete de romances. No tengo idea de cómo organizaba su agenda, a quién le correspondía su amor los días pares y a quién los impares. Pero una cosa hay que reconocerle, era un tipo meticoloso, porque me tomó demasiado tiempo descubrir la verdad.

No entraré en detalles. Aunque pueda sonar a despecho, y probablemente haya un poco de él en mis palabras, no me merece la pena malgastar tinta describiendo mi experiencia con semejante espécimen. Solo diré que, después de cuatro años de relación, la conclusión que extraje de la experiencia fue que no me había resultado en absoluto placentera. Las únicas emociones que puedo recordar de mi tiempo con Leonardo son negativas y estoy segura de que, esta vez, mis frecuentes olvidos no tienen nada que ver con el nefasto balance.

Fue así como me retiré del mercado amoroso, condenándome por propia voluntad a un futuro solitario. El cual no me había preocupado lo más mínimo hasta que interpreté en la despedida de mi abuela el mismo consejo que mi madre, mis amigas y mis primas no se habían cansado de repetirme durante mis años de celibato. Por algo la abuela siempre fue la persona que más influencia ejerció en mi vida.

Sentada frente al espejo de mi tocador me pinté los labios, tiñéndolos de un rojo con matices tierra. Un color fuerte, pero no provocativo, me pareció lo más acertado para iniciar con buen pie la nueva etapa que me disponía a inaugurar. A fin de cuentas, no sabía con qué me iba a encontrar.

Juanma. Así, a priori, el nombre no me decía mucho. No me resultaba feo, pero tampoco especialmente bonito. Era un nombre de lo más común. Había conocido a más de un Juanma a lo largo de mi vida. Unos eran altos y otros un poco retacos. Los había simpáticos, aunque algunos también resultaron bastante desabridos.

Partía de una premisa que no me decía absolutamente nada. Aunque tampoco me importaba porque, en ese momento crucial para mi futuro, mi única preocupación era con qué combinar los zapatos de mi abuela. Quería llevarlos en homenaje a ella. Para dar ese paso que sus palabras, escritas en un papel, me estaban impulsando a dar. Eso era por ella y quería dejarlo

claro.

Por desgracia, en mi armario todo era demasiado modesto para combinar con aquellos zapatos de pedrería sin crear un contraste desequilibrado. Encajaban tan poco con mi ropa como con mi personalidad.

Después de vaciar mi guardarropa sobre la cama, solo para comprobar lo que ya sabía, terminé optando por una camisa de seda blanca y unos pantalones negros de pata de elefante bajo cuyo dobladillo mi llamativo calzado quedaría medio oculto. El escondite ideal para minimizar un poco su indiscreto efecto.

Me cepillé el pelo, de un castaño oscuro en el que las primeras canas se hacían muy visibles, y lo dejé caer libremente en toda su longitud, hasta la mitad de la espalda. Luego, segura de que había hecho cuanto estaba en mi mano para ofrecer mi mejor imagen, salí de mi habitación con la chaqueta doblada sobre el brazo.

No me hizo falta dar más de dos pasos por el pasillo para darme cuenta de que mi madre desaprobaba la elección del modelo con el que me presentaría en la cena de esa noche. La pronunciación de la V que adornaba su entrecejo me dijo su opinión antes de que abriese la boca.

—¿Qué eres? ¿Una novicia? —preguntó, acercándose a mí con sus ademanes rápidos y bruscos—. Si no enseñas un poco de carne no esperes vender la burra.

La frase me hizo adquirir una perspectiva completamente diferente del asunto que nos traíamos entre manos. Consiguió hacerme sentir como una res en una feria de ganado. Una demasiado vieja que había que endosarle a toda costa al único comprador que había demostrado un poco de interés en ella. La imagen me dio tanto asco que me provocó una injustificada punzada de aversión contra el pobre Juanma. Al que, todavía, ni siquiera conocía.

Antes de que pudiese darme cuenta mi progenitora había desabrochado dos botones de mi camisa. Una estrategia nada sutil con la que pretendía asegurarse el éxito de la transacción. Ahora el canalillo que separaba mis pechos era perfectamente visible y, si me inclinaba un poco, el encaje rosita que ribeteaba el filo de mi sujetador también lo sería.

—Bueno... —comentó, no demasiado satisfecha con el resultado.

Empecé a temer que fuese a mandarme de vuelta a mi habitación para obligarme a ponerme una de esas faldas hipercortas que, si se me hubiese ocurrido usar a los dieciocho, me hubiesen valido para ganarme un buen

sopapo. Eso en el mejor de los casos. Por suerte, en mi armario no había nada lo suficientemente sexy para cumplir las expectativas que tenía mi madre sobre la cita. Por eso, segura de que no terminaría saliendo a la calle vestida como si trabajase en un club de alterne, me relajé.

Entre tirones de la ropa, golpes a mi melena y restregones por mi cara encaminados a retocarme el maquillaje, me acompañó a la puerta. Reconviniéndome en todo momento. Algo que tampoco era ninguna novedad, lo hacía la mayor parte del tiempo que pasábamos juntas. Que, para mi condena, era mucho.

—Y a ver si no la fastidias —me dijo en el descansillo, colocando las solapas de la camisa sobre la chaqueta al mismo tiempo que abría el escote—, que ya no tienes edad para andar perdiendo el tiempo.

Me pregunté si, para que ella considerase que la cita había sido un éxito, debería volver a casa con las invitaciones de boda en el bolso. Su actitud empezaba a agobiarme. Pero en lugar de replicar, preferí responderle con un dócil y sosegado:

—Vale.

Era mi salida habitual. Llevaba el vale tatuado en los labios.

—¡Anda! Mira qué entusiasmo llevas —me recriminó mientras yo tiraba de la puerta del ascensor para meterme en él—. El mismo de siempre. Si es que eres una sin sangre. Pues, así, vamos mal...

Sus reproches me acompañaron mientras presionaba el botón del bajo para iniciar el descenso. Fue una bendición que temí ver rota al llegar a la planta baja. No sería la primera vez que mi madre seguía con su perorata en la escalera, varios pisos por encima de su víctima. Una oleada de exagerado placer me inundó al comprobar que, en esta ocasión, no lo hizo.

No sabía por qué pero, desde lo de la burra, la cita había empezado a caerme mal. Era extraño porque, hasta ese momento, mi preacordado encuentro con Juanma no me había producido ningún sentimiento. Ni de interés ni de rechazo. Sencillamente, no había pensado en lo que iba a hacer hasta el momento de empezar a vestirme.

Me obligué a vencer aquella sensación. Y ni siquiera cuando vislumbré, a través de los cristales de la puerta del portal, a una pareja de adolescentes que aprovechaban la oscuridad y la soledad de la calle para dar rienda suelta a la pasión, me dejé vencer por el desánimo. Comparar la cita de aquel par con la que yo iba a tener me resultó deprimente. Pero sabía que la clase de pasión

que esos dos estaban derrochando era algo que se curaría con el tiempo. Y yo ya iba tarde para superar los efectos secundarios de esas fiebres.

—Vamos, Berta —me animé—. No puedes flaquear cuando aún no has empezado. ¿No se suponía que ibas a madurar y a tomar las riendas de tu vida? Pues bien empiezas si lo primero que haces es ponerte a envidiar a esos críos.

Tomando aire para liberar mi cabeza de tantos pensamientos que pululaban por ella, tiré del pasamanos y abrí la puerta para salir a la calle. Agaché la cabeza y me crucé de brazos, encogiéndome sobre mí misma al pasar junto a los desenfrenados amantes para pasar lo más desapercibida posible. Una precaución un poco absurda, la verdad. Más allá de la falta de luz esos dos estaban demasiado ocupados metiéndose mano uno al otro para ver nada más.

El repiqueteo de mis tacones se propagó por la calle y a mí no me hizo falta caminar demasiado para saber que no iba a ser capaz de dominar aquel endiablado calzado. No había llegado aún ni al final de la calle y ya me dolían los pies. Pero lo que terminó de confirmar mis temores fue el bordillo que marcaba el fin de la acera para dar paso a una carreta que cruzaba el barrio de este a oeste. El mismo bordillo que había saltado infinidad de veces siendo una niña. Cuando jugaba con mis amigas, iba al colegio, luego a la universidad y, sin tener que remontarme tanto en el tiempo, todas las mañanas de camino al trabajo. Un bordillo inofensivo que, como acabo de explicar, casi podría decirse que formaba parte de mi vida y con el que jamás tuve el más mínimo problema. Hasta esa noche en que mis tacones me hicieron resbalar por él, perdiendo el equilibrio y cayendo de bruces en el suelo.

—¡Ay! —Fue lo único que pude articular, con un lastimero deje imposible de camuflar, a cuatro patas en la calzada.

Con la dignidad tan dolorida como el cuerpo me faltó tiempo para ponerme de pie, trastabillando, y girarme para comprobar que mi ridícula caída no hubiese tenido a la parejita que había dejado atrás como testigo.

«Por favor, que sigan a lo suyo», recé.

Es una tontería, pero las caídas siempre me han resultado muy embarazosas. Es un trauma que arrastro desde que, un día a la salida del instituto, terminé en el suelo al tropezar mientras corría para llegar a la parada antes de que se fuese el autobús. Lo peor de todo fue que sucumbí a la ley de la gravedad delante de un edificio en construcción en el momento en que los

albañiles estaban en la hora del bocadillo.

Pero, esa noche, no hubo manera de que los tórtolos me viesen ya que, cuando me volví, no estaban allí.

Fruncí el ceño en una mueca muy parecida a la que mi madre solía lucir las veinticuatro horas del día. Pero en mi caso el gesto no tuvo que ver con el mal humor. Fue más una muestra de absoluta incompreensión.

¿Cómo se las habían arreglado para dejar atrás la calle, cuando además no parecían tener ningún interés en abandonar su refugio tan rápido?

Pero lo más extraño de todo fue que la pareja no era lo único que faltaba en aquel paisaje que yo conocía tan bien. Los coches aparcados a uno y otro lado de la carretera; el kiosco de Paco, en el que tantas golosinas había comprado cuando era niña; y hasta el diminuto parque infantil con los columpios al borde del derrumbe que era uno de los lugares favoritos entre los jóvenes para el botellón de los viernes. Todo ello había desaparecido para dar lugar a un callejón oscuro por el que se filtraba una mezcla de olores muy particular.

Me froté los ojos con fuerza, temiendo que me estuviese fallando la visión. Aunque, en el fondo de mi ser, sabía que a mis ojos no les pasaba absolutamente nada. Que mi cabeza estuviese en tan buen estado, en cambio, era algo que no me atrevía a asegurar.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué estaba pasando conmigo?

Igual me había vuelto loca. Era algo que mi madre me repetía constantemente. «Estás looca», me decía. Y si ella, que convivía conmigo la mayor parte del día, me veía indicios de desequilibrio mental, igual debería empezar a plantearme el problema seriamente. O, si no, puede que me hubiese dado un ataque de la enfermedad esa, la narcolepsia. Lo vi en una película, una vez. La gente que la padece se queda dormida de buenas a primeras, sin aviso previo y en cualquier lugar.

Con los nervios de punta y la cabeza a punto de estallarme intenté dejarme de tonterías y buscar una explicación razonable.

De acuerdo. ¿Qué podría haber pasado? ¿Podía ser que me hubiese equivocado y hubiese salido por la puerta trasera de mi piso? ¡Seguramente! Sí, eso era lo que había ocurrido. Esa puerta daba a un callejón.

Aferrándome a aquella teoría que no me creía ni yo, a pesar de ser su autora, eché a andar buscando una salida a la calle principal. Empecinada en no hacer caso a lo evidente. Sin embargo, conforme más veía de ese lugar más me costaba mantener en pie mi hipótesis.

El callejón que había detrás de mi casa era un lugar sucio, con el suelo plagado de heces de perro y condones usados, las esquinas marcadas con orín y por el que era imposible caminar sin que te golpearan la nuca las gotas que se desprendían de las prendas puestas a secar en los tendederos. El sitio en el que me encontraba en ese momento tampoco podía tacharse de limpio, precisamente, pero la suciedad que lo inundaba era muy diferente. Si miraba al suelo podía ver restos de pollo, tomate o lechuga. Si, en cambio, era al frente hacia donde dirigía mis pupilas, me encontraba con cajas apiñadas en contenedores de basura. Y si, para rematar, elevaba la mirada, veía el cielo salpicado de estrellas sin que las toallas, camisas y ropa interior de mis vecinos se interpusieran en mi visión.

Tenía la sensación de estar en la trastienda de un restaurante. La parte que queda oculta a los ojos del cliente y donde se dejan los desperdicios de la cena que disfrutaban los comensales. Atrayendo a las ratas con más efectividad que el famoso flautista de Hamelín. Todo esto sazonado con el olor de los platos que se estaban preparando en la cocina unido al de los residuos que se descomponían en el interior de los contenedores.

Con las rodillas temblándome de una manera que me hacía aún más complicado caminar con mis altísimos tacones logré alcanzar una esquina, a la que me asomé con precaución procurando no ser vista, como una delincuente que teme ser descubierta. La visión de una gran avenida se abrió paso tras el quicio, aumentando, si es que eso era posible, mi desconcierto. Supe que la intuición no me había fallado al toparme con el lateral de un toldo que daba la bienvenida a un elegante edificio. En él pude leer «La Cuisine de Pierre». Me pregunté qué pensaría la, a todas luces, selecta clientela del tal Pierre si pudiese ver la espalda de su elitista local.

Y, en medio de este descontrol, debo hacer un inciso para apuntar que la vida está llena de momentos de vital importancia que somos incapaces de identificar mientras los estamos viviendo. Porque, honestamente, en el estado de shock en el que me encontraba entonces, si alguien me hubiese dicho que lo más importante de esa noche, a la larga, estaría para mí en el coche que acababa de aparcar frente al restaurante... No creo que hubiese sido capaz de reprimir el impulso de estrangularlo.

Todo lo que podía abarcar mi visión desde el escondite era un vehículo elegante y de color negro del que descendió un hombre. Un chico joven, con el pelo de color castaño claro, que vestía un traje oscuro que hacía difícil

identificar su silueta en medio de la noche. El muchacho, rodeado por un apabullante equipo de seguridad, entró en el restaurante en medio de unas atenciones reservadas a unos cuantos elegidos, desapareciendo de mi vista como un mero elemento de tránsito.

Pues sí. Ese fue un instante trascendental en mi historia. Uno que, a la larga, rememoraría muchas veces en la soledad de mi alcoba. A veces con alegría y otras con el corazón roto. Pero siempre como un momento mágico. Uno que, en el instante al que estoy haciendo referencia, me importó un pimiento. Porque fue entonces, justamente entonces, cuando me percaté de la presencia de la Torre Eiffel. Iluminada y coronada por una luz que la hacía parecer un faro, emergía orgullosa tras los edificios del final de la calle.

Me entró el *parraque*.

Podría ser más sutil, más literaria o poética, pero no encuentro palabra que defina con mayor exactitud lo que experimenté al verla. El autoengaño, la determinación de seguir creyendo a toda costa que estaba en mi barrio, se vino abajo con el peso de la evidencia. Hacía un rato que había dejado de estar en casa. Ni siquiera estaba en Sevilla. Me encontraba cara a cara con el emblema de la Ciudad de la Luz. Como no hubiesen abierto un nuevo bar de copas con un luminoso muy potente y extragrande...

Volví a caer al suelo, esta vez de rodillas, y me di toda la prisa del mundo en descalzarme. Tenía la intuición de que lo que estaba ocurriendo guardaba una estrecha relación con los zapatos de mi abuela. Empujé con el empeine del pie derecho el talón del pie izquierdo para desprenderme del zapato y repetí la acción con el otro pie. Mientras lo hacía cerré los ojos y, ahora sí, me puse a gritar como una desquiciada.

Estaba al límite. No podía soportarlo más. Me había vuelto loca. Ahora no había lugar a dudas. Mi madre tenía razón: era una demente. Loca, loca de atar.

—¡Loooooooooca!

Me sorprendió que la voz no se escuchó dentro de mi cabeza, sino que fue un sonido externo. Abrí los ojos, hice una pausa para recargar de aire mis pulmones desinflados y me encontré con doña Geles, mi vecina del tercero A, que con la cara desencajada me observaba, aferrando el cuello de su bata de boatiné.

—Ho...ho-la —tartamudeé, vacilando aún en el borde de la cordura.

—¡Loca! —repitió mi vecina, y entendí perfectamente que la pobre mujer

no pudiese decirme nada más que eso. Su cara revelaba que estaba tan aterrorizada como yo.

Manteniendo a Rony, el pequeño y escuálido chihuahua al que sacaba a hacer sus necesidades todas las noches a la misma hora, bien cubierto a su espalda, por si acaso me daba el siroco de emprenderla a mordiscos con él, doña Geles se alejó sin quítame el ojo de encima. La imité, siguiéndola a gatas hasta que la perdí de vista. Luego tomé aire repetidas veces. Todavía no terminaba de recuperar el aliento. Aunque sabía que lo que necesitaba recuperar era la sensatez. Me apoyé en la pared que tenía a mi espalda y, como pude, me incorporé. Estaba descalza, pero el suelo aún se sentía inestable bajo mis pies, como cuando llevaba puestos los tacones.

Una simple ojeada me bastó para comprobar que había vuelto a casa.

## Capítulo 3

El taxi se detuvo en una calle del casco antiguo. Pagué la carrera y, con los zapatos apretados contra el pecho, corrí descalza, sintiendo cada una de las irregularidades de las gélidas baldosas contra las plantas de los pies. No me importaban ni el frío ni los arañazos. Completamente privada de mi capacidad de raciocinio llegué a la casa de mi abuela, arranqué de la puerta el cartel de «se vende» y entré. Subí como una centella al piso superior para irrumpir en el que fuera su cuarto.

—¿Era esto? —grité, lanzando los tacones sobre la cama. Hablando como si ella estuviese acostada allí. Llorando como lo hacía cuando era pequeña y la oscuridad me asustaba—. ¿A esto te referías con lo de que me llevarían «al lugar en el que debo estar»?

Me llevé las manos a la cara, intentando inútilmente recomponerme. Cuando las retiré, mi estado era el mismo.

—¿Qué me has hecho? —pregunté en aquel espacio vacío en el que no había nadie—. ¿Qué es esto? —insistí, necesitando más que nunca una respuesta. Necesitando más que nunca que ella estuviese conmigo.

Esa fatídica noche, el pobre Juanma se quedó plantado como una lechuga. No acudí a nuestra cita. Mi cabeza bullía de pensamientos que la llenaban por completo. Al punto de que llegué a creer que iba a estallar de un momento a otro. En ella no quedó el más mínimo espacio para un encuentro que, de todas maneras, habría olvidado de no ser por la inestimable ayuda de mi agenda.

Después de descargar sobre la cama de mi abuela la rabia, el miedo, o lo que quiera que fuese que estaba sintiendo —porque era demasiado raro, demasiado nuevo, para catalogarlo como nada que hubiese experimentado antes— me quedé dormida. Caí en un profundo sueño del que solo desperté

cuando los rayos del sol, que se asomaba tras el cristal de la ventana, me golpearon en la cara. Por suerte, era sábado y no tenía que ir a la academia. Una fortuna que se esfumó en cuando volví a casa y me topé con mi madre esperándome al otro lado de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y su mejor cara de sargento.

No era de extrañar. La pobre diosa Fortuna debió huir despavorida nada más verla. Yo, de buena gana, la habría seguido. Y eso que los años de convivencia con esa mujer me habían curtido. Aun así, esa mañana me pareció más fiera que de costumbre.

—¡Qué poquísima vergüenza!

Fue la frase con la que abrió el fuego, siguiéndome por el pasillo hasta mi habitación mientras yo recorría el trayecto descalza, con los zapatos olvidados en algún rincón de la alcoba de mi abuela. No quería volver a saber nada más de ellos. La experiencia de la noche me había dejado lo bastante impresionada como para que no me quedasen ganas de repetir la aventura. O lo que hubiese sido eso que viví, porque aún me era imposible definir la naturaleza de los hechos.

Por primera vez en mi vida estaba enfadada con la abuela.

—Te parecerá bonito —iba diciendo mi madre a mi espalda, creciéndose—. Desapareces toda la noche y, encima, dejas plantado al pobre chico.

Sospeché que eso le había molestado más que la circunstancia de que no hubiese dormido en casa y ni siquiera hubiese llamado para decirle que continuaba viva y no había sido secuestrada, violada ni asesinada por ninguna banda dedicada al tráfico de órganos.

—La cara se me cayó de vergüenza cuando Teresa me llamó y me dijo que no te habías presentado.

Llegué a mi cuarto desprendiéndome de la chaqueta para lanzarla sobre la cama.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado o no?

Me agarró con fuerza de un brazo, obligándome a girarme para mirarla a la cara. Yo reaccioné haciendo algo que no había hecho en toda mi vida: resistirme. Con una brusquedad idéntica a la que estaba empleando ella me zafé de su agarre y, cambiando las tornas, fui yo la que se apoderó de sus hombros, forzándola a retroceder hasta la puerta.

—Vamos —murmuré, forcejeando aún con mi madre—, sal de una vez.

Sin duda, no se esperaba esa salida de mi parte. Y no la culpo porque, tan

pronto como recuperé un poco de sentido común, me sorprendí tanto como lo estaba ella. Jamás, ni una sola vez en mis treinta y cuatro años de vida, había osado plantarle cara. Pero me encontraba tan fuera de mí que no dudé un momento a la hora de buscar el espacio propio que tanto necesitaba. El caso es que la pillé fuera de juego. De otro modo no hubiese sido capaz de sacarla de la habitación.

Naturalmente, la cosa no quedó ahí. Manoli Tellado estaba lo bastante curtida en el arte de la guerra como para dejarse anular tan fácilmente. Reponiéndose con una facilidad pasmosa prosiguió con su asedio desde el otro lado de la puerta, dedicándome lindezas de todo tipo. Me quedó claro que mi nivel moral, intelectual y hasta de hija —si es que existía un barómetro para medir algo así— quedaron a sus ojos a la altura del betún. De eso se ocupó ella. Aunque, para ser honesta, y copiando a Rhett Butler, a mí me importó un bledo.

Los siguientes días fueron una sucesión de reproches y malas caras durante los cuales mi mayor preocupación fue no perder el poco de cordura que me quedaba. Había vivido algo que escapaba a mi entendimiento. A todas las leyes del universo, en realidad. Y eso, puedo dar fe, es una de las cosas más difíciles de digerir por la mente humana. Por eso las antiguas civilizaciones inventaron a sus dioses, para dar una explicación a todo aquello que no eran capaces de entender.

Yo no soy tan crédula, ni tan imaginativa, como las personas que habitaron el mundo en sus albores. Por eso, al final, hice lo que mejor se me daba: pasar página y dejarme llevar. Como hacía cuando quedaba con mis amigas y acababa en una discoteca, aunque lo que de verdad me apetecía era ir al cine. O como siempre que intentaba evitar la ira materna. Hice de cuenta que no había pasado nada. Sí, eso era lo mejor. Y continué con mi vida como buenamente pude porque, por más que intentes olvidarlo, algo como lo que me había pasado no era cosa fácil de dejar a un lado.

—No sé, igual deberías hacer caso a tu madre —concluyó Aitana, mi rubia compañera de trabajo, una de esas mañanas en las que yo luchaba denodadamente por retomar la normalidad.

El personal de la academia, como ocurre en todos los negocios pequeños, no era muy extenso. Aparte de Aitana, la profesora de inglés, y de mí, estaba Paco. Un licenciado en matemáticas de cuarenta años que se ocupaba de impartir todas aquellas materias relacionadas con las ciencias mientras yo

hacía lo propio con las letras, llegando al punto de cometer la osadía de verme obligada a dar clases de griego, la asignatura que en mis años de instituto me había traído y llevado por la calle de la amargura. Estaba segura de que, si mis sufridos profesores de entonces pudiesen verme ahora, que yo era la docente, continuarían llevándose las manos a la cabeza ante la sarta de burradas que soltaba a mis indefensos alumnos.

En el presente, igual que me sucediera en el pasado, los entresijos de la lengua griega eran algo que se me escapaba. Pero tenía que ganarme la vida. O, al menos, intentarlo, ya que mi sueldo no daba para mucho. Y si Lucrecia, directora del centro y, por ende, mi jefa, decía: «Berta, a dar clases de griego», ahí que iba Berta, sin rechistar y sin demora.

—¿En qué? —inquirí yo en respuesta a la recomendación de hacer caso a mi madre que me sugería mi compañera.

Ella apoyó su taza de café en la mesa antes de contestar.

—En lo de salir con ese chico, el sobrino de su amiga —me aclaró, esforzándose para recordar la relación exacta de los personajes que intervenían en la historia que esa mañana, aprovechando la ausencia de Paco, le había contado.

El café de antes de comenzar las clases era un ritual sagrado para nosotros. Y el ambiente, exclusivamente femenino, del que disfrutábamos esa mañana invitaba a hacer confidencias que nos hubiéramos guardado, por puro pudor, delante de nuestro compañero.

—Ah... ya —respondí con desgana. Sin dejar de remover la leche manchada que tenía frente a mí y que, intacta, amenazaba con convertirse en un batido, por el frío que estaba cogiendo.

Por un segundo se me había olvidado de qué estábamos hablando. Siempre tuve la atención dispersa, pero, últimamente, me abstraía con demasiada frecuencia. Mi mente abandonaba lo que estuviese haciendo para emigrar a París.

—No, de verdad. Lo digo en serio —siguió diciendo ella, apartándose a un lado la larga melena rubia—. Estás visualizando a ese hombre como si fuese un *alelao* incapaz de acercarse a una mujer sin la mediación de su tía. Pero eso no tiene por qué ser así. Mírate a ti, si no. Estás en la misma situación que él y eres una persona perfectamente normal.

Mal ejemplo. Yo, si alguna vez fui normal, había dejado de serlo. Pero, claro, eso era algo que no podía decirle. Ni siquiera la ausencia de Paco me

inducía a confesar a mi compañera de trabajo algo así. Sabía que si contaba lo que me había ocurrido la otra noche, lo primero que haría ella, y con razón, sería enviarme al psicólogo.

—Además, ¿qué pierdes por conocerlo? Que quedes con él no significa que tengáis que casaros. Si resulta que no te gusta, con no verlo más, problema resuelto.

Me llevé la taza a los labios por primera vez desde que el camarero me la pusiera delante, y aproveché para estudiar detenidamente a mi acompañante.

Para Aitana, una preciosa muchacha de veinticuatro años, todo eso debía resultar muy fácil. Tenía un novio que la adoraba y al que no le importaba hacer el ridículo enviándole canastas de flores y peluches al trabajo o a la facultad para agasajarla en San Valentín o su cumpleaños. Vivía cómodamente a expensas de sus padres mientras terminaba el máster que estaba haciendo y sus preocupaciones se reducían a decidir sus planes para el próximo fin de semana. Estaba en la flor de la vida, no tenía problemas económicos y ni siquiera imaginaba qué era eso de la crisis de los treinta. Por más empeño que le pusiera no podía entenderme.

Desde mi perspectiva tener una cita no se veía del mismo modo que desde la suya. Lo que yo buscaba era encontrar una estabilidad de la que carecía, dar el siguiente paso para avanzar en la vida y no quedarme estancada para siempre en el mismo lugar.

—Quizás tengas razón —cedí, aunque en realidad no lo pensaba.

Seguía creyendo que la jovencita que se sentaba frente a mí no podía hacerse una mínima idea de lo que estaba hablando. Aun así, tenía que reconocer que había algo en lo que no andaba muy desencaminada. Y eso era que, por probar, nada se pierde. Lo que tenía claro era que no podía quedarme sentada esperando que mi suerte cambiase por arte de magia. Más aún, si la magia mediaba en el camino, prefería quedarme como estaba.

—Pues claro —convino conmigo después de apurar el último trago de su café—. Tú vas, le echas una ojeada al tal Juanma y, si no te convence, a otra cosa, mariposa.

Ambas nos levantamos y salimos del bar. Aitana atrayendo más miradas que yo. Creo que no hubo uno solo de los ejemplares masculinos congregados en el local que no lanzase una más que evidente ojeada a su estilizada figura. Poniendo especial atención en su trasero, enfundado en unos ajustadísimos vaqueros talla XS en los que yo no podría haber metido ni una

pierna. Sentí una punzada de envidia. Pero no por su éxito con el sexo opuesto ni por sus hechuras de top model de bolsillo, sino por aquella visión rosa que tenía de la vida.

Sí; sentí celos y, al mismo tiempo, una punzada de pena. Sabía que, al final, también ella terminaría perdiendo esa inocencia que le hacía ver las cosas de un modo tan simple.

La seguí a la academia lamentando que el ser humano compartiese el lamentable destino de tener que hacerse mayor.

## Capítulo 4

En mi segunda primera cita con Juanma utilicé el mismo modelito que elegí para acudir a la original. Una de las ventajas de una segunda primera cita es, precisamente, esa: como no llegaste a verte con la otra persona, te evitas el tener que partirte la cabeza escogiendo atuendo. Puedes usar el mismo. Aunque, para ser completamente sincera, tampoco perdí mucho tiempo en eso la vez anterior.

La cuestión es que, como en un *déjà-vu*, volví a salir de la habitación y mi madre, que esperaba en el pasillo como la vez anterior, se acercó para desabrocharme varios botones de la camisa. Por supuesto, lo hizo mientras me preguntaba si había tomado ya los votos para ingresar al convento. Yo me dejé manipular las ropas igual que el maniquí de una tienda.

Lo único que cambió fue mi calzado. Los zapatos de mi abuela seguían en algún rincón de la que fuera su habitación. Eso suponía, porque lo cierto era que no había vuelto a querer saber nada más de su último presente después del susto que me dieron. Esa vez opté por mis tradicionales zapatos de vestir. Los que usaba en esas grandes ocasiones que escaseaban en mi vida social. Con un diseño que recordaba a los botines de las institutrices inglesas del siglo pasado y un tacón *apañado* que estaba muy lejos de los más de diez centímetros que me elevaban sobre el suelo los que usé la otra vez. Lo cual me venía de miedo para avalar el embuste que mi madre le había soltado a Teresa para justificar mi plantón. Juanma y su tía pensaban que me había caído por las escaleras cuando me disponía a salir de casa. Yo habría agradecido que mi madre idease alguna otra treta para taparme. Pero no, ella tuvo que dejarme en ridículo delante de aquella familia.

—Y no te olvides de cojear un poco —me recordó al despedirnos, haciéndome sentir más tonta de lo que ya me sentía—, que se supone que

hace una semana te caíste por las escaleras.

Mi madre siempre había sido una persona difícil de llevar pero, desde que pasó lo que pasó, soportarla se me hacía sencillamente imposible. No sabía si era ella, que quería hacerme pagar por haberla dejado mal con su amiga, o si, por el contrario, se trataba de mí, que andaba con los nervios a flor de piel. Lo único que tenía claro era que nuestra relación estaba en crisis. En una más grande de la que sufría de manera crónica.

Paré un taxi junto al bordillo en el que tropecé la otra noche y fui al lugar acordado. Un restaurante a orillas del Guadalquivir. Un sitio precioso que habría sabido apreciar si hubiese tenido el ánimo algo más contemplativo. Por desgracia, esa noche, lo único que me apetecía era zafar de una vez esa situación que me resultaba cada vez más incómoda.

«Vamos, Berta. Estás haciendo lo correcto», le respondía a la insistente vocecilla que no dejaba de preguntarme qué narices estaba haciendo allí, cuando podía haberme quedado en casa volviendo a ver *Vacaciones en Roma*.

Atravesé la terraza del establecimiento que, lógicamente, estaba vacía siendo, como era, pleno febrero. La brisa del Guadalquivir es algo que los sevillanos buscamos tan pronto comienza a apretar el calor con el mismo frenesí con el que la rehuimos durante los pocos meses en que el frío se instala en la ciudad. Entré en el restaurante y junto a un bofetón de olor a *pescaíto* frito me recibió el acogedor calorcillo de la calefacción puesta a toda mecha. Desde el umbral eché un vistazo al fondo del abarrotado local intentando localizar a mi presa. O, mejor dicho, a la de mi madre, que no se molestaba lo más mínimo en disimular su resolución de cazar a ese incauto para esposo mío.

—Llevará puesta una camisa de color celeste. —Me había facilitado el dato para ayudarme a identificar a Juanma antes de salir de casa.

—¿Y yo qué debo llevar? ¿Una rosa o un libro? —le respondí, ganándome un inmediato pescozón por cometer la osadía de burlarme de la que me trajo al mundo.

El asunto tenía su gracia y, bien mirado, podía resultar hasta romántico. Dos desconocidos se buscan entre la multitud con la esperanza de iniciar un futuro juntos. Sí, sería bonito de no ser por el trasfondo del encuentro. Juanma y yo éramos dos solterones a quienes sus desesperadas familias intentaban unir pues... así, precisamente: de un modo desesperado. No había

nada novelesco en un par tan mundano como lo éramos nosotros.

Por el rabillo del ojo vislumbré, a mi derecha, el reflejo de la manga de una camisa celeste que prometía cubrir un brazo perfectamente formado. Seguí el recorrido por la extremidad subiendo hasta el hombro, siguiendo por el cuello y rematando en el perfil del hombre que vestía la prenda. Un ejemplar a la altura del casting de la mejor comedia romántica. Por primera vez, desde que tengo uso de razón, pensé que, igual, mi madre había hecho algo bueno al empeñarse en enderezar el camino de su desnortada primogénita.

Agradeciendo mi suerte, tomé aire, me acomodé la camisa a la altura del pecho y el pantalón en las caderas y eché a andar hacia mi destino. Mi gozo en un pozo, porque no habría dado más de cuatro o cinco pasos cuando la realidad cayó sobre mí con todo su aplastante peso.

—¡Berta!

Mi nombre se abrió paso entre las conversaciones y chistes contados a voz en grito que llenaban el bar. Con la precaución en los talones me di media vuelta... Y allí estaba mi hombre. Desde una de las mesas del fondo de la sala Juanma me saludaba agitando la diestra en el aire para llamar mi atención.

Estiré las comisuras de los labios en un intento de sonrisa y varié el rumbo que tan decididamente había tomado.

—Hola. —Mi cita se levantó de la silla para plantarme dos efusivos besos.

Yo aproveché para verificar lo que resultaba evidente aun estando sentado. El chico no era muy alto. Tampoco yo había sido dotada con una estatura de modelo de pasarela. Con mi uno sesenta siempre fui la más bajita de mi grupo de amigas. Pero al compararme con él me di cuenta de que, aun sin la ventaja que me daban mis modestos tacones, éramos del mismo tamaño.

—Eres Berta, ¿verdad? —preguntó, alejándose de mí para regresar a su asiento.

Yo había vivido lo suficiente con Leonardo para no esperar ningún gesto de caballerosidad por parte de mi acompañante de esa noche. Así que aparté mi silla y tomé asiento frente a él.

—Sí —respondí, arrastrando las patas de nea por el suelo—. ¿Cómo lo has sabido?

—¡Oh! Ha sido muy fácil. —Juanma se encogió de hombros con una estudiada sonrisa en los labios—. Por la foto que le dio tu madre a mi tía.

¡Anda, qué bien! A él una foto y a mí el color de una camisa. Igual soy

muy susceptible, pero tuve la sensación de que esa relación partía de una base muy desigual. Por no hablar de que me sentó como un tiro que mi madre le diese una foto mía a un tío que ni ella ni yo conocíamos de nada. Yo, que ni siquiera tengo Facebook porque me gusta preservar mi intimidad, lo sentí como una traición.

—Una foto —murmuré, desdoblado la servilleta para colocármela en el regazo—. ¡Pues mira qué bien!

Juanma sonrió del mismo modo absurdo.

—Sí, pero debo decir que eres mucho más guapa en persona. La foto no te hacía ninguna justicia.

«Estupendo, Manoli», pensé para mí. «Le das una foto y, encima, resulta que es una en la que no salgo nada favorecida. ¡Ya es el colmo!».

El camarero se acercó para tomarnos el pedido y, mientras esperábamos a que volviese para llenarnos la diminuta mesa con las dos cervezas, el salmorejo, el serranito y las dos tapas de ensaladilla rusa, yo aproveché para analizar minuciosamente a mi acompañante. Estaba en mi derecho de hacerlo, no olvidemos que partía con desventaja. Él ya sabía cómo era yo antes de que llegase allí, mientras que yo acababa de descubrirle a él. Por no hablar de que tampoco tenía otra cosa que hacer. Juanma era de los que les das carrete y no paran la boca. No había manera de meter baza en su monólogo, así que me limité a observar.

El hombre que estaba delante de mí bien podría haber pasado por un estudiante de ESO con la piel muy estropeada. No era feo, ni guapo. Pero resultaba un poco raro. Lo envolvía un aura infantil que daba a su apariencia un matiz un tanto ridículo. Como de caricatura.

—Así que, ya ves —me dijo, pasándose una mano por el cabello, negro como la endrina, para terminar de ilustrar lo saturado que se sentía. Por si no me había quedado lo suficiente claro.

Nada más sentarnos, Juanma comenzó a relatarme, con un lujo de detalles que habría levantado el estómago al mismísimo Víctor Frankenstein, los pormenores de su trabajo como cirujano en el Virgen del Rocío. Naturalmente, no se me escapó que lo que estaba haciendo era fardar de lo buen partido que era. Como tampoco albergaba la menor duda de que la opinión de mi madre coincidía plenamente con la de él. Ahora entendía el porqué de tanta insistencia. ¡Estábamos hablando de todo un señor cirujano, nada menos!

—Bueno, Bertita —me llamó, y tuve que reprimir el instinto de propinarle un puntapié por debajo de la mesa—. ¿Y tú a qué te dedicas?

Por lo visto había terminado de relatarme su brillante currículum y me estaba cediendo el turno.

—¿Yo? —pregunté, sorprendida de que me fuese a permitir intervenir en la conversación. Ya me había resignado al papel de mera oyente—. Pues doy clases en una academia. Enseño francés. También me ocupo de las asignaturas que se estudian en Humanidades. Así que ya ves, me paso el día entre el verbo *avoir* y las guerras carlistas.

Él rio como si acabase de soltarle un chiste y yo lo imité con desgana.

Probablemente debería sentirme acomplejada por la aplastante disparidad de nuestras trayectorias profesionales. Pero no era así. Es lo que pasa cuando la persona que tienes delante te da igual, que tampoco te afecta la imagen que pueda forjarse de ti.

—Un trabajo sencillito. Eso está bien. Así no te dolerá cuando tengas que dejarlo para casarte.

¿Quién dijo que dejaría de trabajar después de casarme? ¿Era un acuerdo al que habían llegado su tía y mi madre mientras nos apañaban?

Por un instante me sentí transportada a la España de las novelas de Galdós.

El resto de la velada transcurrió en los mismos términos. Sin que pasara nada digno de mención a excepción de la absoluta falta de química que fluía entre Juanma y yo. Al menos, esa era mi opinión, porque a él parecía que le bastaba con que lo dejaran hablar para sentirse a gusto. Su tía, en vez de arreglarle una cita, podría haberle comprado una muñeca Nancy. El resultado habría sido el mismo.

Yo, por mi parte, pasé la noche dando buena cuenta de la cerveza y las viandas. Mi madre suele decir que la gente estúpida no necesita para ser feliz nada más que tener el estómago lleno. Debo ser muy tonta, porque me ajusté fielmente al dicho.

Pasaba de la media noche cuando Juanma me dejó en mi portal.

—Bueno, ¿habrá que repetir, no? —me preguntó, con su agotadora jovialidad, arrinconándome contra el portero automático.

—Sí, claro —le respondí, luchando para que el «venga, mujer, que no está tan mal» venciese sobre el «¿para qué vas a seguir viendo a un tío que no te gusta?».

Juanma dio un paso más, rompiendo la escasa distancia que separaba su

cuerpo del mío, y supe que había llegado el momento de la despedida. Me tensé, esperando ver qué era lo que hacía. Un pico sería excesivo. Al fin y al cabo, no dejábamos de ser dos desconocidos que apenas habían compartido un par de horas juntos. Dos besos, como hizo al encontrarnos, como harían dos amigos, sería mucho más apropiado.

Me preparé, esperando volver a sentir sus labios en mi mejilla de un momento a otro. Pero él prefirió tirar por la calle de en medio, dando al traste con mis suposiciones.

—Hasta luego, guapa —se despidió, estrechándome la mano como si fuese su colega.

—Adiós —le respondí, sintiéndome un poco fuera de lugar.

Se dio media vuelta, regresó a su Audi y, antes de meterse dentro del coche, se volvió para guiñarme un ojo. De no ser porque a esas alturas de la noche ya nada me hacía gracia no habría podido contener la risa ante la castigadora actitud de aquel adolescente geriátrico.

El Audi avanzó calle arriba, con Juanma dentro, y yo me quedé junto al portal durante un buen rato, mirándome la mano. La misma que él, antes de irse, había estrechado como si acabásemos de sellar un trato. Durante toda la noche había tenido sobrados motivos para concluir que no era el hombre de mi vida. Pero fue ese gesto, al despedirse, el que terminó de decidirme.

El inconformismo venció sobre la resignación salvando el muro que la contenía. Antes de que pudiese darme cuenta de lo que hacía estaba parada en mi traicionero bordillo. Buscando el número de Teletaxi en la agenda del móvil.

## Capítulo 5

Regresé a casa de la abuela con el ánimo considerablemente más calmado que la última vez que estuve allí.

—Vale —comencé a decir tan pronto como atravesé el umbral de su dormitorio—, lo admito. Me equivoqué. Cuando dijiste lo de encontrar mi camino y estar en el lugar en el que debía estar, no te referías a que encontrase a un Juanma cirujano. ¿A que no?

Me senté en el borde de la cama, de espaldas al cabecero.

—Pero tú también tienes que reconocer que te has pasado veinte pueblos, abuela. Ya podrías haberme avisado de lo que iba a suceder. —Casi pude oír su risa de hojalata inundando la habitación, como siempre que me hacía alguna de sus jugarretas—. Claro que, si lo hubieras hecho, me habría faltado tiempo para ir a cogerte cita con un psiquiatra.

Me eché hacia atrás, reposando la cabeza y la espalda en el colchón.

—Ahora creo que la que debería ir a uno soy yo. Y, si no, mírame; aquí tirada hablando con el mobiliario.

Los coches que circulaban fuera provocaban un ruido ensordecedor sobre el pavimento adoquinado de las calles. Las luces de sus faros se colaban por la ventana proyectando mil y una formas en el techo.

—¿Era allí adonde querías que fuera? ¿A París? —pregunté, aun sabiendo que no obtendría respuesta—. ¿No te parece un destino demasiado ambicioso, abuela? ¿Qué se le ha perdido a alguien como yo en una ciudad como esa?

Dejé pasar el tiempo en un absoluto silencio, antes de retomar la palabra.

—De acuerdo —cedí, y me di cuenta de que había llegado al borde de mi propia locura al aceptar, con naturalidad, algo que solo podría ocurrir en un cuento de hadas—. Me pondré los zapatos e iré a París. Eso es lo que quieres,

¿no? Y, después, ¿qué?

Me incorporé y miré hacia atrás como si esperase pillarla asomando la cabeza entre las sábanas. Pero lo único que vi fue la luz de la farola proyectada en los mil cristalitos que recubrían a los dichosos zapatos. Me levanté de la cama y fui hasta ellos, recogéndolos del suelo y mirándolos con cierto temor.

—¡Jo, abuela! —me quejé como cuando era una niña—, ya podrías habérmelos dejado con un manual de instrucciones.

A pesar de las quejas apreté el par de tacones contra mi pecho y regresé a la cama, sentándome en el filo para colocármelos dócilmente. Primero un pie y después el otro. Con demasiada precaución para la simpleza de la acción que estaba realizando. Cuando tuve ambos pies metidos dentro de esa especie de aviones de última generación capaces de llevarme a cualquier parte del mundo en menos que canta un gallo, cerré los ojos y esperé a que se obrara el milagro.

Lo que sucedió la última vez que me los puse me pilló por sorpresa. De modo que no tenía ni la menor idea de cuánto tiempo debía esperar para que hiciesen... bueno, eso. Lo que hacían. Por lo cual calculé el tiempo por instinto, sin basarme en nada.

Cuando volví a abrir los ojos resultó que me encontraba en el mismo lugar en el que los había cerrado un rato antes: la habitación de mi abuela. Sentada en la cama, con la peinadora de frente y el armario a mano derecha.

—¿Lo ves? Por eso te dije lo del manual de instrucciones —protesté, levantándome para subir al desván.

Estaba segura de que mi abuela, como todos los que me conocían, sabía que yo no era lo bastante avispada para deducir nada por mi cuenta. Debía haber dejado algo que explicase el funcionamiento del artilugio del demonio que me había legado. Quizás, si buscaba en el desván, podría encontrar algún diario, o algo por el estilo. Salí del cuarto sin quitarme los zapatos y, al poner el pie en el pasillo, me vi forzada a cerrar los ojos por un fogonazo de luz que yo no había encendido. La casa había estado completamente a oscuras todo el tiempo que permanecí en ella.

Cegada por el inesperado haz de luz que golpeó mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, parpadeé varias veces intentando habituarme a la súbita claridad. Algo me decía que ya no estaba en la casa que tan bien conocía y, cuando pude echar una ojeada a mi alrededor, comprobé lo acertada que

andaba en mis pesquisas.

El suelo enmoquetado de un largo pasillo, flanqueado por puertas con placas numeradas, me hizo suponer que me encontraba en un hotel. Miré por encima de mi hombro para comprobar que, a mi espalda, la habitación de la que había salido estaba cerrada por un portón idéntico a los demás.

—Vale —me dije—. Entonces, ¿así es como funciona? Tengo que andar un poco con ellos para que me lleven... adonde debo estar.

Lo que seguía sin entender era qué pintaba yo en el pasillo de un hotel parisino. Si es que estaba en París, que esa era otra. Porque, al igual, resultaba que «donde debería estar» esa noche era en Estambul. Por poner un ejemplo.

—Bueno, Berta. Relájate —traté de tranquilizarme—, después de todo, siempre has dicho que, si te lo pudieses permitir, te encantaría viajar y conocer mundo. Esta es una oportunidad única para hacerlo.

Avancé por el pasillo sin saber qué otra cosa podía hacer. Solo tenía dos opciones: o echaba a andar, a ver con qué me encontraba, o me quedaba parada donde estaba, sin hacer nada. La segunda no me conduciría a ninguna parte, así que opté por la primera.

A pesar de la sobriedad de la decoración, el lugar estaba envuelto por un cierto halo de elegancia que me hacía suponer que aquel no era un sitio apto para todos los bolsillos. Incluyendo el mío.

«¡Qué bien, Berta! En París —o donde sea— y a todo trapo. Para que te quejes».

Todas esas chorradas las iba pensando para desconectar de los nervios que me encogían el estómago. No surtía demasiado efecto. Pero, al menos, tomarme el asunto a broma me ayudaba a no volverme completamente chiflada.

Con los brazos cruzados bajo el pecho, en una actitud evidentemente defensiva, llegué al final del pasillo y empecé a descender unas escaleras que debían conducir al piso de abajo. No sabía dónde estaba, no sabía qué esperar, me sentía completamente desvalida y el modo en que había llegado allí seguía resultándome de lo más inquietante. Por decirlo de un modo suave. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para percatarme de lo que se me venía encima.

O, debería decir, de quien se me venía encima. Porque fue una persona, y no otra cosa, lo que apareció al final de las escaleras que yo estaba bajando. Él intentaba hacer lo contrario: subir. Y con unas prisas que a punto

estuvieron de arrollarme y hacerme rodar peldaños abajo. Habría llegado al descansillo, de un modo mucho más rápido y doloroso del que tenía previsto, de no ser porque, quien estuvo a punto de derribarme, anduvo lo suficientemente rápido para atraparme al vuelo. Colocando un brazo alrededor de mi cintura consiguió engancharme y arrastrarme a un sitio seguro.

—¡Ay! —me lamenté, notando el barandal presionando contra mis nalgas y el pecho de mi salvador muy pegado al mío.

Abrí los ojos, que el miedo me había hecho cerrar, y me topé con un rostro que identifiqué al instante a pesar de no conocer a su dueño.

Era él. No tenía la menor duda. Estaba en brazos del muchacho que había visto la primera vez que me ocurrió aquel suceso inexplicable. Para ser más exacta, estaba en su brazo. Solo uno. Porque mientras con la derecha me cernía la cintura con tanta fuerza que se me hacía difícil respirar, con la mano izquierda se agarraba al pasamanos que se clavaba en mis glúteos.

Resultaba intimidante. En medio de aquel conato de accidente me dio miedo la rapidez con la que le reconocí. Demasiada para no haberle visto más que unos pocos segundos; excesiva para alguien con tan poca retentiva como yo.

A decir verdad, ni siquiera me había fijado mucho en él. Mi mente estaba centrada en temas de más... ¿enjundia? Sin embargo, me bastó con volver a tenerle delante para saber quién era. Casi como si un invisible lazo me atase a él. Lo miré un segundo a los ojos, de un dulce color miel, y casi llegué a creer que él estaba sintiendo lo mismo que yo.

Pero, entonces, me soltó. Cortó el contacto visual y murmuró un *pardon* tan apresurado como sus pasos. Me dejó a salvo, en uno de los peldaños, y prosiguió con su rápido ascenso hasta alcanzar el pasillo de la planta superior. Lo vi entrar en una de las habitaciones. Curiosamente, la misma de la que había salido yo.

De un modo que no acierto a explicar tuve la certeza de que nuestro segundo encuentro no fue una coincidencia.

—¿Qué pensarías si te digo que existe un objeto... no sé, unos zapatos, por poner un ejemplo, que son capaces de llevarte al lugar exacto para que conozcas al hombre de tu vida?

Por supuesto, era consciente de lo estúpido de la pregunta. Pero volvía a ser lunes, pasaban de las ocho de la tarde y, después de todo el día aguantando dudas de alumnos, el ambiente se prestaba a soltar cualquier clase de tonterías.

—Que si los encuentras me compres unos, que te los pago luego —me respondió Aitana, sin mirarme, terminando de guardar en la carpeta los apuntes que había usado en su última clase.

Aunque le hice la pregunta así, como quien no quiere la cosa, era una duda que me rondaba desde el viernes por la noche. La cercanía del hombre que evitó y provocó que estuviese a punto de caer por unas escaleras me había hecho sentir algo extraño. Un sentimiento de unidad que no había experimentado nunca antes. Con nadie.

Se me ocurrió la peregrina idea de que, quizás, fuese esa la misión de los zapatos. La de conducirte a la persona a la que estás destinado a amar.

Ridículo, lo sé. Esa clase de teoría encuadra más con el romanticismo que yo había encerrado en la pantalla de mi televisión tan pronto como desperté a la edad adulta que con el mundo real. Pero, teniendo en cuenta que ahora poseía unos zapatos capaces de teletransportarme de un país a otro, estaba dispuesta a replantearme muchas cosas.

—Sí, ya. Sería genial. Pero, ¿no te resultaría un poquito raro? —insistí, tratando de obtener una respuesta más seria. Pese a saber que el tema no se prestaba mucho a ello.

—Hombre, pues sí —rio, tirando de las gomas de su carpeta para cerrarla—. Raro es un rato. Pero...

—¿Pero? —le insistí para que concluyese la frase, deseando que su respuesta pudiese poner algo de orden en mi caos particular.

—Pues no sé, Berta. Pero párate a pensarlo. En el mundo hay millones de personas. Estoy segura de que existe alguien perfecto para cada uno de nosotros. El problema es que, por lo general, estamos demasiado lejos para poder encontrarnos, y terminamos conformándonos con el vecino, el compañero de clase o hasta un primo lejano. Lo que más nos agrada dentro de lo que tenemos a mano. —Me estaba sonando inusualmente seria. Casi resentida—. ¡Ojalá existiesen esos zapatos de los que hablas! El índice de divorcios descendería considerablemente. Seguro.

Sorprendida por su actitud la miré durante unos segundos. No acertaba a colgarme la tiranta del bolso.

—¿Has peleado con Borja?

El sonido de la cisterna al vaciarse anunció la inminente presencia de Paco, cortando la respuesta de Aitana. Nuestro compañero salió del baño manipulando la bragueta de sus pantalones. Señal inequívoca de que no se había lavado las manos después de terminar en el sanitario.

—¿De qué habláis? —preguntó uniéndose a nosotras.

—De nada —le respondimos las dos al unísono.

Paco nos miró alternativamente y luego fue a recoger su cartera, negando resignadamente con la cabeza.

—Ya. Cosas de mujeres, ¿no? Sois igual que mis hijas. En cuanto empiezan a hablar del Justin Bieber ese, me largan a otra habitación.

Aitana y yo compartimos una sonrisa cómplice. Darle a la lengua era el principal hobby de Paco. Que sus hijas lo dejasen de lado para ponerse a hablar de ídolos carpeteros debía dolerle en el alma.

—Siempre puedes aprovechar para charlar un ratito con tu mujer —le dije para provocarlo.

—¡Sí, hombre! Con mi mujer el que no quiere hablar soy yo.

Los tres nos echamos a reír y, dando por concluida la jornada, salimos del edificio con la mente puesta en lo que nos ocuparía lo que quedaba de tarde. A mí me tocaba limpiar el baño, lo que unido a que el frío que hacía no invitaba a acercarse mucho al agua, lo convertía en un planazo.

—Oye, Berta —me llamó Aitana cuando Paco se metió en su coche y volvimos a quedarnos solas, camino de la parada de autobús.

—¿Qué pasa?

—Sobre lo que me dijiste antes. Lo de los zapatos mágicos.

Rodó los ojos.

—Sí, dime.

Me preparé para oírle decir que era una tontería y que debería consultar a un especialista que me ayudase a reprimir esas ideas, tan impropias en alguien de mi edad.

—Igual te parece que estoy loca pero... yo creo que en este mundo hay mucho más de lo que vemos. Que existen cosas que, sencillamente, no se pueden explicar.

Se detuvo en mitad de la acera, agarrándome de un brazo para obligarme a imitarla.

—¿Soy una friki?

Parecía realmente preocupada por lo que pudiese pensar de ella después de lo que había dicho.

—Pues, si me lo llegas a preguntar hace una semana, probablemente te habría dicho que sí. Pero, ahora, no me veo en posición de juzgar a nadie.

La llegada del autobús interrumpió el momento de confidencias que estábamos teniendo. Aitana observó el avance del vehículo hasta la parada, donde se detuvo. Entonces, como despertando de un sueño, reaccionó.

—¡Ostras! Me voy, que no lo cojo.

Me plantó un beso en la mejilla y echó a correr como si no hubiese un mañana. Gracias a que una señora batallaba con el contenido de su bolso para sacar el bonobús, aún tuvo tiempo de girarse, gritándome con aire risueño:

—¡Berta!

—¿Qué?

—Que si yo me encontrase unos zapatos como esos que dices, no veas el partido que les iba a sacar.

Subió al autobús riendo como una niña y yo, contagiada, no pude, ni quise, reprimir el impulso de imitarla. Esperé hasta que el transporte abandonó la parada, diciendo a mi amiga adiós con la mano. Era un ritual que repetíamos de lunes a viernes. Pero, en esta ocasión, en lugar de sentarme en el banquito de la marquesina para esperar pacientemente a que llegase mi autobús, decidí variar un poco la costumbre.

Saqué del bolso el móvil y le mandé un *whatsapp* a mi madre diciéndole que no me esperase para cenar. No había dado ni dos pasos cuando me llegó su respuesta. No me molesté en mirarla. Sabía que se trataría de alguna crítica a mi falta de formalidad. El segundo no tardó en sonar. Ahora me estaría preguntando si, quizás, me había encontrado con Juanma. Mi madre era una mujer optimista aunque, con frecuencia, esa virtud quedase opacada por su agrio carácter. Siempre creía que lo que ella deseaba que ocurriese, ocurría. Era un rasgo que le envidiaba.

Imperturbable, seguí caminando sin experimentar el menor remordimiento por dejarla sumida en un mar de dudas. Me encaminé al centro comercial más cercano y, visa en mano, entré en el edificio.

Aitana tenía razón. A pesar de que todo lo que había dicho fuese una ridiculez. Pero, como ya el asunto era lo bastante ridículo de por sí, me pareció que sus palabras estaban a la altura de las circunstancias. Me estaba dejando traumatizar por algo que, si cayese en manos de otra, sería recibido

poco menos que como una bendición.

No tenía ni idea de hacia dónde me conducirían esos zapatos, pero había llegado a una conclusión en firme: mientras los tuviese en mi poder, les sacaría el mayor partido posible.

## Capítulo 6

Siempre quise tener una gabardina. Desde que, a los trece años, vi a la bella Natalie Wood vistiéndola en una de las viejas películas que me ponía mi abuela, la gabardina se convirtió en mi prenda fetiche. En la cinta, Natalie abandonaba su pueblo natal, y a un esposo con la cara de Charles Bronson, para ir en busca de Robert Redford. Un abandono perfectamente comprensible. Seamos honestos a pesar de la crueldad del acto. Cuando, casi al final de la película, los enamorados se reencuentran en un parque de Nueva Orleans, Robert rodeaba la fuente que los separaba para decirle:

—Te he echado de menos.

—¿De verdad? —preguntaba Natalie, pudorosa, como buena heroína de historia romántica.

Entonces, con esa afectación que tienen los galanes de cine, y cuya intensidad es directamente proporcional a la antigüedad de la película, él afirmaba:

—Tu ausencia se nota y se siente.

A mis inocentes trece años, ese momento, protagonizado por aquel par de guapos del Hollywood dorado, me marcó más de lo que lo había hecho cualquier otra escena que hubiese visto hasta entonces. Tanto real como ficticia. Se convirtió en una de esas cosas que soñaba con vivir algún día y, la gabardina, en un elemento imprescindible para el correcto desarrollo de la acción.

Sin embargo, jamás había tenido una. Para mi madre llevar una gabardina en Sevilla era poco menos que una excentricidad.

—Para el invierno están los abrigos; para el entretiempo, las rebecas; y para la lluvia se inventaron los paraguas —repetía cada vez que yo dejaba caer la idea de hacerme con una de esas prendas cuya utilidad ella era incapaz

de ver.

Por eso, la tarde que me despedí de Aitana en la parada del autobús y me planté en unos grandes almacenes con la idea de renovar mi desfasado fondo de armario, lo primero que hice fue comprar una.

Y allí estaba ahora, acordándome de mi santa madre en el sentido más literal. No tenía ni idea de si la prenda con la que intentaba abrigarme sería poco efectiva para plantarle cara el invierno sevillano, pero, en lo referente al parisino, me quedaba claro que su fino tejido no tenía nada que hacer contra el viento helado que se colaba bajo ella, inflándola como un globo.

Mis zapatos me habían llevado hasta el jardín del hotel en cuyo pasillo estuve la última vez. De no ser porque estaba aterida de frío, seguro que me habría parecido un sitio encantador. Con las enredaderas que trepaban por las paredes y las desmembradas estatuas que vigilaban un estanque plagado de nenúfares, aquel rincón, de estilo estudiadamente descuidado, desprendía una embriagadora atmósfera romántica. Su estética, que lo hacía parecer un jardín del siglo pasado que hubiera caído en el olvido, hacía sentir a quien paseaba por él que era la primera persona que estaba allí en mucho tiempo.

—Venga, hombre. Aparece de una vez —rezongué, pasando las páginas de mi diccionario de francés a un ritmo vertiginoso.

Aunque siempre me consideré una persona paciente, confieso que empezaba a desesperarme. Por no hablar de la sensación de vergüenza que me iba ganando la partida. Estaba en medio de un jardín al que me habían llevado unos zapatos mágicos, esperando para ver a un hombre que era un completo desconocido y, para acabar de rematarlo, disfrazada de actriz de los años cincuenta con unas ropas que cantaban a nuevo.

«Berta, estás como una puñetera cabra», me dije, dejándome vencer por un frío que había hecho cubitos de hielo con mi tuétano. Me arrebujé en la gabardina y me bajé del barandal en el que estaba sentada con la firme intención de poner fin a mi patetismo. Al menos, por esa fría noche.

Ahora que ya sabía cómo funcionaban los zapatos, me sentía más segura. Me bastaba con dar unos pasos con ellos para que hicieran... su trabajo. Para volver a casa, en cambio, solo tenía que quitármelos. Y eso era precisamente lo que iba a hacer, buscar un lugar a cubierto para descalzarme y poder regresar a casa de una vez, cuando mi hombro chocó con otro considerablemente más ancho y fuerte que el mío que amenazó la estabilidad de mis pies sobre el peldaño en el que me encontraba.

Y ya iban dos.

La situación no me era desconocida. Así que en mi estómago comenzaron a revolotear mil mariposas —así, tan cursi como suena— aun antes de descubrir la identidad del obstáculo con el que había colisionado.

—*Pardon* —volvió a disculparse y, por segunda vez, me vi entre sus brazos.

Su contacto, a pesar de ser completamente nuevo para mí, tenía algo familiar que hacía que estar allí, con él, no me resultase incómodo. De hecho, de las muchas sensaciones que su abrazo me inspiraba, ninguna me era desagradable.

—Las escaleras no son lo tuyo, ¿eh? —le solté con una bobalicona sonrisa.

Sí, lo sé. El comentario no resumaba inteligencia que digamos. Pero me sentía tan cercana a ese hombre que no me esforcé en ser ocurrente.

Mi arnés particular frunció el entrecejo, como si no me entendiese, y yo pensé que el francés con el que engañaba a mis alumnos de la academia era aún peor de lo que suponía.

La confusión le duró un segundo porque, escuchando el sonido de unos pasos sobre la hojarasca, me soltó. Al verme libre de su agarre, la parte baja de mi espalda golpeó en la balaustrada de mármol —sí, dolió— y él bajó las escaleras a toda prisa. Corrió al estanque, usando el follaje del jardín para ocultarse.

Sorprendida, me quedé mirando sus hombros, enfundados en una chaqueta de color negro que realzaba su firmeza. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que estaba huyendo de alguien.

Alertada por los pasos, que sonaban cada vez más cerca, me di media vuelta, encontrándome cara a cara con la que era, a todas luces, la responsable de aquella retirada. Lo que hizo que mi sorpresa inicial aumentase, porque me encontré frente a una de esas mujeres que salen en las revistas y que todas las demás, simples mortales, creemos que son fruto del Photoshop. Para consolarnos, más que nada. Pues bien, ahí tenía la cruda realidad, delante de mi nariz. Sí que existían ejemplares tan generosamente dotados por la naturaleza, o la genética... O cualquiera que fuese la causa que había hecho de esa chica una muñeca de carne y hueso y, de mí, una especie de *hobbit*, bajita y rechoncha.

—Ahí no hay nadie —le dije a la intrusa, maravillada por el movimiento de sus kilométricas piernas al descender las escaleras.

—¿Cómo? —preguntó ella, contrayendo sus perfectas facciones en un gesto que me recordó a mi madre. Salvando las distancias.

—En el estanque —le especificué el lugar al que se dirigía, para que no hubiese dudas—. No hay nadie allí. Lo sé porque llevo un buen rato aquí.

La chica de las revistas me miró como si estuviese loca de atar. Y yo la comprendí. Para ser sincera, lo de esta loca o cuerda era un tema que cada vez me importaba menos.

—Entiendo... gracias.

Siguió mirándome de esa manera que era pura preocupación por mi salud mental y, al final, se dio media vuelta y se fue.

Para mi alegría comprobé que la muchacha era fácil de convencer. O, igual, lo que pasó fue que la asusté tanto que prefirió poner tierra de por medio antes de que me diese por saltar sobre ella, sacando un cuchillo de debajo de la gabardina. La seguí con la mirada mientras regresaba por donde había venido y, tan pronto como la perdí de vista, me dispuse a tomarle el relevo para ir al lugar en el que le había asegurado que no había un alma.

—¿Así que era esto? —pregunté, elevando la voz, tan pronto como divisé la masculina silueta. De espaldas a mí y de frente al estanque—. ¿La otra noche también estabas huyendo de miss Francia?

Él se giró al oírme y ahí estaba, de nuevo, ese gesto de no tener ni idea de lo que le estaba hablando.

—Hace unos días, en las escaleras del hotel —señalé el edificio con una mano—, tropezamos. Casi me haces llegar al primer piso antes de tiempo.

Fue una broma, pero, o bien no la pilló o bien no le hizo gracia, porque su semblante no se movió de la grave expresión que mantenía.

—Miss Francia, como usted la llama, es una acosadora en potencia —replicó y, aunque era evidente que hablaba en serio, a mí el comentario me hizo gracia.

—Pues no tiene que preocuparse más por su integridad física —le aseguré, tratándolo de usted al recordar, aunque no lo sintiese de ese modo, que no nos conocíamos y que los franceses eran mucho más formales que los españoles para esas cosas.

No precisó decir nada para que me quedase claro que, al igual que su amiga, también él había llegado a la conclusión de que no estaba en mi sano juicio. Teniendo en cuenta la familiaridad con la que le estaba hablando, y que incluso me tomaba la libertad de interferir en sus asuntos, tengo que

admitir que no le faltaban razones para creerlo.

—Ya —dijo, y supe que había dado la conversación por concluida aun antes de verlo pasar a mi lado para regresar al hotel—, pues muchas gracias.

Por segunda vez esa noche me quedé prendida del movimiento de sus hombros.

—¿Y eso es todo?

La queja iba dirigida a mis zapatos, no a él. Pero se me escapó y la dije lo suficientemente alto para que pudiese oírme. Con un pie en el primer peldaño de la escalinata me miró por encima del hombro.

—Y lo siento —soltó. Yo no supe a qué venía la disculpa—. Por lo de las escaleras.

Estaba demasiado oscuro para poder afirmarlo, pero tuve la impresión de que, esta vez sí, sonrió. Como si hubiese vuelto a la infancia, el gesto fue más que suficiente para contentarme. Con un ridículo júbilo prendiendo en mi interior lo observé subir las escaleras y, pese a lo breve del encuentro, sentí que había culminado mi misión con éxito. Un paso más cerca. Ahora estaba un paso más cerca del hombre al que mis zapatos me conducían irremediabilmente. Podía sentirlo.

Con esa sensación de triunfo, que me llevó a una euforia que ni el mejor helado de chocolate podía provocarme, me sentí incapaz de volver a casa. Estaba en París. ¡Por amor de Dios! Las infinitas luces que alumbraban la ciudad de noche me saludaban desde el otro lado de la valla del jardín, desvergonzadamente incitadoras. Tentándome a vivir más de ese lugar en el que siempre deseé estar y en el que jamás soñé que estaría. Un entorno que, además, me obsequiaba con una inesperada libertad.

Me cobijé en mi gabardina y atravesé el jardín para salir del hotel. Los zapatos de mi abuela empezaban a parecerme el mejor regalo del mundo.

## Capítulo 7

Abrí la puerta de mi armario y aparecí en los baños de un restaurante de lujo. Salí de la cabina que aislaba el retrete del resto de la sala y me detuve frente al espejo, desprendiéndome de la gabardina, innecesaria al estar a cubierto, y retocándome el maquillaje. Actuando como una más de las elegantes damas que pululaban por la *toilette*. Dejé atrás el aseo siguiendo los mágicos compases de *Fascinación*, manteniendo la pose de sentirme como pez en el agua en aquel ambiente vetado para alguien como yo, y anduve por el pasillo como si conociese el camino de memoria. Los acordes del vals, interpretado por una orquesta en vivo, me condujeron a un salón iluminando por enormes lámparas de cuentas de cristal de bohemia. Aquel lugar se me antojó lo más parecido a estar dentro de un cuento y, aunque el matiz Disney se había convertido en una dinámica habitual en mi vida, aún no terminaba de acostumbrarme del todo a él. Todavía me maravillaba.

Giré sobre mí misma. Lo hice con disimulo, para no denotar el barniz de plebeya que me delataba como una intrusa en ese elitista lugar. Fue entonces cuando lo vi. Estaba sentado en una de las mesas del fondo, en un discreto rincón junto al enorme ventanal, con una copa de vino tinto frente a él y las mil luces que iluminaban esa ciudad de ensueño tras su perfil.

No me sorprendí. Ya sabía que lo encontraría allí. Había llegado a la conclusión de que ese hombre era la razón —la única razón— que justificaba mis *viajes* a París. Así que compuse mi mejor sonrisa y, con una resolución que no tenía nada que ver con mi auténtico yo, me encaminé a su mesa.

Subida a los zapatos de la abuela la vida era sencilla, divertida, segura. Nada podía salir mal. Vivía todo lo que me estaba ocurriendo como si se tratase de una película. Una en la que, para variar, yo era la protagonista y no una mera espectadora.

—Volvemos a encontrarnos —dije, dejándome caer en una silla frente a la que ocupaba el meditado joven.

Él, que no esperaba compañía, respingó, sobresaltado por mi brusca aparición en escena, y me miró. Había una clara sombra de censura en sus pupilas color miel.

—Sí, qué casualidad —replicó, con un matiz irónico que no se me pasó por alto. Aunque tampoco permití que me afectase.

Lo bueno de enfrentar aquella extravagante experiencia como si no fuese más que una película era que me había convertido en un personaje de la misma. Sobre los tacones rompetobillos que recibí como herencia dejaba de ser la Berta de siempre, medrosa, gris y resignada, para convertirme en alguien mucho más audaz.

¿Qué pintaba una mujer como mi auténtico yo en el glamuroso París que ambientaba mi guion?

—¿Verdad? Yo creo que es el destino —sugerí, poseída por el papel de heroína desenfadada y un tanto desequilibrada—. ¿Qué piensa usted?

La actitud de mi interlocutor no varió. Se cruzó de brazos, recostándose contra el respaldo de la silla.

—Mire, *madame*...

—Berta. Me llamo Berta Velasco.

Podría haberle dicho otro nombre. Para ser sincera, Berta nunca me entusiasmó. Me resultaba seco, severo y falto de encanto. Un fiel reflejo del carácter de mi madre, que, a fin de cuentas, fue quien me lo endosó. Pero, no sé por qué, no quería que él me llamase de un modo distinto. Pese a que me estaba tomando el asunto como si de una representación teatral se tratase, no me gustaba la idea de que llamase a otra cuando estuviese hablando conmigo.

—Y no soy *madame*, sino *madeimoselle*.

—*Madeimoselle* Velasco —se corrigió, y me di cuenta de que en sus labios bailaba una sonrisilla que pugnaba por adueñarse de ellos—. No quisiera hacer las cosas a la tremenda, pero, si no deja de seguirme, no tendré más opción que dar parte a la policía.

No me asustó. Seguramente fuese por esa sensación de conocerle, pese a que aquel solo era nuestro tercer encuentro. Pero tuve el convencimiento de que el hombre sentado frente a mí no me entregaría a las autoridades. No acusándome de un delito de acoso. Y, en todo caso, suponiendo que estuviese siendo demasiado optimista al valorar su consideración para conmigo,

siempre podría huir a un lugar apartado para quitarme los zapatos. En menos de un segundo, estaría de vuelta en Sevilla.

No tenía nada que perder. Jugaba sobre seguro.

—¿Por qué haría eso? —pregunté inocentemente jugueteando con el pico del mantel—. Soy su aliada.

Él enarcó las cejas, como preguntando de dónde había sacado yo semejante idea.

—La otra noche, en el jardín, le ayudé a dar esquinazo a miss Francia. Eso demuestra que estoy de su lado.

Otro amago de sonrisa estrangulado antes de florecer. Por lo visto, le hacía gracia. Eso era bueno, ¿no? La risa es un camino seguro para llegar al corazón de alguien. Y, aunque no tenía muy claro por qué, sí sabía que esa era la senda que debía seguir.

—Que no le dijese a Élodie dónde estaba no le da derecho a tomar su relevo, hostigándome en su lugar.

¿Hostigarlo? Bueno... sí. Mis persistentes encontronazos podrían interpretarse de ese modo. Aunque fuese algo completamente ajeno a mí. Pero, claro, a él no podía explicarle que nuestros encuentros no tenían nada que ver con mi voluntad, sino con la de mis zapatos. Objetivamente, aquello terminaría de confirmar la visión de lunática que tenía de mi persona. Y, esta vez, estoy segura que no me miraría como a una loca inofensiva y divertida.

—¿Quiere decir que la próxima vez que vea a Miss Francia, a la tal Élodie, debería mantenerme al margen? —le pregunté mirando más allá de su hombro a la entrada del local, donde una joven rubia vestida con chalequillo y pajarita negros y camisa blanca comprobaba los nombres de los que llegaban en un libro con las pastas forradas en cuero marrón.

—Así es.

Asentí, fingiéndome pensativa y un poquito consternada.

—En ese caso, esta noche, creo que va a tener que apañárselas usted solo. —Sus cejas volvieron a ejercer como signo de interrogación—. Está aquí.

—No puede ser.

Ahora el consternado, y no de una manera pretendida sino completamente real, era él.

—Como te lo cuento.

Se giró en la silla. Mirando hacia atrás, al lugar del que yo no apartaba los ojos, para inmediatamente después regresar la vista al frente. Noté que tenía

la esperanza de que le estuviese gastando una broma. Por desgracia para él, nunca fui amiga de ese tipo de jugarretas. El instinto gamberro era algo que mi madre me había cortado de raíz a base de collejas.

—Joder —murmuró apoyando el codo en la mesa y ocultando su perfil tras la mano.

Fue mi turno de esconder la sonrisa. Era divertido verle. La actitud de ese hombre, ocultándose de una mujer tras la que cualquier otro correría como alma que lleva el diablo, era digna de la comedia más disparatada.

¿Sería gay? No lo parecía, la verdad.

—¿Se pude saber qué le ocurre con esa chica? ¿Es que le debe dinero, o algo así?

—Que es sorda —masculló entre dientes. Más para sí que en respuesta a mi pregunta—. Eso es lo que pasa.

Lo observé detenidamente. Como no lo había hecho hasta entonces. Ya me había fijado en sus ojos, de ese tono dorado tan suave y dulce. El resto del conjunto no difería mucho de ellos. El muchacho que se escondía tras su mano, como si esta fuese la capa de invisibilidad de Harry Potter, tenía el cabello castaño y un flequillo que le caía a un lado de la frente; la piel clara y limpia y los labios tan bien definidos que parecían dibujados. Sus facciones, suaves pero marcadas con la fuerza propia de un rostro masculino, denotaban juventud. Demasiada juventud. Ese chico tendría unos veintitantos. Ni siquiera se asomaba a los treinta.

Me pregunté por qué mis pies, enfundados en los zapatos de la abuela, se empeñaban en colocarme, una y otra vez, delante de él. No teníamos nada que ver, saltaba a la vista. Hacía mejor pareja con la muchacha de la que huía que conmigo.

—Oiga —le dije, inclinándome sobre la mesa con actitud confidente—, ya sé que quiere que me mantenga al margen. Pero yo podría...

—No.

Su negativa se alzó sobre la música que inundaba el local. Mientras hablábamos, la orquesta había llegado al final de la partitura de *Fascinación*. Ahora, una cantante vestida de negro se adueñaba de la tarima con su sentida interpretación de *Je suis malade*. En mi opinión, su afectación era demasiada para resultar conmovedora. Se notaba a la legua que estaba fingiendo. Nadie podría sufrir tanto y seguir vivo.

—¿Por qué no? Escuche, puede salir por la cocina. Hay una puerta trasera

que da a un callejón —le informé, reconociendo en las iniciales bordadas en la mantelería el nombre del restaurante que vi en mi primera visita a la ciudad—. Si sale por ahí, no tendrá que encontrarse con ella.

—Madeimoselle, se lo agradezco. Pero de verdad que... ¡Eh! ¿Adónde va?

Pasando de su negativa a aceptar mi colaboración me levanté. Cogí la copa de vino que había en la mesa y, con ella en la mano, salí al encuentro de la bella Élodie. La joven llevaba un precioso vestido de color beis, ceñido y largo hasta las rodillas. Recuerdo que pensé que debía ser la única mujer, en todo el mundo, capaz de verse impresionante en un modelito tan traicionero como ese. Era fascinante —y también un poco insultante— que, pese a marcar sus formas como una segunda piel, la prenda no sacase a relucir ni el más mínimo defecto en su silueta.

Lástima que la impecable apariencia le fuese a durar tan poco.

—¡Uy! ¡Cuánto lo siento! —me excusé, en absoluto mortificada por el estropicio que había ocasionado a conciencia.

¿Qué tenía que lamentar? Acababa de hacer justicia para el sexo femenino. Ni el Zorro había protagonizado, en su dilatada carrera como justiciero, una gesta tan noble como la que yo acababa de acometer.

—¿Qué te pasa?! ¿Es que estás ciega?! —gritó la bella, transformándose en la bestia. Mirando con horror la enorme mancha que teñía de rojo el escote de su vestido.

—Cuánto lo siento, de verdad. Iba pensando en mis cosas y no te vi.

Agarré una servilleta de una mesa cercana y, sin pedir permiso, me di a la tarea de limpiar los restos de vino. Aunque lo que logré con mis restregones fue el resultado opuesto al pretendido. La mancha se sobrepasó a sus límites.

—¿Qué haces? ¡Quieta!

El horror ganó la voz de Élodie, que se elevó sobre la de la cantante atrayendo la atención de los comensales que ocupaban las mesas al fondo del salón. Ahora sí, nos convertimos en la atracción principal.

La muchacha levantó la cabeza. Desvió la vista de su arruinado vestido para posarla en mí, la perpetradora del crimen. Me atrevería a asegurar que conseguí dejar una profunda huella en ella en nuestro primer encuentro, porque se le notó en la cara que me reconoció al instante. Con un manotazo me arrebató la servilleta, en previsión de que siguiese estropeando su atuendo.

—¡Oh! Yo te conozco —le dije, como si acabase de darme cuenta de quién

era. Su cara, perfectamente maquillada para conseguir una artificial apariencia mediterránea, tornó al blanco nórdico—. La otra noche, en el jardín del hotel.

—Sí, me acuerdo —me respondió, cortante, lanzando la servilleta a la mesa de la que yo la había tomado.

—Cuánto lo lamento. Un vestido tan precioso. Vamos al baño y te ayudo a limpiarlo.

La sola insinuación consiguió que el espanto volviese a imperar en las bonitas facciones de mi interlocutora. Por si había albergado alguna duda, ahora me quedó claro que no tenía la más mínima intención de estrechar lazos de amistad conmigo.

—Déjalo, da igual. Ya me ocupo yo.

Con aquella determinación a no regalarme su amabilidad, así su vida dependiese de ello, Élodie me hizo a un lado despejando el camino al baño. Al que tenía intención de llegar sola. El desplante me dio igual, para qué mentir. Ella no era la única que no tenía interés en confraternizar. Mis ganas de hacer amigos estaban puestas en otra persona.

Giré la cabeza, buscando la mesa de la que me levanté haciendo de una copa de vino tinto mi particular espada justiciera.

No había nadie sentado a ella.

Le vi nada más doblar la esquina. Estaba de pie, entre el contenedor de basura y los tabales de fruta vacíos, apilados contra la pared. La escena no tenía nada de idílico, lo sé. Aun así, a mí me pareció embriagadora.

¿Mejor que aquella en la que Natalie Wood y Robert Redford se reencontraban, gabardina incluida, en Nueva Orleans?

Pues... Sí. ¡Mucho mejor!

—Al final, ha hecho lo que le dije —casi grité, corriendo hacia él con la dificultad añadida de mis tacones.

—No es como si me hubiese dejado otra opción.

Su expresión sería escondía otra sonrisa.

—Siempre podría haberse quedado en el restaurante y dejar que su seguidora le viese.

Me detuve al llegar a su lado, agradeciendo el final de la carrera. Los zapatos me hacían polvo los pies. Pero no iba a quejarme por eso. El dolor

merecía la pena.

—No podía dejar que sus esfuerzos cayesen en saco roto.

De nuevo esa ironía que no me afectó. Resultaba difícil sentirse amilanada frente a alguien que miraba y hablaba de un modo tan tierno.

—Gracias por su ayuda —dijo inesperadamente, pillándome con la guardia baja.

—¡Ah! —Lo apunté con mi índice estirado. Camuflando tras una fachada desenfadada lo mucho que significaba para mí su reconocimiento—. ¿Así que admite que le he hecho un favor?

Sonrió. Una sonrisa tímida, breve... ¡Arrebatadora! Mi corazón empezó a latir desbocado con aquel leve esbozo.

—Lo admito.

Levantó la cabeza e hizo un gesto a algún punto tras mi espalda. Me giré y vi a un hombre que se asomaba al callejón, con expresión de agobio. Mi acompañante levantó la mano derecha, comunicándole sin palabras que enseguida se reunía con él. A regañadientes, el otro se quedó donde estaba, concediéndome el privilegio de una despedida íntima.

—Aun así, le agradecería que, en adelante, se ciñese a lo que hablamos en el restaurante.

Dicho esto se adelantó, pasando a mi lado y dejándome atrás.

—¿Cuál es su nombre?

Llegados a ese punto me pareció que era hora de usar algún sonido con el que poder identificarle. Ya no éramos dos desconocidos. No podía seguir pensando en él como «el que huía de miss Francia».

Mi pregunta lo detuvo.

Me miró por encima del hombro. Con otro de esos amagos de sonrisa dominando sus labios.

—En fin, le he salvado dos veces. Lo menos que puede hacer es dejarme conocer su nombre.

—¿Pretende hacerme creer que no lo sabe?

Lo dijo como si fuese algo imposible. Como si llevase el nombre tatuado en la frente y bastase con saber leer para conocerlo. Me observó un segundo. Claramente sopesando de qué planeta vendría yo. O de qué manicomio me habría escapado. Luego sonrió. Esta vez sin contenciones. Del mismo modo tímido en que lo había hecho un momento antes.

—Nino. Mi nombre es Nino.

Lo sentí como una confesión. Como si con su nombre me estuviese dando, también, un voto de confianza. Y eso me halagó. Ya me había percatado de que no era de los que se abren fácilmente a los demás. Más bien, tenía pinta de ser de los que recelaban hasta de su sombra.

Siguió adelante, reuniéndose con el estresado personaje que esperaba por él en la entrada del callejón. Los vi gesticular. Quizás discutiendo un poco. Aunque solo puedo suponerlo. No capté ni una sola palabra de lo que se decían y tampoco me empleé muy a fondo en la escucha.

En ese momento, solo podía pensar en una cosa.

—Nino —repetí en voz baja. Dejando que el nombre se pegase a mis labios como si fuese la palabra más hermosa que jamás hubiese pronunciado.

## Capítulo 8

La costumbre manda que la misa por el alma de un difunto se celebre una semana después del deceso. Pero la abuela hubo de esperar casi mes y medio para volver a ver a su familia reunida, orando por el descanso de su espíritu. Sé que no le importó. Ella solía decir que, cuando te haces viejo, te conviertes en personaje secundario de tu propia vida. Por eso no puedes pretender que los demás te cedan el protagonismo de las tuyas.

Primero fue la apretada agenda de don Fernando, párroco de la iglesia de Santa Catalina. Superado, el pobre hombre, por la cantidad de ovejas que perdía su rebaño.

—Es curioso cómo la mayoría de los ancianos fallecen entre finales de un año y principios del otro —había dicho, con pesar, moviendo las páginas de su libreta de notas de atrás hacia delante y de delante hacía atrás.

Después, fue la ausencia de mi prima Claudia, de viaje de fin de carrera por el Caribe mexicano, lo que obligó a posponer la misa. En realidad, lo de esperar a su regreso era más cosa de mi tío Felipe, hermano menor de mi madre y padre de la criatura. No creo que a Claudia le hubiese importado mucho que no hubiésemos contado con ella. Después de todo, nunca fue muy cercana a la abuela. Y también estoy segura de que, por eso mismo, mientras los demás escuchábamos las palabras de consuelo que el padre Fernando desgranaba desde el púlpito, mi prima menor mataba el rato consultando el estado de sus redes sociales en el móvil.

No puedo culparla. Honestamente, yo también estaba más pendiente del móvil —del de mi prima; el mío tenía tan poca vida como su dueña— que del sermón. El alivio que el cura intentaba infundir no me llegaba. La abuela ya me había advertido, en su nota de despedida, que no sabía qué le esperaba después de dejar este mundo. Si ella, que era la principal interesada, no lo

tenía muy claro, ¿cómo aceptar las aseveraciones de ese hombre?

En el cielo, decía el muy incauto, que estaba. Sin saber que Alfonsina Ruíz se santiguaba cada vez que veía un avión. Era obvio que no la conocía. Así que no podía dar por buena su versión.

Las peripecias de las amistades de la más joven de mi familia desfilaban en la pantalla de su teléfono. Pol D.C., «climbing time, go, go, go...»; Alba López, «volando a Tailandia, moríos de envidia ;P» o Rocío García Fernández que, menos aventurera y más golosa, presumía de merienda subiendo a su Instagram una foto de la tarta de queso que iba a zamparse. Este último era el plan menos excitante, pero el pastel tenía una pinta con la que ni Tailandia ni las aventuras en la sierra podían competir. De toda la prole, fue a Rocío a quien más envidié. Sería por la falta de espíritu aventurero que padecía la Berta que me tocaba representar en ese momento; la de los pantalones vaqueros y los zapatos planos, residente en el mundo real.

Mi madre se revolvió en la banca de delante, desde la que escuchaba el sermón junto a sus hermanos. Giró el cuello y me lanzó una de esas miradas. Una igual a las que me regalaba cuando, de pequeña, me ganaba alguna bronca. Y, también como entonces, me asaltó el pensamiento de que tenía ojos en la nuca. De otra manera no me explicaba que se hubiese dado cuenta de que, aunque mi cuerpo seguía allí, mi mente había abandonado la iglesia hacía tiempo. Contuve el aliento hasta verle regresar la vista al frente, relajándome al encontrarme libre de sus castigadoras pupilas oscuras. Entonces, demostrando que no aprendo, dejé que mi imaginación volviese a volar.

Es una mala costumbre que tengo desde pequeña. Mi tendencia a evadirme de la realidad fue mi mayor problema durante mi época de estudiante y seguía siéndolo años después, ya como adulta. Tal y como probaba mi desastrosa vida. Si hubiese pasado más tiempo afrontando la realidad, en vez de intentar eludirla...

Esa invernal tarde de jueves, además, contaba con un aliciente que azuzaba mi fantasía. Algo que me habría impulsado a soñar despierta aunque no hubiese traído la costumbre como defecto de fábrica.

Nino. Mi Nino. El Nino por el que me había convertido en una especie de Cenicienta desequilibrada. Nino, el único. Porque, al contrario que con Juanma, en toda mi vida no había conocido a ningún otro hombre que se

llamase así. Y no es que el detalle importase mucho. La originalidad del nombre no es un acicate para la atracción que se siente por otra persona. Pero me gustaba pensarle especial. Único, para mí.

¿He dicho que me sentía atraída por un muchacho del que no sabía nada?

Pues... sí. Así era. Al principio pensé que era por aquellos encuentros mágicos. Pero empezaba a darme cuenta de que, más allá del cuento de hadas postmoderno que me había caído encima, Nino me gustaba por él mismo. Por sus sonrisas escondidas, por su amabilidad y por el aire dulce que desprendía aun cuando lo que pretendía era resultar amenazador.

No era solo su nombre. Todo él era distinto a cualquier otro hombre que hubiese conocido antes. Y, en comparación, todos salían perdiendo.

Fui consciente de que una sonrisa bobalicona se adueñaba de mi expresión y, amilanada por el cogote de mi madre, que en cualquier momento podría volverse para regalarme una de sus miradas laxante, agaché la mía.

Mi prima seguía consumiendo datos. Tras terminar de poner al día sus redes sociales ahora navegaba, no sé si a la deriva o con rumbo fijo, por la red. Mis ojos quedaron nuevamente atrapados en su pantalla. Pero, esta vez, no por matar el rato. No de un modo voluntario. Sino porque en ella encontré algo que llamó poderosamente mi atención, impidiéndome despegar las pupilas. Ese vestido, el que llevaba la modelo de la foto en la web, lo había visto antes. Y no solo la prenda. La chica...

—Yo la conozco —murmuré, demasiado sorprendida para optar por la contención.

Me parecía increíble. Pero esas mechas californianas no dejaban lugar a dudas. Era ella.

Claudia se dignó a levantar la cabeza del teléfono y me miró.

—Pues claro —replicó, como si no conocer a la muchacha de la foto fuese imposible—. Es Élodie L'amour.

—¿De verdad se apellida L'amour?

Ana, la despistada, asomó la cabeza tras su perfil y me di cuenta de que no era la única que había hecho del teléfono de la más pequeña de la familia su vía de evasión.

—¡Pues claro que no! —exclamó la benjamina con el aire de autosuficiencia que la hacía parecer la mayor—. Es su *nickname*.

Ana no necesitó abrir la boca para dejar claro que no se estaba enterando de nada. Fue un consuelo. Al menos, yo no era la única.

—El nombre que usa en su blog. Elodielamour.com. ¿Lo veis? —Subió al principio de la página, enseñándonos la cabecera para ilustrarnos—. Es una de las *it girls* más famosas del momento.

Nos aleccionó desde el principio con el absoluto convencimiento de que ni Ana ni yo sabíamos nada del tema. No se equivocaba. También habría hecho bien en explicarnos qué era eso de ser una *it girl*.

—Para mí, es la mejor. Tiene un estilazo, la tía. ¿Veis este vestido beis?

Lo veía. Claro que lo veía. Y mejor que cualquiera de mis dos contertulias. Para algo, la noche anterior, lo había tenido a un palmo de distancia. Pero omití el detalle, dando la callada por respuesta y dejando que mi prima siguiese con su *master class*.

—Es de la última colección otoño-invierno de Chanel. Se lo puso para ir con su novio a un restaurante muy exclusivo de París.

Chanel, París, exclusivo. Empezaba a cuestionarme si lo que Claudia admiraba de Élodie era su buen gusto a la hora de elegir atuendo o el lujo que rodeaba su vida. Juraría que, mientras la escuchaba, el espíritu de mi madre me poseyó. Porque de buena gana le habría propinado uno de esos pescozones con los que mi progenitora aseguraba que me sacudiría la tontería de encima.

—¿Y quién es su novio? ¿Un viejo millonario con mucho dinero para pagarle los modelitos? —comentó pérfidamente Ana—. Siempre es igual.

Abrí los ojos más de lo habitual, reaccionando a su maldad con una pizca de desconcierto. Así que mi prima, la distraída, no era tan inocentona como yo la pensaba.

—¡Qué va! —negó la fan con la misma cara que habría puesto el padre Fernando al oír a un blasfemo—. Élodie no necesita a ningún millonario. Es la hija del primer ministro de Francia.

Si un segundo antes estuve sorprendida, después de oír aquello subí de nivel. Pasando directamente a noqueada.

—Su novio es un chico joven. Un actor muy guapo y muy famoso en su país. Nino Fabre, se llama.

Pues bien, ahora, la escala de la estupefacción se había quedado sin grados para que mi ánimo siguiese escalando.

—No es verdad —repliqué, dejando que por mi boca se escapase la indignación que la aseveración de mi prima pequeña había encendido en mi pecho—. Nino no tiene ningún interés en esa Élodie. Es ella quien lo sigue a

todas partes.

Las otras dos me miraron con idéntica expresión. Una a caballo entre la burla y la sorpresa. No me di cuenta, en ese momento, de que aquella debía ser la primera vez que me veían defender algo con tanta vehemencia. Yo, que tenía por costumbre pasar de todo, me estaba tomando muy a la tremenda lo que para ellas no era más que un cotilleo de prensa rosa. Un tema, además, este del papel couché, por el que nunca antes me mostré especialmente interesada.

—Chicas, ¿queréis dejarlo ya? No estamos en una cafetería.

Fue Trini, con su acostumbrada sensatez, quien nos llamó al orden.

Su llamada de atención me hizo caer en la cuenta de que la banca de los mayores se revolvía, molesta por nuestra cháchara. También supuse que, a esas alturas, mi madre debía haber vuelto la cabeza unas trescientas veces. Buscando encontrar mi mirada para hacerme regresar al redil. Y, por supuesto, estuve segura de que, al no conseguir su propósito, estaría que trinaba. Con todas esas evidencias podía extraer una conclusión clara: ¡vete preparando, Berta!

Suspiré, resignada, y me acomodé en el asiento con la vista al frente, la espalda tiesa y la firme convicción de que Claudia no sabía de qué hablaba. Nino, mi Nino, el único, no tenía nada con esa diva de la blogosfera. Lo había visto con mis propios ojos, así que daba igual lo que dijese mi prima. Élodie no era nada para él. Por muy *it girl* que fuese.

¡Significase eso lo que significara!

## Capítulo 9

—¿Sabes algo de Juanma?

La pregunta me pilló con la guardia baja y medio espagueti colgando de la boca. No me la esperaba. El sobrino de la amiga de mi madre era un personaje del que ya ni me acordaba. Sorbí, ayudándome a tragar el tallarín, y los labios se me pringaron de salsa de tomate.

—No —respondí en cuanto mi boca se encontró en condiciones de hacerlo.

Fingí naturalidad, pero mi cuerpo se había puesto en tensión. Igual que el de un soldado a punto de entrar en combate. Sabía que mi progenitora acababa de abrir el fuego que marcaba el inicio de la batalla e, inconscientemente, todo mi ser reaccionó al instinto de autodefensa.

—¿No te ha llamado? —insistió ella, poco conforme con la negativa que le había dado. Ya he dicho que mi madre poseía ese tipo de optimismo que te hace estar seguro de que el mundo gira al son de tus deseos y esperanzas.

—No.

Por desgracia, la realidad era muy distinta a su percepción y, en los dos segundos transcurridos desde que formulase la primera pregunta, nada cambió. No tenía más remedio que contestarle con otra negación.

Pese a haberse despedido con un «tenemos que repetir», la realidad fue que Juanma no me llamó después del apretón de manos con el que despidió nuestra cita. Y no menos cierto era que no me importó lo más mínimo su falta de señales. Ni siquiera reparé en ella. El problema estaba en que mi madre no parecía tan inmune al poco interés que el sobrino cirujano de Teresa demostraba en mí.

Movió la cabeza, en claro gesto de reproche, y yo hice como si no la hubiese visto. Enrollé los espaguetis en el tenedor e inicié, mentalmente, una cuenta regresiva.

Diez, nueve, ocho...

... Abandonó la mesa, con el plato vacío en una mano y el vaso en la otra.

Siete, seis, cinco...

... Los aclaró en el fregadero y los metió en el lavaplatos.

Cuatro, tres, dos...

—Te dije que no lo estropeases esta vez.

Y ahí estaba el uno.

Regresó al comedor blandiendo la recriminación con su acostumbrado aire severo. La V cuasimayúscula de su entrecejo dominaba su expresión.

—No lo he estropeado, mamá —repliqué resignadamente—. Nadie lo ha hecho. Simplemente, no nos gustamos. Ya está.

Me acabé los espaguetis y me levanté, llevando mi plato a la cocina tal y como ella había hecho un momento antes. En el camino, nos cruzamos. Pasamos una al lado de la otra sin mirarnos. Evitando el contacto visual con una tozudez poco dispuesta a acercar posturas.

—Gustarte, gustarte... —canturreó, como si se tratase del estribillo de una de las coplas que tarareaba mientras hacía las tareas domésticas, y se dio a la labor de limpiar el mantel de hule con la bayeta—. Como si te pudieras permitir el lujo de elegir.

El sonido del grifo no logró acallar su lacerante apreciación. Es una de las desventajas de vivir en un piso pequeño: se escucha todo. Me pregunto si las personas que viven en mansiones son más felices y tienen una mejor armonía familiar.

Dejé que el plato escurriese en el fregadero antes de meterlo en el lavavajillas. El silencio que siguió al ruido del goteo del agua me puso la piel de gallina. Sabía bien que, una vez cogía carrerilla, no había quien pudiese parar la lengua de mi adversaria. De ahí que su silencio tuviese algo de siniestro.

Me demoré en mi vuelta al comedor, temerosa. Como cuando, siendo niña, necesitaba que estampase su firma en un examen suspendido. Nunca había dejado de sentirme de ese modo. En lo referente a la vida, siempre me vi como una mala estudiante a los ojos de mi madre. Me agarré al quicio de la puerta, poco dispuesta a entrar en la sala.

—¿Te acuerdas de Pepe?

Miré su espalda, inclinada aún sobre la mesa. El cambio de tercio me dejó más descolocada que el silencio que precedió a la pregunta. ¿Ya estaba? ¿Ahí

se quedaba el tema Juanma? No era propio de ella abandonar el campo de batalla antes de haberse asegurado la victoria.

¿Qué le pasaba esa noche? Estaba actuando de un modo muy raro.

—¿Pepe, Pepe...?

Intenté hacer memoria.

A ver, ¿a qué Pepe se estaba refiriendo? Porque así, a bote pronto, me venían a la mente, lo menos, seis. Pepe, el de la frutería de la esquina; Pepe, el futuro marido de mi prima Trini; Pepe, el que estudió la carrera conmigo y terminó alistándose en el ejército porque no encontraba trabajo...

La lista era interminable.

—Pepe, el hijo de la Montse. —Cortó mi retahíla mental con un punto de irritación.

Una vez más, quedé maravillada con sus habilidades telepáticas. Cualquiera diría que hubiese estado escuchando mis pensamientos.

Con ese nuevo dato hice otro esfuerzo por ubicar al sujeto en cuestión.

—Pues la verdad es que no caigo —me rendí, incapaz dar con el Pepe correcto.

—¿Qué sí, hombre! —Mi madre se dio por satisfecha con la limpieza del hule. Se irguió, se dio media vuelta y me encaró con una desesperación a la que dio rienda suelta en sus ademanes—. Si ha estado en la misa de tu abuela, esta tarde.

—¡Ah, sí! —¡Ya! ¡Ahora lo tenía! Distraída por el juego de adivinanzas, bajé la guardia. Tanto, que abandoné mi posición defensiva en el quicio de la puerta—. Ese que llevaba un chándal del Barcelona y la cabeza como si la hubiese metido en un bote de aceite.

Reí con un poquito de maldad. Solo un poquito. No soy de las que disfrutan criticando a los demás. Pero soy humana y, de vez en cuando, no puedo evitar caer en la bajeza de burlarme de otros. Pero el amago de diversión me duró poco. Cualquier ramalazo de alegría se disipó tan pronto como mi madre retomó la palabra.

—Está soltero.

¡Oh, no! No, no y no. No estaba hablando en serio, ¿verdad?

—Mamá... —la llamé de un modo preventivo, tanteando el terreno.

Ni siquiera ella podía estar tan desesperada por casarme como para intentar emparejarme con un hombre así. ¡Por Dios, que era mi madre! ¿Acaso era mucho esperar un poco de piedad por su parte?

—¿Sabes? Su madre me ha dicho que siempre le has gustado mucho. Desde jovencita. —La vi acercarse a mí como si fuese uno de esos zombis que, aunque caminan a paso de tortuga, siempre terminan dando alcance a su víctima—. Además, es funcionario. Trabaja como ordenanza en el ayuntamiento. —Claro, por supuesto. La vida profesional del sujeto era de vital importancia. Así era Manoli Tellado, el pragmatismo estaba ante todo —. Ya que has espantado a Juanma, ¿Por qué no...?

—No, por favor. No lo digas.

Estiré el brazo derecho, mostrándole la palma abierta de mi mano como si en ella tuviese dibujada una señal de stop. No quería oír más. No podía seguir escuchándola.

—¿Cómo que no, Berta? Ya que tú no te preocupas por tu futuro, tendré que hacerlo yo, que para algo soy tu madre, ¿no? —Lejos de servir para que se callase, mi advertencia solo logró que dejase de lado esa pose, que en cualquier otro hubiese sido recriminatoria pero que en ella era lo más parecido a la sutileza, para pasar al acoso y derribo—. ¿Qué pasa? ¿Es que quieres hacerte vieja aquí, en esta casa, viviendo con tu madre y convertida en una solterona?

Hombre, dicho así, el plan no resultaba muy prometedor. Pero, honestamente, la alternativa que me proponía no era mucho mejor. ¿Por qué tenía que casarme a toda costa? ¿Qué tenía de malo ser eso que ella llamaba una solterona? Sabía que no tenía unas perspectivas de futuro muy halagüeñas. Aun así, no creía que la solución para mi porvenir pasara por el matrimonio. Y, menos aún, a la desesperada.

No, el giro que necesitaba mi vida no tenía nada que ver con mi estado civil.

—Estoy bien así.

Pese a la calma con la que esgrimí mi réplica, las palabras consiguieron desatar el carácter que mi madre había estado reprimiendo.

—Estás bien porque eres una descerebrada. ¡Por eso estás bien! —estalló, blandiendo la bayeta húmeda delante de mi nariz. El olorcillo a amoníaco estuvo a punto de dejarme K.O.—. Tienes treinta y cuatro años, Berta. ¡Treinta y cuatro! —lo recalcó, por si acaso se me había pasado por alto mi edad—. ¿Cuánto más piensas esperar para tener hijos? ¿Sabes que, a partir de los treinta y cinco, las posibilidades de tener un embarazo de riesgo aumentan? Lo veo todos los días en el hospital.

Un momento. ¿Había dicho hijos? ¿Estaba hablando de tener hijos? ¿Con quién? ¿Con Juanma? O, todavía peor... ¿Con Pepe?! De eso nada. No tenía intención de reproducirme con ninguno de esos dos ejemplares. Ni estaba, ni creía que llegase a estar nunca, tan desesperada. La sola idea estuvo a punto de conseguir lo que el olor del amoníaco no había logrado: que me cayese al suelo redonda.

—Mamá, me parece que estás siendo un poco melodramática —le dije con todo el respeto del mundo. Pese a lo cual, ella se lo tomó como un agravio.

Volvió a usar la bayeta. Esta vez, como látigo, fustigándome el antebrazo con ella. Llegados a ese punto supe que ya no había nada más que pudiese hacer. Habíamos dejado atrás la batalla dialéctica para entrar de lleno en el combate cuerpo a cuerpo. Una disciplina en la que siempre tenía las de perder. No podía olvidar que, pese a todo, mi rival era, también, mi madre. Agarrar otra bayeta para devolverle los golpes que me estaba dando no era una opción. Eso no estaría bien.

Me di media vuelta y salí del comedor, enfilando el pasillo. Ella me siguió, reticente a darme tregua, hasta que llegué a mi dormitorio y me encerré allí. Al otro lado de la puerta sus reproches y teorías sobre el reloj biológico siguieron sonando. Unas veces más claras y otras más imprecisas. Dependiendo de en qué parte de la casa estuviese y a qué distancia de donde me encontraba yo.

Necesitaba huir de allí. Largarme, desaparecer de esa casa y dejar su voz atrás, en algún lugar desde el que no pudiese alcanzarme. Por ventura, tenía la solución muy cerca. Debajo de mi cama, dentro de una vieja caja de cartón.

Me acerqué al armario para sacar de él uno de los modelitos estilo *pin-up* de los que había provisto mi guardarropa y que no tendría ocasión de lucir en mi vida normal. Eran casi las once de la noche, el día tocaba a su fin y las obligaciones de la Berta ordinaria y aburrida también. Me quité el pijama para meterme dentro de un vestido de color carmesí y voluminosa falda. Me maquillé, usando un pintalabios tan rojo como la tela, y me calcé los zapatos con toda la intención de dejar mis penas, junto con la voz de mi madre, encerradas en esa habitación.

## Capítulo 10

La súbita luz me cegó, obligándome a cerrar los ojos con fuerza y a echar la cabeza hacia atrás intentando huir de ella. Usando la mano como visera fui capaz de abrir los párpados. Aunque el esfuerzo no me sirvió de mucho. A priori, lo único que pude ver fue un fondo completamente blanco que se disipó cuando alguien arrastró el foco a un lado. Entonces distinguí la plaza, con su pequeña fuente en medio y la fachada de la universidad de fondo. Era la primera vez que estaba allí, pero reconocí el lugar por las fotos que había visto en las guías que llevaba años ojeando, mientras soñaba con un viaje que siempre fue eso; un mero sueño.

—Amandine, ¿estás listas? —preguntó alguien a una chica que estaba de pie en medio de la escena.

Ella, flaca y larguirucha como una aguja de hacer punto, asintió. Se quitó el forro polar y, tras entregárselo a un asistente que apareció como una centella para recogerlo, caminó hasta la mitad de la plaza. Deteniéndose junto a la fuente, encima de una marca dibujada con tiza en el suelo. Por su expresión nadie podría decirlo, pero estaba aterida de frío. Si me fijaba, la veía tiritar. No era para menos. Tras renunciar a su abrigo la muchacha estaba vistiendo solo un traje de tirantes y unas sandalias de tiras de cuero. Como si, en vez de en pleno febrero, estuviésemos en agosto.

—Perfecto. ¡Estamos rodando!

Un hombre de mediana edad, bajito, entrado en kilos y, él sí, perfectamente abrigado, se colocó en medio de la escena. Sujetando una de esas claquetas de pizarra que se utilizan en los rodajes de las películas.

—*Commencer à vivre*. Escena veinticinco. Toma octava —dijo, con voz nasal y carente de emoción, haciéndose a un lado al grito de—: ¡Acción!

Junté las manos a la altura del pecho y entrelacé los dedos, presa de una

emoción indescriptible. Una película. ¡Estaba en el rodaje de una película! Tuve que contenerme para no ponerme a dar saltitos de pura alegría. Creo que, a estas alturas, ya ha quedado claro que el cine, ese clásico y romántico que se hacía antaño, era mi pasión. Había visto montones de películas a lo largo de mi vida. Llevaba a mis espaldas cantidades ingentes de ficción. Pero nunca, jamás, pensé que podría presenciar, en vivo y en directo, cómo se hacía una.

Estaba tan contenta que temí que el llanto me vencería de un momento a otro.

La protagonista se mantuvo estática, soportando el frío con una profesionalidad fuera de discusión, mientras que una brisa, que en la pantalla se interpretaría como cálida y veraniega pero que, en realidad, era gélida como el beso de la muerte, agitaba los cortos mechones oscuros de su peinado a lo bob. Entonces, su expresión cambió de la melancolía a la sorpresa, reconociendo al héroe de la cinta. Quien, en ese momento, aparecía en escena por uno de los laterales de la Sorbona.

No fue la única. Yo también lo reconocí, y la emoción de la que era presa se multiplicó, amenazando seriamente con hacerme estallar de un momento a otro.

Nino, también vestido de verano, llegó disfrazado de chico de barrio. Un chico de barrio al que ninguna chica de barrio tendría la oportunidad de ver fuera de una sala de cine. Lo sabía bien porque era mi hábitat natural. Me había criado en un barrio sevillano de clase media —seguía anclada allí—, y jamás tuve un vecino, amigo o compañero de estudios con semejante facha.

Se detuvo, mirando momentáneamente a la chica. Para, inmediatamente después, echar a correr hacia ella con la urgencia de envolverla en sus brazos. Una carrerita corta, de unos pocos metros, que, no obstante, contaba con una dificultad: la de concluir la saltando al escalón de madera colocado a los pies de la joven. Me di cuenta de que se trataba de uno de los muchos trucos del cine, que nos engaña como a pánfilos sin que nos enteremos siquiera.

Nino Fabre, el mismo de quien Internet proclamaba orgullosamente que medía metro ochenta y cinco, no era tan alto como Google se empeñaba en hacer creer a sus fans. Siendo generoso, uno podría hacer un esfuerzo por aceptar que llegaba al metro ochenta. Pero no más de eso. Su *partenaire*, aun calzando las sandalias planas que le habían puesto en sastrería, le sacaba varios centímetros. Una diferencia de estatura que, si bien en la vida real no

tendría importancia, no daba bien en cámara.

Sí, lo admito. Había pasado la tarde investigándole en la Red. Tirando del hilo que mi prima Claudia había puesto delante de mi nariz para revelar el misterio que envolvía a ese joven custodiado como si fuese el heredero de la corona de algún país extranjero. Mientras saltaba de un artículo a otro caí en la cuenta de que, en cierto modo, lo era. No en un sentido literal, claro. Pero sí metafórico.

Nino era el amor platónico de Francia. Algo así como el yerno con el que toda madre sueña, el muchacho exitoso que a todo hombre le gustaría ser y el príncipe azul de cualquier jovencita aficionada a forrar carpetas. Ahora comprendía que me viese como a una loca obsesionada con seguirle los pasos. La intuición me decía que sufrir a una fan acosadora era un problemilla al que habría tenido que hacer frente más de una vez.

El protagonista de la historia llegó al lado de la muchacha, saltó al escalón, la abrazó y yo tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír. Al verlo allí, encima de la pequeña tarima de madera, me acordé del San Pancraccio que mi madre tenía en la cocina, siempre bien provisto de una frondosa mata de perejil para que en casa no faltase el trabajo. Como el santo, también Nino necesitaba peana.

—¡Cooooooooorten!

La voz del director marcó el final de la escena. Los amantes ficticios deshicieron su abrazo, pasando de la euforia de la pasión juvenil a una fría camaradería. El hombre abandonó su asiento y se acercó a ellos para hablarles. Aunque bien podría haberse quedado donde estaba, porque lo hizo a gritos.

—Nino, muchacho. ¿Qué te pasa? —Me di cuenta de que lo del escalón no le había hecho tanta gracia como a mí. Aun así, el director le palmeó el hombro a su estrella, mostrándose amable y condescendiente con él—. Llevamos toda la noche intentando sacar adelante esta toma. Tienes que llegar a Amandine sin que se note el salto. —Hizo un gesto con las manos que recordó a un conejo brincando—. ¿Lo entiendes?

En lugar de responder, Nino asintió con la cabeza. El otro volvió a palmearle el hombro y se dio media vuelta para regresar a su silla. Y, entonces... Bueno, para no hacerlo muy largo, diré que entonces fue cuando me convertí en la estrella del rodaje, arrebatando el protagonismo a los actores.

—¿Quién es esa mujer? —El director me apuntó con un dedo, haciendo que todos los presentes reparasen en mí.

Tragué saliva y, sin dedicar un segundo a componer un plan de huida, seguí a mi instinto y eché a correr como si no hubiese un mañana.

—¡Eh, madame!

Evidentemente, mi reacción no sirvió para liberarme de las suspicacias que había despertado. Más bien, resultó lo opuesto. Lo peor de todo fue que ni siquiera valió para ponerme a salvo. No me habría alejado ni un par de metros cuando tropecé con una de las placas que dirigían la luz a la escena.

Cayó al suelo. La placa y, lo que me dolió mucho más, también yo.

—¡Ay! —me quejé, frunciendo las cejas al notar el filo cortante de uno de los adoquines rasgando la piel de mi rodilla.

No quería mirar. No, no alzaría la cabeza. Sabía, sin necesidad de verlos, que todos me estaban observando. Allí, de rodillas en el suelo, como la mayor tonta de la historia. Acababa de superar el momento más vergonzoso de mi vida. Lo de los albañiles no fue nada comparado con eso.

—¿Quién la ha dejado entrar? —La voz del director, inclemente, siguió dando rienda suelta a su enfado—. Pedí, explícitamente, que se deshicieran de los curiosos. ¿Qué está haciendo ella aquí? ¡Así no se puede trabajar!

Si me quitaba los zapatos, y desaparecía allí mismo, sería demasiado llamativo, ¿verdad? Primero tenía que buscar un lugar a cubierto. Eso era lo que decía mi lado racional. Pero la vergüenza, que en ese momento tenía más poder sobre mí que cualquier otro pensamiento o sentimiento, me mantenía clavada al suelo.

«Vamos, Berta. Utiliza el factor sorpresa», me dije, intentando infundirme ánimos. «Levántate y sal corriendo antes de que nadie pueda hacer un movimiento. A la de tres. Una... Dos... y...».

—Viene conmigo.

Abrí un ojo. Solo uno y muy poquito, apenas una rendija. Nino había dado un paso al frente para salir en mi defensa. De no ser porque toda mi cabeza estaba llena del deseo de que la tierra me tragase y me escupiese en algún lugar muy lejos de allí, le habría saltado al cuello. Agradeciendo que tomase el papel de caballero andante de tan torpe dama.

—¿Contigo? —El director me miró. Su expresión resultó tan áspera como su manera de hablar—. ¿Qué pinta esta mujer contigo?

Le faltó añadir el calificativo «insignificante» delante de la palabra

«mujer». Pero, en un gesto de buenas maneras propio de mi prima Trini, se contuvo. Un detalle, la verdad. Me las había apañado bastante bien, poniéndome yo sola en ridículo, como para necesitar que alguien más hiciese leña del árbol caído.

—Es mi prima —dijo mi salvador con toda la naturalidad del mundo—. Ha venido de Toulouse a pasar unos días en París y le hacía mucha ilusión ver cómo se rueda una película. Pensé que no te importaría.

¡Vaya! Realmente era un actor. Hasta yo, que sabía que lo que estaba diciendo era una patraña más grande que la catedral de Burgos, estuve a punto de creermelo que era su prima recién llegada de Toulouse.

—No... Bueno... No importa.

El director vaciló, mirándome con otros ojos después de conocer mi pedigrí.

—Lo siento mucho. Debí pedir permiso antes de traerla.

—No, no. Está bien. De acuerdo, escuchadme todos. —Alzó la voz, pese a que parecía imposible, para dirigirse a su equipo—. Haremos un descanso de quince minutos. Tomemos algo caliente y recuperemos fuerzas. Y tú —ahora se dirigió solo a Nino— ocúpate de tu prima, anda.

Hizo un aspaviento con la mano y el aludido asintió. Dando por finalizada la conversación, el director le dio la espalda para ocuparse de su estrella femenina.

—Amandine, querida, creo que debemos trabajar un poco más tu expresión facial. Te quiero más, no sé. Más desesperada, ¿lo entiendes?

El equipo al completo recuperó su dinámica habitual, olvidándome con la misma premura con la que me había hecho blanco de todas las miradas. Yo enfoqué la mía en Nino. Seguí su avance, que lo acercaba a mí, notando cada palpitación del corazón retumbándome en el cráneo.

Pum... pum... pupum...

Al final iba a resultar que mi madre llevaba razón y tenía la cabeza vacía, porque el eco dentro de ella era ensordecedor.

—¿Está bien? —me preguntó, deteniéndose delante de mí.

Asentí vigorosamente con la cabeza y él me ofreció una mano para ayudarme a levantarme. Entonces, cayendo en la cuenta de que continuaba postrada en el suelo, me levanté por mi propio pie, haciendo acopio de mi herida dignidad. La rodilla me dolió como si el corte, en vez de la piel, me hubiese sesgado la pierna.

—¿Puede caminar? La caravana está aquí al lado.

Señaló a algún lugar detrás de mi espalda, pero no me giré para verlo. De nuevo respondí a su pregunta con otro asentimiento, echando a andar cuando él lo hizo. Raqueaba como un militar herido en la guerra. Por suerte, no exageró cuando dijo que el furgón que hacía las veces de camerino estaba cerca. Calle arriba y bien escondido tras la fachada de la universidad, para no interferir en ninguna de las tomas que se estaban rodando. Abrió la puerta y subí. Una nueva oleada de dolor fustigó la parte inferior de mi cuerpo. Esta vez al levantar la pierna para auparme. El malestar fue tan intenso que pensé que terminaría desmayándome.

—Siéntese ahí. —Mi anfitrión cerró tras de sí y señaló un estrecho catre—. Iré por el botiquín. Está sangrando mucho.

Miré hacia abajo. En mi rodilla habían aparecido unos labios que escupían sangre. El surco, de un rojo escandaloso, caía desde ellos hasta el pie, haciendo que mi pantorrilla pareciese la de uno de los personajes de *La matanza de Texas*. Notando que la cabeza empezaba a darme vueltas obedecí el mandato de Nino y me dejé caer en el filo del colchón. Ahora sí, estuve segura de que me desmayaría. Siempre he sido demasiado aprensiva. Basta una gota de sangre para marearme. Esa noche, de mi rodilla brotaba mucho más que una gota.

Poniendo mucho cuidado en no mirarme la herida esperé a que él saliese de una especie de armario que, supuse, sería el baño. Todo dentro de la caravana era confortable, limpio y tenía pinta de caro. El vehículo poseía las comodidades que uno espera encontrar en una casa. De hecho, allí dentro había más lujos de los que disfrutábamos mi madre y yo en nuestro modesto pisito familiar. Pero, pese a ello, el espacio resultaba limitado.

Nino apagó la luz del baño y, con un pequeño botiquín en la mano, vino hasta la cama para arrodillarse delante de mí. Acercó una mano a mi rodilla, retirándola antes de llegar a tocarme. Hizo un nuevo intento de establecer contacto y, una vez más, el resultado fue el mismo. Su timidez me resultó adorable. No estaba acostumbrada a que un hombre mostrase reparos a la hora de sobarme. Por el contrario, los que había conocido hasta la fecha aprovechaban cualquier oportunidad para tomarse la libertad de hacerlo.

—Creo que... —carraspeó, aclarándose la voz antes de proseguir— debería quitarse la media.

—¡Ah! —Reaccioné al instante, entendiendo por qué vacilaba—. Claro.

Mi enfermero se fingió distraído, buscando en el botiquín lo que ya tenía más que localizado. Yo aproveché su gentileza para meter las manos debajo de mi falda y tirar de la liguilla. Acababa de estrenar las medias y ya las había dejado para el cubo de la basura. Debía ser un efecto secundario de vestir siempre pantalones vaqueros, no estaba acostumbrada a prendas tan delicadas. Gemí, despegando el tejido de seda que la sangre reseca me había dejado adherido a la pierna. Y él, comprobando que ya había dejado atrás el territorio vedado, se mostró diligente a ayudarme.

—¡No me quites el zapato! —le grité, presa del pánico, al verle desencajar el calzado de mi talón.

Podría habérselo pedido de un modo más sosegado. Me di cuenta, al instante, de que mi reacción había sido de todo punto exagerada. Pero me asusté demasiado al verlo manipular mi zapato para mostrarme racional.

¿Y si desaparecía delante de sus ojos? Era un riesgo que no podía correr.

—De acuerdo, tranquila —me respondió con la calma con la que un psicólogo hablaría a un paciente en plena crisis—. Ya está.

Arrebujó la media en mi tobillo, dejándola reposar allí sin llegar a quitármela.

—¿Sabe? Me siento un poco engañado. —Miró hacia arriba, encontrando mi mirada solo un segundo. Después agachó la suya, enfocándola en un pedazo de algodón que impregnó en alcohol—. La última vez dijo que no me conocía. Hasta me preguntó mi nombre.

Me mordí el labio inferior y me clavé los dientes cuando noté el escozor que despertaba el alcohol en contacto con mi herida. Nino apartó el algodón y sopló, en un gesto típico de madre. Tierno, como todo en él.

—Así era. En ese entonces no sabía quién era usted. Lo descubrí después —me defendí, dándome cuenta de lo endeble que sonaba mi argumento.

Le miré la coronilla mientras él continuaba limpiándome la herida. Su flequillo, que al estar inclinado sobre mi pierna caía hacia delante, me impedía verle la cara.

—No me cree, ¿no? —aseveré, entendiendo que era la reacción más normal.

Nino no negó ni afirmó. No dijo nada ni reaccionó en modo alguno a mis palabras. Siguió enfrascado en su labor de enfermero, soplando mi herida para aliviar la picazón. Dio un último repaso con el algodón y lo lanzó a la papelera haciendo canasta.

—Sí que la creo —dijo al cabo de un rato, cuando ya no lo esperaba. A continuación, bajó la voz, murmurando con aire reflexivo—: debo haberme vuelto loco.

Le sonreí de una manera que revelaba un absoluto entendimiento.

—Bienvenido al club —le dije, y él me devolvió una sonrisa que iluminó la habitación más que las lámparas que colgaban del techo.

—Creo que va a necesitar algunos puntos —siguió, examinando el corte.

—¿Puntos?! —Solo mencionarlo ya me dolió.

—Hum —Nino se mantuvo firme en su diagnóstico, sin dejar de mirar la boca por la que mi rodilla parecía quererse arrancar a cantar de un momento a otro—. Al menos, un par de ellos. ¿Cómo ha caído para hacerse semejante corte?

Me encogí de hombros. Si lo supiera podía tener por seguro que no habría terminado herida. Ya me las habría ingeniado para evitar el daño.

En ese momento alguien llamó a la puerta.

—Espere aquí —me pidió, como si tuviese algún otro sitio al que ir, antes de levantarse para ir a abrir.

—Nino, ¿se puede saber qué ha pasado? —Una voz femenina, madura, lo asedió nada más abrir.

El aludido descolgó del perchero que había junto a la entrada una sudadera gris abierta en el pecho por una cremallera y, metiendo los brazos en las mangas, salió a la calle para reunirse con la dueña de la demandante voz.

—Desaparezco cinco minutos y resulta que una supuesta prima tuya pone patas arriba el rodaje. ¿Se puede saber de qué va todo esto?

—Cálmate, Cloth, ¿quieres? No ha pasado nada —le habló del mismo modo en que me había hablado a mí cuando casi lo estrangulo por intentar quitarme un zapato.

En lugar de mentir sobre su estatura los que escribían sobre él en Internet harían bien en realzar su paciencia. Era una virtud digna de alabanza. Comparado con ese muchacho, el santo Job era un histérico. Seguro.

Sin levantarme de la cama, me incliné del lado de la puerta, aguzando el oído para no perderme ripo de la conversación. Pero las voces sonaban cada vez más bajo, señal inequívoca de que la pareja caminaba mientras hablaba, alejándose más y más de la caravana.

—¿Que me calme? ¿Cómo quieres que me calme...? —Después de esta réplica, que bien podría haber salido de la boca de mi madre, no pude oír

nada más.

Me tiré hacia atrás, posando la espalda en el colchón, y un olor suave y masculino llegó a mis fosas nasales. Giré la cabeza para aspirar el aroma que desprendía la colcha. Me preguntaba si ese sería el olor de Nino.

## Capítulo 11

El ruido de la puerta al abrirse me sobresaltó. Un rato después de quedarme sola en la caravana seguía inmersa en mis elucubraciones sobre olores y demás. Sorprendida por el recién llegado con la nariz enterrada en la colcha me sentí como si me hubiesen pillado sisando del cepillo de la iglesia. Así que me incorporé de golpe, por si acaso adivinaba lo que estaba haciendo, con un movimiento tan brusco que el dolor volvió a taladrarme la rodilla.

—¡Aaaaay! —No pude reprimir la queja, pero sí el impulso de tocarme la herida, todavía al descubierto, manteniéndola a salvo de los virus que portaban mis dedos.

—Lo siento, no pretendía asustarla.

No la reconocí. Algo perfectamente normal teniendo en cuenta que era la primera vez que la veía. Pero sí a su voz. Era la misma que había escuchado un rato antes, hablando con Nino en la puerta.

—No me ha asustado.

Sonreí y la mujer, de unos cuarenta y tantos años y cabello oscuro, corto y muy liso, me imitó. Aunque su gesto resultó un poco antipático, como si lo de mostrarse amable fuese más un hábito que algo que le nacía de forma natural.

—Siéntese —me ordenó, y yo obedecí al instante, regresando mis posaderas al filo del colchón con la espalda recta y los hombros tensos. En absoluto cómoda con esa nueva presencia—. Nino ha tenido que irse, así que yo me quedaré con usted en su lugar. Espero que no le importe. —Caminó hasta la cocina, apoyándose en el filo de la encimera con los brazos cruzados bajo el pecho—. Como entenderá, él está trabajando.

—¡Oh, por supuesto! —respondí a su mirada afilada como un cristal—. No quiero ser una molestia.

—No lo es, querida —replicó ella, aunque su cara decía todo lo contrario —. He avisado al médico. Nino me ha dicho que se ha hecho un corte muy profundo.

—Bueno, en realidad, no creo que sea para tanto. Un rasguño y poco...

—Por cierto, ¿de qué lo conoce? —me cortó, retomando el control de la conversación para ir directamente al grano, sin andarse por las ramas.

—De siempre. Somos primos —manifesté, agarrándome a la mentira que él había soltado delante de todo el equipo que trabajaba en la película. No sabía qué le habría contado sobre mí a esa mujer. Tampoco podía pensar en una historia diferente. Me sentía un poco nerviosa. Mi interlocutora, con sus aires de intrigante institutriz, conseguía amedrentarme —. Es lo que tiene la familia, ¿sabe? Que la conoces de toda la vida.

Le regalé otra sonrisa. Esta, un poco más tensa que la anterior. Ella, por su parte, optó por dejar de lado los disimulos, privándome de la suya.

—¿Y usted es? —le pregunté, antes de que pudiese decir nada más, para desviar el tema.

No quería que el turno de preguntas recayese, una vez más, en mí. No tenía mucha experiencia como embustera. Pero el sentido común me decía que, cuanto más hablase, más fácil sería que me descubriesen.

—Clothilde Moulian. Soy la representante de Nino. Puede decirse que fui quien lo descubrió —se presentó automáticamente, sin dejar de mirarme como si me estuviese diseccionando—. Perdone que se lo diga, pero usted no parece de su familia. Ni siquiera parece francesa. Ese acento es...

—Español. Soy española —concluí la frase por ella. Sin saber si con ello lograba atenuar sus sospechas o, por el contrario, me adentraba más en el berenjenal en el que estaba metida.

Por su reacción me pareció que fue más lo segundo.

—A eso es a lo que me refiero. La familia de Nino, toda su familia —recalcó, enarcando una ceja depilada hasta ser poco más que una fina línea sobre su ojo— es de Toulouse.

—Así es, pero, ¿sabía usted que durante la Guerra Civil Española Toulouse se convirtió en una de las principales ciudades receptoras de exiliados?

No sé por qué dije eso, ¿vale? Y, sí, me di cuenta de que era una soberana estupidez que no veía a cuento. Pero ya he dicho que estaba nerviosa. Lo único que quería, de un modo desesperado, era cambiar de tema. Naturalmente, Clothilde, como mujer inteligente que era, no se dejó enredar

por mi chusco ardid. Abrió la boca con toda la intención de ofrecerme una réplica demoledora. Pero los hados me fueron favorables, haciendo que el doctor eligiese ese momento, y no otro, para entrar en escena.

—Siento la tardanza. Estaba hablando por teléfono —se excusó el hombre, girando sobre sí para cerrar la puerta—. Vamos a ver, dónde está la paciente.

—Aquí. Soy yo. La paciente soy yo —me apresuré a informar, como si me hubiese tocado un premio en vez de una revisión médica.

Él se acercó a la cama, se acuclilló delante de mí y examinó el corte. Básicamente hizo lo mismo que había hecho Nino, solo que con menos encanto. Así me lo pareció a mí, que, llegados a este punto de la historia, tampoco es que fuese muy objetiva, la verdad sea dicha.

—Vaya, se ha hecho usted un buen corte —exclamó con consternación el médico—. Me temo que voy a tener que darle algunos puntos. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Es una de las dobles de las escenas de riesgo?

Le reí el chiste con ganas, dejando que mis hombros se agitasen como si no hubiese un mañana. Y no es que me pareciese especialmente gracioso. Sencillamente, tener a ese hombre allí, bloqueando el interrogatorio de Clothilde era, en sí mismo, un placer para mis sentidos.

La de la foto era Alfonsina Ruíz mucho antes de ser mi abuela. Antes de convertirse en la madre de mi madre e, incluso, antes de pronunciar en el altar los votos que la unieron a mi abuelo. La de la imagen, sin colores y un poco borrosa, era una muchacha de no más de veinte años que miraba al hombre que posaba junto a ella con los ojos de una mujer enamorada. No me hacía falta la High Definition de las fotografías actuales para apreciarlo. Ni el tiempo, ni el sutil moteado que difumina a los personajes de las instantáneas antiguas, desmerecían el sentimiento que irradiaba la pareja.

Le di la vuelta a la fotografía, reconociendo en el dorso la particular caligrafía de la abuela.

«Casablanca, 22 de septiembre de 1955».

—Nunca salió de Sevilla —me mofé. Repitiendo, con retintín, lo que toda la familia decía sobre el amor de juventud de la que hasta hacía un par de meses fue la matriarca del clan—. Lo más lejos que estuvo fue en Cádiz, cuando se casó su hermano pequeño.

Me mordí el labio, saboreando con cierta malicia el secreto que la abuela

había compartido conmigo. Solo conmigo. Nadie, más que yo, llegaría a saber nunca cuánto de verdad encerraba la historia que todos los demás creían imposible. Invenciones de una vieja fantasiosa. Sería la única en entender el porqué de la magia, casi infantil, que conservó su mirada incluso después de convertirse en una anciana. Me alegraba que, una vez más, me hubiese diferenciado del resto para concederme ese regalo que a simple vista tenía la forma de un par de zapatos viejos y usados. También de poder poner cara a ese Abik del que tanto había oído hablar durante mis años mozos, y que a fuerza de escuchar su historia había terminado siendo uno de los personajes fundamentales de mi adolescencia. Como lo fue Espinete durante mi infancia.

—Berta —mi madre entró en el desván siguiendo su costumbre, como un elefante en una cacharrería, dando al traste con la magia del momento—, ¿todavía no has terminado de empaquetar?

Me di prisa en esconder a Alfonsina y a Abik en el bolsillo trasero de mi pantalón. Preservando el tratamiento de amantes clandestinos que, como los personajes de las novelas, habían ostentando desde el inicio de su relación. Los dejé a buen recaudo allí dentro, bajo el largo jersey de color marrón, y seguí con lo que estaba haciendo con el mayor de los disimulos.

—Sí, ya casi está todo. Esta es la última caja.

Junté las dos solapas y me dispuse a sellarla con celo.

La tarde anterior, a la hora del almuerzo, los de la inmobiliaria llamaron para informarnos de que había un comprador para la casa de la abuela y que, por lo tanto, teníamos que sacar sus cosas a la mayor brevedad. Por eso, esa mañana, mi madre y yo nos dimos a la tarea de almacenar las pertenencias de toda una vida en cajas que serían enviadas a la beneficencia. Fue así como di con la foto que confirmaba un relato que yo había empezado a dar por cierto unas semanas antes.

—Es increíble la cantidad de porquerías que tenía esta mujer —declaró mi madre mirando el espacio que siempre estuvo atestado de cosas y que ahora lucía vacío, desabrido y sin vida—. El síndrome de Diógenes tenía. Lo que yo te diga.

Me levanté, alcé la caja y la deposité sobre las que había apilado previamente.

—Espera, calamidad. —Me detuvo, sujetándome para impedirme concluir con lo que estaba haciendo—. Te dejas eso. ¡Ay! Si es que no estás en lo que

estás.

No necesité mirar adónde apuntó el gestito que hizo con la cabeza para saber a qué se estaba refiriendo. Los vestidos tirados en el suelo, uno sobre otro, formando una montaña de tela. No estaban allí ni por error ni por descuido, sino porque yo los había dejado en ese lugar con toda la intención.

—Esos no voy a mandarlos a la iglesia —dije, soltando la caja que sujetaba en mis brazos a pesar de la oposición materna—. Me los quedo yo.

Mi madre sufrió un rebrote de esa enfermedad que la llevaba a obsesionarse con la limpieza y el orden. Se lo noté en las pupilas dilatadas y en las aletillas de la nariz, que subieron y bajaron violentamente con cada respiración.

—¿Que te los vas a quedar? —Más que una pregunta retórica fue como una colleja dada sin usar las manos—. ¿Y quieres hacer el puñetero favor de explicarme qué vas a hacer tú con estas antiguallas? Porque, ponértelas, seguro que no. Si a ti de los pantalones vaqueros no hay quien te saque, que parece que estás retratada.

Sin hacerle más caso del estrictamente necesario me agaché y comencé a recoger los vestidos. Trajes que mi abuela usó en su juventud, con el corte femenino y un poco excesivo de la época. Usé mi brazo de percha, colgándolos de él.

—Los quiero de recuerdo.

—De recuerdo, de recuerdo. —Una vez más me dio la impresión de que iba a arrancarse con una copla. El modo en que repetía las palabras, con esa entonación musical, tenía cierta cadencia. Había que admitirlo—. ¿Y se puede saber dónde piensas guardar esos trapos? Porque en casa no hay sitio.

Con el arsenal en el brazo me levante para salir del desván. Sobra decir que ella me siguió.

—Los meteré debajo de mi cama.

—¡Debajo de la cama! —Se llevó las manos a la cabeza, pasando de obsesiva a neurótica—. Mira, Berta, a mí esas cochinas no, ¿eh? Que ya tuve bastante con tu padre. Si es que eres igual que él, incapaz de tirar nada a la basura.

Por lo general, mi madre decía que me parecía a mi padre. Y siempre en los aspectos negativos. Aunque todavía me pregunto si alguna vez le encontró alguno positivo a ese hombre con el que, no sé por qué, decidió casarse. El caso es que yo pensaba que tenía razón. Me encontraba más cerca

de él que de ella. Mi padre era el mecánico con vocación de poeta que, tras el divorcio, se apuntó a un taller de creación literaria para explorar esa faceta que nunca pudo desarrollar. Mi madre decía que era un panoli. Y un fracasado. Porque sus ínfulas de escritor no lo condujeron más que a ser el responsable de un club literario que, anualmente, dirigía en la biblioteca de su nuevo barrio. A mí, por el contrario, me parecía que había conseguido ser quien en realidad era.

—En fin, mamá, ya sabes lo que dicen —bajé las escaleras con ella a la zaga, esquivando a los chicos que habían venido para cargar los muebles en un furgón de RETO—: «Quien a los suyos se parece, honra merece». Si soy como papá tendremos que aceptarlo. No se puede nadar contracorriente.

Su boca se abrió tanto que temí que se le descolgase la mandíbula. La pobre mujer no estaba acostumbrada a que le respondiese de esa manera. Supongo que es normal. Si en la adolescencia no le di motivos para que me considerase voluntariosa, que en plena treintena me diese por ponerme respondona debía ser algo que le chocaba sobremanera.

—Tú estás muy flamenca últimamente, ¿te enteras?

Sonreí, llegando al último peldaño. Firme como una roca en mi resolución de hacer míos esos vestidos, dije:

—Voy a dejar esto en el coche. Ahora vuelvo.

—Berta. Eh, Berta. ¡Te estoy hablando, infeliz!

Me habría seguido. Sé que lo habría hecho. Pero, por fortuna, uno de los muchachos acudió en mi rescate cual serafín bajado del cielo.

—¡Señoraaaaaa! —gritó el susodicho con una voz en absoluto angelical—. ¿Tiene usted un destornillador? Es que tenemos que desmontar la cama.

—La cama no se desmonta. Así se puede bajar estupendamente.

—¿Pero cómo vamos a bajar la cama así, de una pieza?

Lo único capaz de hacer que mi madre desviase su atención de un objetivo era abrir un nuevo frente. La trifulca sobre escaleras estrechas y camas anchas me valió para anotarme la victoria por abandono de mi contrincante.

## Capítulo 12

El vestido me quedaba como un guante. Me encontraba favorecida dentro de sus formas femeninas y exageradas, tan propias de la época a la que pertenecía. El escote rotundo y la voluminosa falda realzaban lo mejor de mi anatomía. Y no, no es que el vestuario que había sacado del desván de la abuela me hubiese subido el ego. Nada de eso. A decir verdad, siempre he andado justita de autoestima. Tengo la necesaria para pasar el día y poco más. Pero me gustaba la mujer que veía reflejada en los espejos que encontraba a mi paso. Una Audrey Hepburn hispana, algo más rolliza, considerablemente más baja y ni por asomo tan guapa como la original. Pero yo, a fin de cuentas.

Ahora que lo pienso, había empezado a sentirme más auténtica durante la noche, cuando me calzaba los zapatos con incrustaciones de cristal para vivir una vida que no era la mía, que cuando me tocaba representar a la Berta del día a día. La Berta que había sido durante treinta y cuatro años. Caminando bajo la luna con la herencia de mi abuela en los pies me sentía libre, desinhibida. Capaz de decir y hacer cualquier cosa que se me pasara por la cabeza.

El escenario de esa noche me era conocido. Se trataba del jardincito de estilo romántico que había detrás del hotel en el que se alojaba Nino. Así que me abracé a mí misma, resguardándome de la brisa invernal que agitaba los setos, y eché a andar con el convencimiento de que no tardaría mucho en encontrarle. El instinto no me falló. Llegué a la escalinata en la que colisionamos la segunda vez y allí estaba, sentado en el último peldaño con un libro abierto en las rodillas.

—Hoy se ha hecho usted de rogar —dijo, sin mirar atrás, advirtiendo mi presencia pese a que parecía absorto en la lectura.

Sonreí y bajé los escalones con cuidado, para que mi dificultoso calzado no me hiciese perder el equilibrio. Me había salvado de caer por esas escaleras una vez, no deseaba tentar a la suerte una segunda.

—No me diga que ha estado esperándome —me burlé, acomodando los pliegues de mi falda para tomar asiento a su lado.

Él alzó la vista del papel y me miró.

—Lleva noches apareciendo delante de mí como surgida de la nada. ¿Le parece que he sido demasiado atrevido al esperar verla también hoy?

Una risotada me hizo agitar los hombros.

—No —negué con una solemnidad desmentida por mi risa—. Y, hablando de atrevimientos, ¿qué le parece si nos apeamos el tratamiento? Siendo familia, resulta extraño que nos hablemos de usted.

Me miró con una chispa de reproche encendiendo sus pupilas color miel. Cargándome con la responsable de su mentira. Aunque el brillo quedó anulado por otro, algo más intenso, que delataba diversión.

—Si lo desea.

—Si lo deseasss —lo corregí, alargando la S para remarcar el trato informal que, guiado por la costumbre, había obviado.

Mi acompañante agachó la cabeza, ocultando una de esas sonrisas tímidas que me encantaban, y yo, como si fuera una colegiala, noté que un fuego prendía en mis mejillas. Un silencio tenso cayó entre nosotros, prolongándose durante unos segundos que gastamos observando las esculturas de mármol que, igual que los angelitos de la oración que recitaba de pequeña antes de irme a dormir, custodiaban cada una de las cuatro esquinas del estanque.

—¿Es una novela? —pregunté, más que nada por mantener viva la conversación que agonizaba, señalando el libro que él apoyaba en sus muslos.

—¿Esto? —Cogió el objeto de mi curiosidad, elevándolo de sus piernas—. Es el guion de la película que estamos rodando.

Me pasó el libreto, permitiéndome examinarlo a mi antojo. Lo tomé de inmediato, maravillada por aquel objeto que me parecía casi mágico. Si nunca había soñado, siquiera, con poder ver el rodaje de una película, lo mismo podía aplicarse a la idea de llegar a tener un guion de cine en mis manos.

—*Commencer à vivre* —Leí en la portada, exagerando el acento—. ¿De qué trata?

Sentía verdadera curiosidad. Por lo que había visto la noche anterior

parecía un drama romántico. Pero no se puede juzgar una película basándose en una única escena. Antes de responder, Nino cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y entrelazó los dedos de ambas manos a la altura de la rodilla.

—¿Ahora intentas hacerme creer que no has visto ninguna de mis películas? — Hizo una pausa, mirándome con esa ironía que no conseguía pasar de la intención.

Creo que debió darse cuenta de que, de verdad, su trayectoria profesional era un misterio para mí, porque, tras observarme unos segundos, dejó de lado los juegos para explicarse con sinceridad y un poco de desesperación.

—Todas son iguales. Romances adolescentes en los que, unas veces, soy el tipo rico enamorado de la chica pobre y, otras, como en este caso —hizo un gesto con la mano para devolver mi atención al libreto—, cambiamos las tornas para que el desarrapado sea mi personaje. Aparte de eso, la trama no reserva muchas sorpresas. Te lo aseguro.

Impulsé las páginas con el dedo gordo de la mano derecha, para que pasaran a gran velocidad, una tras otra. Levantando un vientecillo que se unió a la brisa que corría por el jardín.

—A mí me encantan las películas románticas. Tienen algo, un encanto especial —declaré cuando la última página cayó sobre las demás—. *Sabrina, Esplendor en la hierba... ¡Casablanca!* Las habré visto unas cien veces y, aun así, cada vez que me siento delante de la pantalla es como la primera vez. Siempre consiguen despertarme... No sé. *Eso*. Dejarme con la sensación de tener mariposas revoloteando por mi estómago.

Aunque me regaló otra sonrisa tuve la impresión de que se sentía incomprendido. Como si creyese que yo no era capaz de captar lo que estaba diciendo. Y tenía razón, porque no entendí de dónde provenía el lamento que adivinaba en su discurso.

—Ya, bueno. El problema es que mis películas no se parecen en nada a *Esplendor en la hierba* —insistió en la idea que yo no alcanzaba—. Son historias simplonas escritas con el único propósito de recaudar dinero en taquilla—. Se quejó, antes de detenerse en un suspiro que dejó escapar su frustración en la forma de una nubecilla de vapor—. Tengo veintisiete años. No puedo, ni me apetece, seguir interpretando al adolescente del que no consigo librarme.

Seguí el rastro de su aliento hasta que el vaho que había brotado de sus labios se difuminó en el aire. Así que se trataba de eso. El ídolo de Francia se

sentía profesionalmente frustrado. Como lo había estado mi padre trabajando en ese taller mecánico que no le dejaba explorar su alma creativa. Por lo visto no era un mal exclusivo de los ciudadanos de a pie, también la gente como Nino podía padecerlo.

—¿Y por qué no cambias de registro? Honestamente, no creo que nadie te obligue a aceptar esos papeles a punta de pistola.

Era el actor joven más influyente de su país, admirado y envidiado a partes iguales. Su vida, para mí, para el común de los mortales, era lo más parecido a un sueño. Y, aun así, él no estaba satisfecho. Nunca vi más sentido en el dicho que reza «Dios le da pan a quien no tiene dientes» que estando allí, sentada a su lado en un escalón criogenizado.

—No, por supuesto que no. Cloth nunca llegaría a esos extremos. Ella es más delicada. Pero te aseguro que, no por ello, sus métodos resultan menos efectivos.

—¡Uf! Suena como si estuvieses hablando de mi madre. —Los dos nos miramos—. Menos en lo de ser delicada. Las sutilezas no van con ella.

—¿Te estás burlando de mí? —me preguntó, entrecerrando los ojos con suspicacia.

Me encogí de hombros, fingiéndome inocente de la acusación.

—¿Por qué me burlaría de ti? ¿Es que tengo motivos para hacerlo?

—Te estás burlando de mí. —Esta vez no fue una pregunta, sino una afirmación. Sin embargo, no pareció que estuviese molesto—. Crees que soy un imbécil que no valora la suerte que tiene.

Ni que me hubiese estado leyendo la mente. Él sí que se parecía a mi madre.

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo piensas —insistió—. Lo piensas y...

Crack, crack, crack...

El sonido del césped aplastado bajo las suelas de unos zapatos lo acalló. Los dos nos giramos al unísono, mirando a lo alto de la escalera con el convencimiento de que, de un momento a otro, alguien aparecería allí.

—¿Qué es eso? —pregunté tontamente. Como si esperase que él, con su súper visión de héroe de la Marvel, pudiese ver algo más allá del final de la escalinata.

—Élodie.

Contra toda lógica, Nino respondió. Y lo hizo pronunciando el nombre de

la *it girl* como si fuese el de uno de los cuatro jinetes del apocalipsis.

Me incliné hacia su lado esperando ver lo mismo que él. Sin saber que era el instinto, y no la visión, lo que había usado para contestarme. En cualquier caso, no tuve tiempo de poner a prueba mi capacidad visual. El quejumbroso galán de la nación se levantó, agarrándome de la mano y tirando de mí hacia arriba para obligarme a seguirle en su huida.

—¿Pero... qué...? Nino... ¡Ay! ¡Nino! —protesté mientras me arrastraba tras una de las estatuas. Siguiéndole el paso con dificultad y temiendo que los puntos de la rodilla se me fuesen a soltar.

—¿Se puede saber qué hace esa chica aquí? Si vive en El Eliseo, ¿qué necesidad tiene de alojarse en un hotel?

Mi grúa particular me silenció colocando el índice estirado frente a su boca. Por si me quedaba alguna duda, ahora tenía claro que escapar de Élodie L'amour era un asunto de vital importancia para él. Se esforzaba al máximo en evitar que sus caminos se cruzasen. Por eso, que aún en un momento de alarma, como el que estábamos viviendo, hubiese tenido el impulso de llevarme con él para ponerme a cubierto, me conmovió. Su gesto era el equivalente a que cualquier otro hombre regresase a un edificio en llamas, del que acaba de salir, para salvarme del fuego. Y esto, aunque lo parezca, no es una exageración, sino una comparación.

—¿Nino?

Élodie llegó a la escalinata, bajando los peldaños con mucho cuidado para evitar que los afilados estiletes que calzaba le jugasen una mala pasada. Utilizó su vista de halcón para examinar el jardín y, al llegar frente al estanque, se cruzó de brazos para protegerse del frío que, como yo, estaba desafiando de la manera más insensata. En ese momento me pareció que las dos teníamos mucho en común. Para empezar, el motivo por el que estábamos allí, luciendo nuestras mejores galas en unas condiciones climáticas nada favorables, era el mismo.

Claro que, después, la vi caminar por el borde de la alberca, con aquellas piernas que la falda-braga que estaba vistiendo dejaba ver en toda su injusta —para el resto de las mujeres— longitud, y cualquier idea de similitud entre ella y yo abandonó mi cabeza al segundo.

Pese a que ya habíamos llegado a nuestro destino, la mano de Nino, grande y cálida, seguía aferrada a la mía. Que no sé si estaría más fría pero que, en comparación, era bastante más pequeña que la suya. Me dije que mi corazón

latía desenfrenado por la carrera. Pum, pum, pupum retumbaba dentro de mi cráneo vacío. Pero, en el fondo, sabía que no era más que una excusa. No habría corrido más de diez u once metros. Ni siquiera yo, que nunca he sido muy aficionada al deporte, tenía una condición física tan mala para agitarme tanto con tan poco esfuerzo.

Me fijé en la estatua para desviar mi atención de su cercanía, sintiéndome demasiado consciente de él. Las nalgas de esa mujer de mármol, redondas y tan rotundas como las mías, me resultaron una visión fuera de lugar en un momento como ese. A decir verdad, todo era demasiado ridículo. Comenzando por nuestra actitud.

¿Qué habríamos dicho si Élodie llegaba a sorprendernos allí, ocultos detrás de la escultura como dos niños que juegan al escondite?

Por suerte, eso no sucedió. Tras lo que no sabría decir si fueron unos pocos minutos o unos cuantos siglos, la señorita L'amour se dio por vencida, iniciando su retirada escaleras arriba. Aunque su resistencia a aceptar la derrota fue evidente en el número de veces que giró la cabeza. Esperanza, todavía, de encontrar alguna pista que la guiase a su presa.

—Ya se ha ido —anunció Nino con evidente alivio. Yo, en lugar de decir nada, dejé caer la vista hasta nuestras manos enlazadas—. Lo siento —se excusó al instante, recordando de pronto que seguíamos unidos y soltándome como si mis dedos le hubiesen dado calambre.

—No pasa nada —repliqué en el mismo volumen no apto para personas con problemas de audición, saliendo de nuestro escondite detrás de él.

Como si aún temiese que Élodie fuese a cambiar de opinión y regresase al jardín para continuar su búsqueda, Nino observó la escalinata con los hombros tensos. Alerta y preparado para regresar al refugio si se requería.

—¿Se puede saber qué pasa con vosotros dos? —le pregunté a su espalda—. Los artículos de Internet dicen que tenéis una relación desde hace años. Sin embargo, cada vez que te veo, estás intentando darle esquinazo a esa muchacha.

Él se dio la vuelta, enfrentando mi mirada con la suya enmarcada por unas cejas muy alzadas.

—Me preguntas mi nombre, insistes en que no has visto ninguna de mis películas y, aun así, ¿lees chismes sobre mi vida privada en Internet?

—Sentí curiosidad después de saber quién eras —me defendí, con los brazos en jarra, como si allí la única que tenía derecho a desconfiar fuese yo

—. No es justo como la estás tratando. Si no tienes ningún sentimiento por ella, en vez de rehuirle, lo que deberías hacer es encararla y decirle la verdad.

Pese a todo, ese sentimiento de solidaridad femenina que el género masculino se empeña en asegurar que no existe, me hizo posicionarme del lado de L'amour.

—¿Crees que no lo he hecho? —preguntó él sin bajar la elevación de los arcos sobre sus ojos.

No, no era eso. Sinceramente, no creía que Nino fuese el tipo de hombre capaz de jugar con los sentimientos de una mujer. De ninguna persona, en realidad, independientemente de su sexo. Era demasiado sensible para eso. Pero ello no lo exoneraba de estar actuando mal con Élodie.

—Lo que digo es que...

—He hablado con ella. Cientos, millones de veces. ¡Pero no quiere escucharme! —levantó la voz, mostrándose enfadado por primera vez. Luego, consciente de que se había dejado llevar, suspiró, regresando a su yo habitual, calmado y dulce—. Todas mis conversaciones con Élodie terminan convertidas en un drama que sirve para que la prensa perpetúe un romance que no es real. Y eso me molesta. Mucho. Es por eso que prefiero evitarla. — Me miró, esperando encontrar un poco de comprensión por mi parte —. Odio que todo el mundo tenga el derecho de opinar de cosas que no me atañen más que a mí. Especialmente, cuando son mentira. No sé qué habrás leído en Internet, pero toda mi relación con esa chica se reduce a un anuncio que rodamos juntos, hará un par de años, para la campaña de otoño de unos grandes almacenes.

Me alivió oírle decir esto. Bastante. Tanto, tanto, que estoy segura de que a él no se le pasó por alto el peso que me había quitado de encima con su confesión. Aunque tampoco me importó. También yo reparé en el interés que tenía Nino en dejarme claro cuál era su relación con miss Francia. Así que estábamos empatados.

Aparté las manos de mi cintura para cruzar los brazos bajo el pecho.

—No me tienes que dar explicaciones —dije con la boca pequeña.

—Te las doy porque parecías muy interesada en el tema —me replicó con cierta malicia.

Una sonrisilla tonta luchó por ganarnos la boca, temblando en las comisuras de nuestros labios. Pero los dos nos empeñamos tozudamente en evitar el triunfo de la rebelde. Fue uno de esos momentos instituto que se

producen cuando estás con alguien que realmente te gusta, independientemente de los años que hayan pasado desde que terminaste la educación secundaria. Uno de esos instantes en los que la edad se borra, haciéndonos parecer patético para cualquiera que nos vea con la objetividad de un estómago libre de aleteos mariposiles. Un segundo al que puso fin el teléfono de Nino, que sonó en bolsillo de su sudadera cortándonos la ñoñería de cuajo.

—Es Cloth —anunció mirando la pantalla—. Será mejor que vaya a ver qué quiere antes de que ponga a toda la policía de París tras mi pista.

—Es normal. Se preocupa por ti —convine, intentando disimular lo mucho que me fastidiaba la interrupción.

Élodie, Clothilde... Había muchas mujeres con las que tenía que competir por la atención de ese muchacho.

—Te veo mañana —dijo de un modo natural. Como si vernos a diario fuese lo más normal del mundo. Como si no concibiese que pudiese ocurrir de otra manera.

—¿Me estarás esperando? —le pregunté, un poco perversa.

Nino sonrió de ese modo tímido que hacía difícil creer que fuese el mismo chico capaz de besar a la protagonista de la película delante de todo el equipo de producción de la misma.

—Sí —respondió escuetamente. Antes de ponerse el móvil en la oreja y darse media vuelta para seguir el camino por el que Élodie había desaparecido unos minutos antes.

Empujé los zapatos con las puntas de los pies, haciéndolos chocar con la pared de enfrente. Tan fuerte que el perfume se agitó dentro del botecito que había sobre la consola. El suelo de la habitación me acarició las plantas, cubiertas solo por el finísimo tejido de un par de medias que, esta vez, habían sobrevivido a mi escapada.

Volvía a estar en casa.

Aunque, en realidad, lo justo sería decir que solo mi cuerpo estaba de vuelta. Porque mi mente, mi espíritu, mi corazón, mis esperanzas... La mayor parte de mi insignificante ser, se había quedado en París. En el jardín del hotel, con Nino...

Había dicho que estaría esperando. Y no por el mero hecho de esperar. No porque no tuviese nada mejor que hacer o le gustase gastar el tiempo mirando las musarañas. No; estaría esperando por mí, para verme. Podría sonar

deprimente, pero eso era algo que ningún hombre había hecho antes por mí.

—¡Ahhhhhh! —grité, dando saltitos por la habitación como una fan enloquecida en presencia de su ídolo. Igual que una de esas adolescentes que lloran a lágrima viva en los conciertos de One Direction y sus sucedáneos.

Sí, lo sé. Fue una reacción exagerada y poco madura. Pero en ese momento solo podía pensar en cómo liberar el subidón de adrenalina que me recorría. Ni siquiera me di cuenta de que estaba chillando como una loca hasta que mi madre, alertada por mis voces, abrió la puerta de mi habitación.

Manoli Tellado apareció en el rellano con su característica V marcando una expresión que, más que agria, parecía asustada. Preocupada, incluso. Reconozco que encontrarme allí, llevando uno de los viejos vestidos de mi abuela y dando brincos como una posesa, podía resultar un poco... ¿inquietante? De acuerdo. Admitámoslo. Mi madre tenía todo el derecho a pensar que había terminado de ganarme, por méritos propios, la camisa de fuerza.

Me detuve de inmediato. Me bastó con verla allí para poner punto y final a los gritos y a los saltitos. Devolviéndole la mirada congelada, como una estatua. La descarga de adrenalina pasó a segundo plano.

—Tú... —Mi madre dudó. Como si estuviese intentando encontrar el modo adecuado de catalogar mi comportamiento y no consiguiese dar con él —. Tú no estás bien de la cabeza.

Al final, tanto pensar, para concluir el diagnóstico de costumbre. Tampoco me sorprendía. El creativo de la pareja siempre fue mi padre.

Cerró, de un portazo, regresando al salón para seguir viendo un programa del corazón en el que los propios tertulios se sacaban los trapos sucios unos a otros. Con la puerta nuevamente convertida en barrera entre mi pequeño mundo y el de todos los demás, sonreí. Dejándome caer de espaldas en la cama.

## Capítulo 13

—No, es imposible. Mi madre jamás lo permitirá.

—No tiene por qué enterarse.

—Tú no lo entiendes. Ella lo descubre todo, lo sabe todo.

—En ese caso, con más razón, tienes que... que...

Nino, de pie frente a mí, se detuvo, interrumpiendo la secuencia que lo llevaba de un lado de la escalera al otro, como un padre primerizo en la sala de espera del paritorio. No era capaz de recordar cómo seguía su línea.

—En ese caso —retomó la frase desde el principio, haciendo un nuevo intento—, con más razón, tienes... tienes que...

—Tienes que venir conmigo —concluí por él, segura de que no podría hacerlo sin ayuda. Llevábamos un buen rato ensayando la misma escena y siempre se atascaba en ese punto.

El actor principal cerró los ojos con fuerza y el fastidio le arrugó el entrecejo.

—¡Uff! —bufó, enfadado consigo mismo.

—¿Qué problema tienes? —Jugueteé con el libreto, pasando las páginas al azar—. La frase se concluye sola. Es tan evidente.

Un chico y una chica jóvenes y enamorados enfrentan la oposición de la dominante madre de ella. ¿Qué podía proponerle él, sino que huyesen juntos? Estaba cantado. Así es como se comportan los hombres en la ficción. En la vida real... Bueno, en la vida real el único ejemplo que tenía para comparar era el de Leonardo. Y él jamás se hubiese opuesto a mi madre. Su excesivo celo le venía de perlas. Le daba la libertad de maniobra que necesitaba para compaginarme con sus otros ligues. Pero aquello, por fortuna, la muchachita de la historia no lo sufriría. Por algo ella, al contrario que yo, habitaba en un mundo inventado.

Nino relajó la expresión, me miró un segundo y vino a tomar asiento a mi lado. En los escalones.

—Eres la primera persona que conozco que se divierte ensayando —me dijo, empujando mi hombro con el suyo en un gesto cómplice.

Sonreí igual que una niña pequeña.

—El cine es muy importante para mí. Desde que tengo uso de razón he llenado los huecos vacíos de mi vida con sus historias —confesé, moviendo las manos en el aire, como si estuviese ordenando los objetos de una estantería invisible—. Así que puedes imaginarte lo que significa para mí estar aquí, ayudando a todo un actor a repasar sus líneas —me jacté, escondiendo mi ilusión tras una capa de fanfarronería.

—Si quieres hablo con Cloth. Podría buscarte un papel en la película —bromeó él, y yo rehusé la idea agrandando mi sonrisa.

—No —negué enfáticamente—. Soy muy poca cosa para pasear palmito delante de las cámaras. Me conformo con darte la réplica en los ensayos.

Reí, pero no me siguió. Por el contrario, me miró de un modo serio que consiguió intimidarme un poco. Instintivamente me eché hacia atrás, poniendo distancia entre nuestros rostros. Demasiado cerca el uno del otro.

—No estoy de acuerdo —empezó a decir de un modo que dejaba entrever la lucha para superar su eterna timidez—. A mí me pareces una mujer muy atractiva. Tus ojos... —vaciló, aunque una sonrisa terminó pintando en su cara el triunfo de la determinación—. Tus ojos tienen un brillo especial. Es como... como si pudieses ver una magia que a los demás nos pasa desapercibida.

Sonreí para mis adentros al escuchar su cumplido. Y no solo porque, obviamente, estuviese encantada con que Nino Fabre, el mismo Nino Fabre por el que suspiraban millones de féminas en esa ciudad y aledaños, no se mostrase de acuerdo con la visión de mujer del montón que tenía de mí misma, sino porque había descrito mi mirada del mismo modo en que yo solía describir la de la abuela.

—No te haces una idea —murmuré, enigmática, agradeciendo a aquella anciana con ojos de niña el increíble regalo que me había hecho.

Nino siguió mirándome a una distancia inquietantemente cerca. Casi sin parpadear. El pum, pum, pupum atronador de mi corazón volvía a inundarme el cráneo.

Iba a besarme. Sabía que iba a hacerlo. Todo en su expresión, en su mirada

y en su postura presagiaban que lo haría. También el entorno se prestaba a ello. Estábamos en nuestro jardín nuevo de estética vieja, abandonado solo en apariencia. Disfrutando de una intimidad concedida por la soledad. A esa hora de la tarde, y con los rigores del invierno haciendo estragos sobre París, éramos los únicos que se aventuraban en él, noche tras noche.

Tenía que besarme. No es que los dos lo supiéramos, es que los dos lo deseábamos.

Así que ahí estaba. Disfrutando por anticipado de mi premio, por lo bien que le había dado la réplica, cuando el chico tímido que habitaba dentro del hombre más deseado de Francia se echó atrás.

Si alguien me hubiese clavado un cuchillo en ese momento ni lo habría notado.

Ahora fue él quien marcó las distancias. Dándome de lado para entregarse a la contemplación de las condenadas estatuas. Condenadas, las infelices, por mí. Fui yo quien les lanzó el maleficio. Y podían darse por afortunadas, porque, tal y como me sentía, bien podría haber optado por ir a buscar un martillo para terminar de desmembrarlas.

Me agarré al filo del escalón, con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Comportándome como una colegiala que no sabe qué hacer, ni qué decir. Al igual que él. A nuestros años el pudor nos ganó la partida y, en consecuencia, el ambiente se tornó ridículamente tenso. Frío, más allá de la temperatura invernal.

—Así que estabas aquí. Por fin te encuentro.

Aun así, no agradecí la aparición de Clothilde. Habría preferido preservar aquella intimidad un tanto incómoda que se había instalado entre Nino y yo y que ella vino a quebrar, como si de cristal se tratase, con su arisca apreciación.

Ambos nos volvimos. Nuestras miradas se cruzaron por un segundo y pude ver en sus pupilas color miel que él era de mi misma opinión.

—Llevo un buen rato buscándote. Date prisa, vamos con el tiempo justo.

La representante le hizo un gesto para que subiese las escaleras y se reuniese con ella, igual que haría una madre con su desobediente y tozudo hijo para instarlo a volver a casa y dejarse de juegos. Quizás por eso me sentí desterrada más allá de los límites de la adolescencia, hasta la niñez. Ahora me veía como la cría que se queda tirada en el parque cuando se llevan a su compañero de juegos.

—¿Tarde para qué? —Nino se volvió en el escalón para poder verla mejor, pero no se levantó. Se le notaba poco dispuesto a obedecer—. Creía que no tenía que rodar hasta las cinco.

«¡¿De la mañana?!», pensé con horror. Pero no expresé la pregunta en voz alta. Me daba cuenta de que no tenía parte en la discusión. La actitud de Colthilde, que evitaba mirarme premeditadamente, no me permitía dudar sobre lo poco que pintaba allí. Por lo que me limité a guardar silencio mientras concluía para mí misma que la profesión de actor era mucho más dura de lo que había imaginado. Madrugones, absurdas exposiciones al frío... Esa gente también tenía que hacer sus sacrificios. Vaya que sí.

—Y así es. Pero tienes la sesión de fotos para la portada de *Elle* de marzo.

Mi acompañante cerró los ojos, con fastidio, componiendo esa expresión que yo conocía bien. La que te retuerce el gesto cuando te acuerdas de algo importante que, sin embargo, has olvidado por completo. Mi mala memoria había convertido en una de mis imprescindibles la mueca que ahora veía en su cara.

—Acordamos con el editor que la haríamos aquí, en tu suite, para dar más verosimilitud al enfoque de realidad que querían. ¿Te acuerdas?

La mujer se cruzó de brazos, gesto que interpreté como señal de una victoria que ya sabía suya. Cuando los ojos de Nino se abrieron y este volvió a posarlos en mí corroboré que estaba en lo cierto.

—También yo debería irme —dije, con una sonrisa, al tiempo que me ponía en pie. Decantándome por la costumbre de retirarme sin presentar batalla. A fin de cuentas, era mi tendencia natural y, como ya he dicho, hacía rato que me había quedado claro que estaba de más allí.

Él me miró desde abajo algunos segundos. Luego, también se incorporó.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Sonreí para disimular la decepción de verme privada, por segunda vez y a causa de la misma persona, de su compañía. Nino despegó los labios. Iba a agregar algo. Pero Clothilde lo cortó antes de que ningún sonido pudiese escapar de su boca.

—El equipo de la revista lleva rato esperando. Deberías subir ya.

Señaló el reloj en su muñeca, haciendo presente la escasez de tiempo y colocándola entre nosotros. Previniendo con ello una despedida larga. O incluso normal.

Sucumbiendo a la prisa impuesta por su representante, Nino posó una mano en mi hombro. Tras una fugaz mirada, que acompañó de una sonrisa no mucho más larga, comenzó a subir los escalones, caminando al reclamo de aquella vida de luces que me arrastraba al patio de butacas, relegándome a mi eterno papel de público.

—La estilista y el fotógrafo ya están en la habitación —informó Clothilde cuando pasó por su lado. Demorándose en el lugar que ocupaba para, ahora sí, regalarme esa atención de la que me había privado hasta el momento.

—¿Aún sigue aquí? —me preguntó cuando él se hubo ido. Luciendo una sonrisa que no demostró simpatía.

Yo me miré, como queriendo asegurarme antes de responder.

—Eso parece.

—Pensé que ya se había ido de París. Están siendo unas largas vacaciones. ¿Cuándo volverá a Toulouse?

Sonó tan interesada que pensé que, si supiera lo sencillo que era hacerme desaparecer de allí, me arrancaría los zapatos al instante.

—Pues, si le soy sincera, aún no lo sé. Depende de cómo vayan surgiendo las cosas.

La cabeza de Clothilde se balanceó de arriba abajo en un gesto de asentimiento que no mostró conformidad.

—No debería demorarse usted mucho más. Lo digo por su familia. En su casa la deben estar echando de menos.

Seguro. Se le notaba una preocupación extrema por mí y mi armonía familiar.

La mánager del ídolo de Francia, tras dejarme clara su opinión, dio la conversación por concluida y, sin esperar réplica, se dio media vuelta para regresar al hotel y reunirse con el equipo de *Elle*.

Me quedé allí, plantada en el último peldaño de la escalinata, como una maceta. Me sentía extraña. Tan pronto Clothilde me dejó sola se adueñó de mi ánimo una sensación de derrota. O de pérdida. O, quizás, de todo junto. Hasta el momento me había tomado aquello como un juego. Un modo de vivir como nunca me habría atrevido a hacerlo sin la seguridad que me daba el llevar aquel par de zapatos en mis pies. Esa noche fue la primera en la que sentí mi mágica experiencia como algo más. Como algo real. Algo que me afectaba.

Me dolía tener que renunciar a la compañía de Nino. Me molestaba verme

desplazada por algo tan contundente como lo era el hecho de que, en realidad, yo no era nadie para él.

Puse los brazos en jarras y exhalé un largo suspiro. Desinflándome, como un globo, de puro desanimo.

Todavía quedaba mucho para la medianoche, pero, por aquel día, mi particular función de Cenicienta tocaba a su fin. Lo mejor que podía hacer era regresar a casa. Así que miré a mi alrededor, asegurándome de que estaba sola pese a saber que así era. Doblé la rodilla derecha y levanté el pie para agarrar el tacón del zapato con la mano. Tirando de él para desprendérmelo.

—Madeimoselle Velasco.

Apenas tuve tiempo de sacar el talón.

Volví a apoyar el pie en el suelo y, nerviosa, repetí el movimiento de mirar en torno a mí. Había estado tan cerca del desastre que experimenté una punzada de terror.

Con la garganta seca clavé la vista en lo alto de la escalinata que Nino y yo usábamos como banco. Allí estaba aquel hombre de expresión eternamente angustiada que se encargaba de la seguridad del amor platónico de Francia. El mismo que había visto en el callejón tras el restaurante de Pierre. También en ese momento lucía intranquilo, pero apuesto a que mi semblante tampoco se vería mucho más relajado.

—Madeimoselle Velasco —el hombre dijo mi nombre y, a continuación, descendió los escalones para llegar a mi lado—, Nino me ha pedido que le entregue esto.

Llegó a mi nivel y extendió un brazo en cuya mano sostenía una hojilla de papel perfectamente doblada por la mitad.

—Gracias —le dije, tomándola.

Él hizo un gesto con la cabeza, agachándola levemente, y, tras ello, se despidió sin decir nada más. Supuse que tenía prisa por regresar a su puesto. Me bastaba con haberle visto un par de veces para darme cuenta de lo entregado que era con su trabajo.

Recuperándome aún del susto desdoblé el papel con dedos temblorosos. En él, Nino había escrito con letra grande y clara un lugar y una hora.

Una cita. Ese legajo que me había sido entregado por un intermediario simbolizaba el interés de Nino Fabre en volver a verme.

El miedo, la pérdida, la derrota... ¡Todo! Cualquier emoción negativa que hubiese sentido un momento antes se disipó. Fueron fulminantemente

aniquiladas por una nerviosa alegría que me sobrevino a la vista de aquellos trazos dibujados sobre el papel.

## Capítulo 14

Un cine. La dirección que Nino había escrito me llevó a un cine. Uno situado en un barrio cualquiera de París. De esos donde la vida cotidiana se mantiene a salvo de la avalancha de turistas que diariamente, de día y de noche, abarrotan los lugares más emblemáticos de la ciudad. Aquellas salas jamás acogerían el estreno de la última película de ningún afamado director ni a un público vestido de gala. Sin embargo, me bastó dar una ojeada a la cartelera para encontrar el encanto oculto que encerraba el lugar.

Allí no se exhibían los últimos éxitos de taquilla, sino una selección de títulos clásicos. Ante mí tenía los rostros de muchos de los actores y actrices que mi abuela me había presentado cuando era niña. Todos ellos en una versión dibujada de sí mismos. Técnica de la época para suplir la carencia del Photoshop y presentar a sus estrellas como divinidades frente al común de los mortales.

La emoción había prendido en mi interior, extendiéndose a cada fibra de mi cuerpo, cuando noté el toque en mi hombro. Me di media vuelta y fruncí ligeramente el ceño al ver detrás de mí a un muchacho con un gorrito de lana negro, encasquetado hasta los ojos, y una gruesa bufanda gris subida hasta la nariz.

—Lo siento —me disculpé con aquel individuo rendido a los fríos del invierno parisino, creyendo que le estaba tapando la visión de la cartelera.

Me hice a un lado sin dejar de mirarle. Le reconocí un segundo antes de que se bajase la bufanda, permitiéndome ver su rostro al completo.

—¿Nino? —pregunté. No porque no estuviese segura de que era él, sino por la sorpresa de verlo de aquella guisa.

Él se llevó el índice a la cara. Colocándolo sobre el lugar en el que debería estar su boca, bajo la lana gris. Mis cachetes se hincharon cuando intenté

contener la risa.

—Menos mal que no estamos en un banco, porque te habría tomado por un atracador. Casi no te reconozco.

—De eso se trata —apostilló, mirando cautelosamente a su alrededor.

—¿Y piensas pasarte toda la noche con esa facha? —inquirí, aún divertida, fijándome en cómo la poca piel que llevaba al descubierto brillaba bajo las luces a causa de la sudoración.

Afuera, en la calle, podría estar helando, pero, dentro del cine, la calefacción elevaba la temperatura a niveles tropicales. Las prendas de abrigo sobraban para cualquiera que llevase allí dentro más de cinco minutos. Yo misma me había visto obligada a prescindir de la gabardina, que ahora llevaba colgada del brazo junto con el bolso.

—Me quitaré el gorro y la bufanda en la sala, cuando las luces se apaguen. —Alargó un brazo para adueñarse de mi mano—. Vamos, la película está a punto de empezar.

Eché a andar tirando de mí. Conduciéndome hasta el lugar en el que un chico con cara de absoluto aburrimiento revisaba las entradas e indicaba al público a qué sala debían dirigirse. Nino mostró las nuestras con los ojos fijos en las punteras de sus zapatillas de deporte. Y asintió, igualmente cabizbajo, cuando el empleado le dijo con desgana que nos dirigiésemos a la sala dos.

El sonido de nuestros pasos quedó amortiguado por la desgastada moqueta que cubría el suelo del pasillo. Dentro de la sala de proyecciones las luces ya se habían apagado, anunciando que la película estaba por empezar. De la oscuridad se desprendía un murmullo del escaso público que apenas llenaba el salón. Mi excitación creció por contagio, alimentada por la de los que me rodeaban. Compañeros en la aventura que íbamos a compartir desde el otro lado de la pantalla.

Sin soltar mi mano, mi cicerone me llevó a la última fila, completamente desalojada. Lo que nos permitió elegir a nuestro antojo los asientos. Estuvimos de acuerdo en ocupar los que quedaban más a la mitad de la hilera de butacas. Nada más dejarse caer en la suya, mi amigo empezó a desprenderse de toda la ropa que pudo.

Por un momento la imagen me resultó demasiado erótica. Tenerle allí, tan cerca, desnudándose en medio de la oscuridad...

—Teníamos que haber comprado palomitas —solté, solo para recordarme a mí misma lo inocente de la situación e impedir que mi pulso se desbocase

junto con mi exaltada imaginación.

Aún en medio de la oscuridad podía notar su piel y su pelo ligeramente bañados en sudor.

Él se detuvo, con los hombros fuera de la cazadora y los brazos todavía metidos en las mangas, y me miró con una sombra de desaprobación enturbiando la habitual dulzura de su mirada.

—Aquí no venden palomitas —dicho esto terminó de desprenderse de la cazadora—. No es esa clase de cine en el que puedes comprar bebidas y aperitivos a la entrada. —Libre ya de la prenda se giró a su izquierda y la dejó en el asiento de al lado—. No me digas que eres de las que no pueden ver una película sin un bote de palomitas.

Por su modo de hablar supe que para él eso suponía poco menos que un sacrilegio. Pero no dejé que su opinión me afectase.

—No; de palomitas no —lo tranquilicé antes de confesar—, prefiero el helado.

Sus ojos se agrandaron un segundo antes de entrecerrarse hasta casi desaparecer, mostrando en el paso de un extremo al otro su evolución de la incredulidad a la diversión.

—Preferiblemente, de chocolate —rematé, consiguiendo que la sonrisa de Nino se extendiese de los ojos a la boca.

—Siempre eres tan... —empezó a decir. Pero justo en ese momento comenzó la película.

Sin decir nada ni hacer gesto alguno ambos estuvimos de acuerdo en aparcas la conversación. Coordinados volvimos la vista al frente y nos hundimos en las butacas hasta que estas casi nos hubieron engullido. Olvidándonos del mundo real para entrar a formar parte del que existía en la enorme pantalla delante de nuestros ojos.

La inconfundible melodía me reveló el título antes de que las palabras *West Side Story* se destacasen sobre la imagen. No era la primera vez que veía a Romeo y Julieta reencarnados en dos jóvenes de la Nueva York de principios de los sesenta. Aquella era una de las películas que me habían acompañado durante toda mi vida y de las que había terminado por aprenderme los diálogos al dedillo. Pero también una de las que nunca me cansaría.

Durante casi dos horas no hubo nada más allá de la rivalidad entre los Sharks y los Jets y el amor prohibido de María y Tony. Cuando acabó la película y las luces se encendieron, iluminando tenuemente la sala, Nino ya

había recuperado las capas de ropa que se había quitado a la llegada y yo seguía alterada por la explosión de música y baile a la que acababa de asistir. Me pregunto si seré una insensible, pero siempre me pasa lo mismo. El trágico final de la historia nunca aplaca el espíritu festivo que me despierta.

Esperamos a que todos se hubiesen marchado antes de levantarnos para salir también nosotros.

—¿Por qué querías que nos viéramos aquí? —pregunté con tono cantarín, contagiada por los personajes de la historia que dejábamos tras nosotros, saltando el escalón de la entrada para salir a la calle.

Era noche cerrada y el suelo, húmedo por una lluvia reciente, brillaba bajo las luces de las farolas. Deslumbrante y resbaladizo.

—*Casablanca, Splendor en la hierba...* Dijiste que ese era el tipo de películas que te gustaban. —Nino siguió mis pasos y mi conversación—. Así que supuse que también te gustaría este cine.

—Me ha encantado.

—Lo he notado.

Me miró y pude ver en sus ojos que volvía a sonreír. Para no perderme ninguna de las emociones que se reflejaban en ellos me adelanté algunos pasos y me di la vuelta, levantando un revuelo en las capas de mi falda, para caminar de frente a él y de espaldas al resto del mundo.

—¿Cómo descubriste un sitio así?

Seguí con el interrogatorio sin bajarme aún de mi nube. Sentía una necesidad acuciante de hablar y de escuchar su voz.

—Hace años, cuando vine a París soñando con convertirme en actor —respondió sin dejar de vigilar la retaguardia que tan temerariamente yo había descuidado—. No fue una época fácil. Tuve más fracasos que éxitos en los primeros castings a los que me presenté. Así que cuando me sentía solo y me ganaban las ganas de hacer la maleta para volver a Toulouse, este cine era un buen lugar para refugiarme.

Nino elevó la vista al cielo y exhaló un largo suspiro que se materializó en una nubecilla de vapor, significando el peso de los sinsabores de aquel tiempo que ya formaba parte de su pasado.

—Aquí me sentía como en casa. A mi madre, como a ti, le encantaba el cine clásico. —Sus ojos se fijaron otra vez en mí—. Mi padre nos abandonó cuando se enteró de que estaba embarazada y su familia nunca la perdonó por convertirse en madre soltera. —Sonrió ligeramente sin dejar de mirarme—.

Creo que, al igual que tú, también ella hizo de esas viejas películas su medio de evasión y, de paso, despertó en su hijo el deseo de ser actor. Me ilusionaba la idea de formar parte de algo que la hacía feliz.

Experimenté un agradable cosquilleo en la boca del estómago. Que hubiese tenido en cuenta mis gustos al citarme en ese cine ya era mucho para mí. Que, además, al llevarme allí estuviese compartiendo conmigo un lugar que era tan especial para él, me provocaba una satisfacción que ni siquiera sé describir. De alguna manera, me estaba dejando acceder a su intimidad.

—Además, el cine siempre es un buen sitio para mezclarse con la gente sin llamar la atención.

Nino trató de bromear para contrarrestar la carga emocional de esa parte de él de la que me había hecho partícipe.

—Y supongo que es en invierno cuando más te dejas caer por aquí —apunté, demasiado exaltada para decantarme por la sabia opción de cerrar la boca y dejar de decir tonterías.

Le tomó un instante entender que lo decía por su atuendo de esa noche. Cuando lo comprendió, sonrió.

—En invierno, sí. Mi vida es algo más fácil cuando el frío me da la excusa de esconderme bajo la ropa.

Alargó los brazos y me agarró de los hombros. Suavemente me obligó a detenerme y, sin pedir permiso, descolgó de mi brazo la gabardina y la desplegó a mi espalda para cubrirme con ella. Como una capa. Apoyándola en el lugar en el que un instante antes habían estado sus manos. Chasquéé la lengua, observándole con una sonrisa tontorróna mientras le dejaba que me cobijase con la prenda como a una niña pequeña.

En la lejanía de la calle desierta escuché el timbre de una bicicleta, varias veces presionado por su piloto. También el ruido sordo de las ruedas al deslizarse por la acera húmeda. Capté todas las señales pero, en vez de hacerme a un lado, mi instinto reaccionó de la manera equivocada. Dando a mi cerebro la orden de girarse para ver lo que ya sabía que se me venía encima en lugar de intentar apartarme del peligro. Una suerte que Nino estuviese más avisado que yo. Con un brazo me enganchó de la cintura y me arrastró con él a un lado. Quedamos ambos en el filo de la acera, sobre el diminuto precipicio del bordillo en el que mis tacones me convirtieron en equilibrista.

El ciclista pasó a nuestro lado impasible. Sin murmurar ni disculpas ni

reproches. El sonido de la bocina se extinguió y el hombre siguió su camino sin regalarnos ni un miserable segundo de su atención. En apenas un pestañeo todo había vuelto a la normalidad. A la tranquila quietud de esa calle bordeada de coches a uno y otro lado de la estrecha calzada que la cruzaba. Vehículos cuyos dueños estaban ya en sus casas, a buen recaudo, disfrutando de las pocas horas de libertad que les restaban antes de que el sol reapareciese en el cielo. Trayendo con él las consabidas obligaciones diarias. Sin embargo, yo, en una absoluta descoordinación con el entorno, me encontraba muy lejos de la calma. Ya lo había estado antes de la aparición del desconsiderado ciclista pero, ahora...

En fin. Digamos que la cercanía de Nino tenía en mí un efecto más potente que la banda sonora de *West Side Story*.

Tuve un rebrote de la calentura que había sufrido un rato antes al verle desprenderse de capas de ropa hasta quedarse solo con el casto jersey que llevaba bajo todo lo demás. El tacto de ese chico, la suavidad del aliento que escapaba de sus labios para golpear los míos y el calor de su cuerpo que traspasaba la ropa para penetrar hasta mi piel. Todo ello despertaba en mí sensaciones a las que hacía muchos años había renunciado voluntariamente. Y sin las que había podido seguir viviendo. Quizás porque nunca las había sentido del modo tan rotundo en que él me las provocaba; volviéndolas una necesidad acuciante.

Tragué saliva. Conseguir que se deslizase por mi garganta abajo fue una gesta. Me habría gustado que él me copiara. Ver su nuez subir y bajar en su blanco cuello. Pero, por desgracia, la insondable bufanda que llevaba me habría ocultado la visión aunque esta se hubiese producido más allá de los límites de mi imaginación.

Empezaba a notar que me faltaba *algo*. Que necesitaba *algo*. Que quería *algo*. Y, al contrario de lo que era común en mí, no podía conformarme con la opción de no conseguirlo.

—Tenemos que ir al final de la calle —dijo el responsable de mi alboroto. Quien, pese a instarme a moverme, no predicó con el ejemplo—. Jean Claude nos está esperando allí con el coche para llevarnos de vuelta al hotel.

Asentí pese a que no escuché una sola palabra de lo que dijo. Tenía los oídos taponados con los latidos de mi propio corazón. El pum, pum, pupum que se estaba volviendo tan familiar otra vez lo llenaba todo.

En lugar de mover los pies, moví un brazo. Lo hice de un modo torpón y

extremadamente lento. Ajena a él, a mi propia voluntad. No me di cuenta de lo que iba a hacer hasta que mis dedos se engancharon al filo de su bufanda, tirando de ella hacia abajo para descubrir el hermoso rostro que ocultaba.

Sí, en ese momento fui consciente pero, como sumida en algún tipo de hechizo, seguí adelante.

Con la mirada fija en sus labios me acerqué a él. Cerrando los ojos solo cuando estuve lo bastante cerca para notar el roce de su boca en la mía.

Fue eso; un roce, nada más. Lo que estaba haciendo no merecía ser llamado beso. Ni siquiera piquito. Aun así, su efecto fue el mismo que tenían los besos de verdad en los cuentos: rompió el encantamiento que me había llevado a comportarme de una manera tan atrevida e impropia de mí.

El brazo de Nino seguía rodeando mi cintura. Pero no afianzó su agarre para acercarme más a él. No hizo nada que pudiese interpretar como que estaba correspondiendo a mi arrebato. Se mantuvo estático. Congelado. Seguramente por la sorpresa. El pobre estaría preguntándose qué se había creído esa señora —que era yo— para tomarse la libertad que se estaba tomando con él.

Una duda que, en ese preciso momento, también me asaltaba a mí.

La vacilación no vino sola. Para acabar de rematarme, llegó de la mano de una lacerante sensación de vergüenza propia, que es mucho más agónica que la ajena.

Si había llegado a la boca de Nino a cámara lenta, al separarme de ella, por el contrario, fui veloz como una centella.

—Lo siento —me disculpé, tirándome para atrás para poner entre nosotros más distancia de la que su sujeción me permitía—. Yo... no sé en qué estaba pensando. Ha sido...

Él cortó mi atropellada disculpa. Pero no lo hizo con palabras. Tampoco con un gesto que me invitase a callar. Para mi desconcierto, lo hizo con un beso. Uno que, ahora sí, mereció ser llamado así con todas las de la ley.

Su otro brazo, el que tenía libre, se reunió con su pareja en mi cintura. Ayudándola a atarme con fuerza en un lazo que yo no sentí el menor deseo de romper. Por el contrario, me volví tan maleable como pude para que me amoldase a su cuerpo todo lo posible. Su boca demandaba la mía con una dulzura no exenta de fuerza. Me rendí a ella sin oponer resistencia, cerrando los ojos al tiempo que abría los labios para recibir su lengua.

Por un momento creí que era cosa de mi imaginación, demasiado infectada

por el virus del cine. Pero no, pronto me di cuenta de que los acordes eran reales. Caían sobre nuestras cabezas desde las alturas. En uno de los pisos del bloque que quedaba a mi izquierda alguien había puesto un viejo disco de la mítica Edith Piaf. Una mágica coincidencia que convirtió *La vie en rose* en banda sonora de nuestra particular escena de beso. Sonando en el momento preciso para contribuir al clímax dramático.

No sabría decir si fue un beso muy largo o una concatenación de muchos, algo más cortos. Pero sí sé que permanecimos allí, entregados el uno al otro a través de la unión de nuestras bocas, durante mucho tiempo. Sin movernos. Ni siquiera cuando el cielo decidió abrirse de nuevo para derramar sobre nosotros una lluvia cuyo repiqueteo hizo los coros a la desgarrada voz de la Piaf.

## Capítulo 15

Mi vestido colgaba de una percha enganchada al grifo de la ducha, chorreando agua en su lugar. Mi atuendo de protagonista fue sustituido por una enorme toalla, que enrollada alrededor de mi pecho, me hacía las veces de traje. Lo curioso fue que, aun así, desnuda de artificios, seguía sintiéndome como el personaje principal de la historia. Mi historia.

Miré el jardín a través de la ventana de la habitación de Nino. El calor de mi piel, en contraste con el frío que acumulaba el cristal, generó una película de vapor que empañó el paisaje. La limpié con la mano, empeñada en no perder la visión. Deseaba recordarlo así, tal y como lo estaba viendo. Congelando ese instante en mi memoria. Para siempre. Podría haberle hecho una foto con el móvil. Sí, ya lo sé. Pero me parecía tan poco romántico... Soy de la opinión de que la esencia de los recuerdos se guarda dentro de uno mismo, no en un chisme que funciona a batería.

—Ten, ponte esto.

El brazo de Nino surgió detrás de mí, con unos pantalones deportivos y una sudadera en la mano. Me giré, buscando su mirada para recrearme en la dulzura que destilaban sus pupilas doradas. No lo pude resistir y, como había hecho en la calle, me colgué de su cuello para besarle una vez más. Él dejó caer las prendas al suelo y usó los brazos para rodearme la cintura.

—Creía que habías traído esa ropa para que me vistiese —lo reprendí, con actitud traviesa, entre beso y beso.

Él rio contra mis labios. Transmitiendo a los míos la suave vibración de su carcajada.

—No te he visto muy predisposta —respondió de la misma entrecortada manera en que había hablado yo. Con la boca ocupada en otros menesteres—. Así que...

—Así que al suelo, ¿no? —Seguí, colando las manos bajo su sudadera para recrearme en el tacto cálido y firme de su vientre—. ¡Qué malos hábitos! Yo que pensaba que eras un educado chico francés.

Sus labios, pegados a los míos, dibujaron otra sonrisa. Una que conservó el matiz cohibido, habitual en él, a pesar del juego que llevaban a cabo nuestras manos.

Le levanté la sudadera y él me ayudó a sacársela por la cabeza. La visión de su cuerpo, desnudo de cintura para arriba, me dejó sin respiración. Una vez más, cualquier comparación entre él y los hombres que había conocido a lo largo de mi vida era improcedente. No habría sido justo para Leonardo, ni para Paco, Juanma o hasta mi padre o mi hermano. Que también eran hombres, a fin de cuentas. Más que humano, Nino parecía una de las esculturas de nuestro jardín. Una versión mejorada a la que no le faltaba ni una sola pieza. Bajo su piel pálida los músculos se marcaban definiendo una anatomía más tonificada que musculada. Perfecta.

En respuesta al paso que yo había dado, acercó las manos a mi pecho, dejando que sus dedos desligaran el nudo que cerraba la toalla alrededor de mi cuerpo. La tela cayó al suelo, dejándome desnuda ante él en un abrir y cerrar de ojos.

Desnuda a excepción de los pies, claro, que mantuve dentro de los zapatos a sabiendas de lo que pasaría si me los quitaba.

Nino bajó la vista, posándola en mi calzado con curiosidad.

—No voy a quitarme los zapatos —zanje el asunto de raíz antes de que pudiese abordarlo.

—Vale —convino de inmediato, leyendo en mi cara una determinación que se fundía con el miedo.

La sola idea de descalzarme me producía pavor. Si me quitaba los zapatos, lo perdería todo. Ese momento y Nino se evaporarían para siempre. No quería ni pensar que eso pudiese ocurrir.

Se inclinó para dejar caer un nuevo beso en mis labios. Cerré los ojos, más que dispuesta a recibirlo. Pero, a mitad del camino que conducía a mi boca, se detuvo. Le miré a tiempo de ver que sus cejas se fruncían al preguntar, con un punto de humor en la voz:

—Lo de esos zapatos... ¿es algún tipo de fetichismo o algo?

Le propiné un manotazo en el hombro, a modo de suave protesta, antes de unirme a su risa. Esta vez sí, nos fundimos en un beso que no fue, ni de lejos,

el último de la larga lista que iniciamos frente al cine.

Puede que lo más normal, en un momento como ese, hubiese sido sentirse nerviosa, cohibida o hasta avergonzada. A fin de cuentas, mi experiencia amorosa era más bien limitada. Llevaba años fuera de juego y, todo esto, sin contar que no solo era mayor que mi amante, también mi forma física era evidentemente inferior a la suya. Sin embargo, no experimenté ningún tipo de inseguridad al entregarme a él. Todo lo contrario. Me sentía a gusto en sus brazos, como si fueran el lugar natural para mí. Como si besarnos, acariciarnos y mostrarnos el uno al otro desnudos —física y emocionalmente — fuese lo más normal del mundo.

Allí, en esa habitación donde no existía el resto del mundo, volví a sentir que no éramos extraños. Estaba ahí por él, por Nino. Si alguna vez tuve dudas, ahora lo veía claro.

Caminamos a tientas por la habitación, del ventanal a la cama. Un recorrido corto. Demasiado, para el número de veces que tropezamos. Chocando con los obstáculos del mobiliario antes de topar con el colchón, sobre el que nos dejamos caer con los ojos cerrados. Sin permitir que el roce de su filo en nuestros mulos interrumpiera aquellos besos que se habían convertido en otra manera de comunicarnos, más allá de las palabras.

Nino se colocó sobre mí y noté liviano el peso de su cuerpo, que cubrió el mío haciéndome sentir segura. Correspondí a las caricias de sus manos, obstinada en devolver a su piel la ternura que él regalaba a la mía. Deseando poder transmitirle lo que significaban para mí. Lo que él era para mí.

Cuando mis manos se aventuraron bajo su pantalón, cubriendo con las palmas la suave firmeza de sus nalgas, se detuvo. Apoyó el peso de su cuerpo en los antebrazos y abandonó mi boca para incorporarse un poco, lo justo para poder mirarme desde arriba. Tenía los labios hinchados y la mirada dudosa. No dijo nada, pero supe leer la pregunta en sus pupilas de miel.

Al contrario que él, yo no vacilé un segundo. Asentí, moviendo la cabeza sobre la almohada para darle el permiso que demandaba en el mismo lenguaje en el que no hacían falta palabras. A mi señal, Nino se apartó para terminar de desnudarse antes de regresar a mi lado. Esta vez ocupando el lugar que yo le cedía, entre mis piernas.

Los besos y las caricias se reanudaron, despertando mi piel del letargo de años. Cuando, finalmente, se hundió en mí, lo recibí con algo más que placer. Lo hice con la seguridad de quien lleva mucho tiempo esperando por algo

único.

—Estás diferente.

Junté todos los folios en un tocho y golpeé la mesa con ellos, colocándolos a la misma altura. Después abrí la carpeta para meterlos dentro. Eran los exámenes de los alumnos de la clase de francés. Esa noche las correcciones me iban a tener entretenida.

—Será por el peinado —dije, peinándome con los dedos el flequillo que yo misma me había cortado, en el baño de mi casa. No estaba muy segura de que no me hubiese quedado demasiado arriba de las cejas. Igual se me había ido la mano. Pero ya estaba hecho y era tarde para lamentaciones.

Del otro lado de la mesa de la sala de profesores Aitana me miró con aire dudoso.

—No, que va —negó tras evaluarme con atención, desestimando mi cambio de look como razón de lo que encontraba distinto en mí—. No es eso.

—Pues no sé. —Terminé de recoger y me colgué el bolso del hombro—. Aparte del flequillo, soy la misma de siempre.

Los vistosos vestidos estilo años cincuenta, la gabardina, el maquillaje y, por supuesto, mis zapatos de pedrería y tacón interminable, eran algo que jamás me atrevería a usar en mi vida *real*. Allí, en la academia, delante de Aitana y de quienes me conocían, era la Berta discreta, de los jerséis y los vaqueros, que había sido siempre. Así que no, no había nada extraño en mí. Aunque mi compañera no parecía compartir la opinión.

—No es algo físico. Más bien, es un cambio de personalidad.

—¿Un cambio de personalidad? —reí—. ¿Como Jekyll y Hyde?

—¿Lo ves? —Ella casqueó los dedos antes de señalarme. Por un momento me sentí culpable de algo—. A eso me refiero. Últimamente estás más risueña, más alegre... Pareces más fuerte. ¿Cuánto hace que no hablas de tu madre?

—¿Es que antes hablaba mucho de ella? —pregunté, arrugando el ceño.

¿Por qué haría algo tan horrible? Mi madre no era el tema de conversación más ameno. Castigar a mis compañeros de trabajo con él era una crueldad digna de los antiguos torturadores chinos.

—¡Todo el rato! —La efusiva respuesta de Aitana terminó de hundirme—. Fíjate que, sin haberla visto nunca, siento como si la conociese de toda la

vida.

—¡Qué espanto!

—Para serte sincera —siguió, lanzándome una mirada precavida antes de confesarse—, tenía la impresión de que vivías sometida a ella. De que, aunque eres una adulta, todavía dependías de tu madre para cada decisión que tomabas. Sin embargo, ahora...

—¿Ahora ya no? —la interrumpí, necesitando desesperadamente obtener una respuesta negativa.

Lo que Aitana estaba diciendo sonaba lamentable, pero lo peor de todo era que no se equivocaba. El patético esbozo que hizo de mi vida era bastante preciso. Lo sabía. Siempre lo había sabido. Solo que era aún peor cuando me veía a través de los ojos de otra persona. Quizás tendemos a ser indulgentes con nosotros mismos.

—No, ahora no —fue un alivio oírla—. Desde hace un par de semanas pareces una mujer distinta. Y no son cosas mías, ¿eh? Balbina también lo dice.

Balbina era una octogenaria matriculada en francés, inglés y hasta japonés, si es que a la directora le daba por ofertar clases de ese idioma algún día. La anciana estaba obsesionada con aprender un idioma —el que fuera, tanto daba— para poder emigrar a otro país cuando estallase la guerra en España. Porque la pobre, que padeció en su niñez las privaciones de la posguerra, estaba convencida de que, tal y como iba el país, la cosa no podía terminar más que con otro caudillo que viniera a ponernos firmes.

Aprender, lo que se dice aprender, no estaba aprendiendo mucho. Su mente había dado ya demasiado de sí como para tener que memorizar ahora vocabulario y reglas gramaticales. Pero a su nuera, que era la encargada de atenderla, tampoco le importaban mucho sus avances con tal de que pasara las mañanas entretenidas. Así que todos contentos.

—Dice que sonríes más y que te brillan los ojos.

Que me brillan los ojos. Nino me había dicho lo mismo, una de las veces que nos encontramos en nuestro jardín. La frase hizo que me acordase de él, de todo lo que habíamos compartido hacía solo unas horas y... Vale, al igual era verdad que me había vuelto más risueña, porque una sonrisa tan grande que casi me desbordaba la cara se adueñó de mi boca.

El sonido de la cisterna anunció la llegada de Paco —bragueta en mano, como siempre— y tanto Aitana como yo enmudecimos, dejando cruelmente

al margen de la conversación a nuestro compañero, lo que él percibió de inmediato.

—Tranquilas, que cojo mis cosas y me voy —avisó acercándose a la mesa para recoger su maletín—. No quiero interrumpir vuestras *charlas de mujeres*. —Catalogó nuestra conversación con una buena dosis de retintín.

Pese a la broma, sonó un poco dolido.

—Vamos, hombre. No te enfades —lo consoló Aitana, dirigiéndome una burlona mirada—. Si ya sabes que te queremos.

—Me queréis, pero no me habláis. Igualitas que mi mujer y mis hijas. — Nos censuró con una indignación que nos arrancó una carcajada—. Y tú no rías, que eres la principal culpable. —Se volvió a mí—. Desde que te has echado novio, me siento como Casper.

—¿Qué?!

Paco abandonó la sala con los hombros caídos y la actitud derrotada de un niño al que los mayores no prestan atención. Pasando olímpicamente de mi sorprendida exclamación.

—Ya te has enterado de lo que van diciendo por ahí —dijo mi compañera cuando volvimos a estar solas.

—¿Es cosa de Balbina?

Aitana, encogiéndose de hombros al tiempo que se colgaba el bolso, respondió:

—Principalmente. —Fue a la salida y yo la seguí—. Dice que, cuando una mujer parece más feliz sin razón aparente, siempre hay un hombre detrás.

La miré de soslayo mientras caminábamos por el pasillo hasta la calle. Yo no era la única que estaba distinta. Lo mismo podía aplicarse a Aitana, aunque en un sentido radicalmente opuesto. Si yo había empezado a llamar la atención de todos por estar más alegre y radiante que de costumbre, me había dado cuenta de que, en los últimos días, ella parecía más triste.

Me pregunté si la teoría de Balbina también sería efectiva en el sentido inverso.

—Y tú... ¿Estás bien? —le pregunté un poco dudosa.

Éramos compañeras de trabajo, nos llevábamos bien. Incluso podría decirse que éramos amigas, dentro del ambiente laboral en el que nos movíamos. Lo suficiente para hacernos alguna que otra confidencia. Pero no me sentía lo bastante cercana a esa muchacha para preguntarle, abiertamente, por el estado de su vida sentimental.

Ella sonrió. Lo hizo de una manera amplia pero también forzada.

—Perfectamente. Porque sé que, cuando ya no los necesites, me prestarás tus zapatos mágicos. ¿A que sí?

Me quedé quieta, justo en la puerta de entrada. Clavada al suelo como si las losas estuviesen impregnadas en pegamento.

—Ya sabes —siguió diciendo mi amiga con su sonrisa triste—, esos que pueden llevarte a cualquier rincón del mundo, para que te encuentres con el hombre de tu vida.

A mi corazón le costó reponerse de la impresión para asimilar la broma.

—Claro —convine, un poco trémula, recuperándome para aprovechar su chanza en favor de animarla—, cuenta con ello. Después de todo, no creo que vaya a tener hijas. Ya sabes, a este paso, me expongo a sufrir un embarazo de riesgo.

Recuperando el dominio sobre mis pies, salí a la calle con Aitana enganchada a mi brazo.

—Me lo ha dicho mi madre, que lo ve a diario en el hospital.

La mención de mi progenitora, después de tanto tiempo sin saber de ella, le arrancó una sonrisa que me pareció más sincera que la anterior.

—Qué tonta eres —se chanceó de mí, y juntas caminamos dejando tras nosotras la fachada de la academia.

## Capítulo 16

El vino cayó en la copa en un remolino de color bermellón, que se aplacó cuando el *maître* volvió la botella a la posición vertical, deteniendo el chorro.

—Gracias.

El empleado respondió a Nino con una inclinación de cabeza y, con unos movimientos tan rígidos que se me antojaron militares, se marchó. Portaba en una mano la botella del burdeos que nos había servido y, colgando del otro brazo, flexionando en un perfecto ángulo recto, una servilleta de un blanco inmaculado por la que no dejé de sufrir mientras lo veía llenarnos las copas. Solo de imaginar lo mucho que costaría sacarle las salpicaduras de vino, si llegaba a mancharse, me entraban los siete males. Gracias a Dios, no trabajaba en el servicio de limpieza del restaurante.

Cuando el hombre nos hubo dejado solos bajé la vista a mi plato, donde una solitaria gamba, colocada sobre lo que me parecía una montañita de puré de patatas, me saludó con cierta melancolía. No era para menos, teniendo en cuenta lo sola que estaba, la desdichada. La visión de ese ejemplo de alta cocina, más que aplacarme el hambre, me la aumentó. El plato estaba desolado. Muy bonito, eso sí. Con todos esos dibujitos abstractos que le habían pintado usando una misteriosa salsa verde. Pero, si hablamos de abundancia, dejaba mucho que desear.

Pasé del primer plato y me fui por la copa de vino. El no ser capaz de identificar la mayoría de los alimentos con los que estaba preparado me generaba desconfianza.

—Te gusta mucho este restaurante, ¿no? —le pregunté a mi acompañante, incapaz de entenderle. Me costaba creer que fuese la comida lo que lo convertía en cliente asiduo de La Cuisine de Pierre.

Él sonrió. Seguro que había adivinado lo que pasaba por mi mente.

—Pierre es un buen amigo —dijo, meneando el vino en su copa antes de llevársela a los labios—. Trata a su clientela con esmero y ofrece a cada uno lo que necesita para sentirse como en casa.

Dio un trago.

—¿Y, en tu caso, eso es...?

—Tranquilidad. Anonimato.

Nino dejó la copa a un lado y me miró de ese modo necesitado de comprensión que no me era extraño. No era la primera vez que veía ese matiz en sus ojos.

—Para mí es difícil estar en cualquier lugar que no sea el trabajo. Ir al cine, a pasear e, incluso, a la compra. Todas esas actividades normales para las demás personas son extrañas para mí. He tenido que renunciar a ellas.

Su mirada se hizo más profunda y tuve la impresión de que le asustaba que yo no comprendiese lo que estaba diciendo. Que no lo tomase en serio o lo malinterpretase.

—Si se me ocurriese ir a comprar el pan terminaría engullido por una multitud intentando sacarme fotos y peleando por conseguir que les firme en la camiseta, la mano... la ropa interior.

Enarqué las cejas. Un acto reflejo con el que reaccioné a lo último que había dicho. Él me miró, asintiendo muy seriamente, para corroborar la veracidad de sus palabras. Tuve que hacer un esfuerzo para reprimir la sonrisa que afloró a mis labios al imaginarlo, bolígrafo en mano, estampando su rúbrica en las bragas de una desconocida.

¡La gente tiene cada idea!

—Pierre siempre tiene una mesa lista para mí —continuó, ajeno a lo que ocupaba mi mente, aclarándome el porqué de sus frecuentes visitas al restaurante—. Un lugar discreto, en el que me es fácil pasar desapercibido, pero no aparte. Este es el único lugar en el que puedo ser uno más. Sin llamar la atención ni sentirme como un prófugo que debe ocultarse de todos.

Me acerqué la copa a los labios, meditando mi reacción. Me daba cuenta de que lo que había compartido conmigo era algo importante para él. Por eso quería darle el entendimiento que demandaba. En cierto modo, lo hacía. Había imaginado su vida —la de los actores, en general— como un camino sembrado de pétalos de rosa. Pero empezaba a darme cuenta de que las rosas tienen también sus espinas. No debía de ser agradable sentirse observado en todo momento. No tener un instante de privacidad. Yo misma había

experimentado lo que era viajar con escolta —esa noche, de camino al restaurante, y también cuando volvimos del cine— y, la verdad, resultaba un poco agobiante.

—Élodie te encontró. —Opté por el humor. Esperando arrancar una sonrisa al ansioso ceño con el que me observaba.

Lo logré, y el triunfo estuvo a punto de hacerme levitar algunos centímetros sobre el suelo.

—No es fácil librarse de las acosadoras.

—También yo te encontré.

—Lo dicho.

Hice amago de lanzarle la servilleta por encima de la mesa.

—Si eso es lo que piensas de mí —repliqué, fingiéndome herida—, ¿por qué no huyes y te escondes, como haces cada vez que ves a miss Francia?

—Porque me gustas. Mucho.

Naturalmente. Ya lo sabía. Después de lo que había pasado en su habitación lo menos que podía pensar era que le gustaba, por lo menos, la mitad de lo que él me gustaba a mí. Pero me agradaba oírsele decir. Y siempre, siempre, era como la primera vez. No estaba muy acostumbrada a que un hombre, al margen de mi padre, me halagase de ese modo. Seguramente por eso no terminaba de acostumbrarme a ello.

—Apareces, como surgida de la nada, vestida como el personaje de una vieja película —declaró, mirándome de ese modo capaz de hacerme perder el control sobre mis piernas—. Te sientas a mi mesa y empiezas a hablarme como si nos conociésemos de siempre. Como si, para ti, la vida no fuese más que un juego. Creo que lo que debería hacer, lo más sensato, sería enfadarme o tenerte miedo. Sin embargo, no puedo evitar sentirme atraído. De todas las personas que he conocido, no hay ni una sola que se te parezca.

Entonces, se trataba de eso. Me había preguntado muchas veces qué veía un hombre como él, que podría tener a la mujer que quisiera, en alguien como yo. Ahora entendía que lo que Nino Fabre amaba de mí era a la Berta de mentira. Sentí como si toda la tristeza del mundo, convertida en una gigantesca bola de metal, me golpease en plena cara.

¡Plaff!

Dejé la copa sobre la mesa y junté las manos en el regazo. No podía verme, pero estoy segura de que, en ese momento, fui yo quien pareció asustada. Y lo sé porque era así como me sentía.

—¿Qué pasaría si la Berta que conoces no fuera la real?

—¿A qué te refieres?

Nino apoyó los cubiertos en el filo de su plato y me miró, regalándome toda su atención.

—Bueno, verás... Estoy en París de vacaciones. Dilapidando una herencia que me dejó mi abuela —le conté, confesándome de un modo superficial.

La verdad, pura y dura, era algo que ni siquiera podía compartir con él. Por más que desease sincerarme y dejar que me viese tal y como era. El papel que representaba, por voluntad propia, empezaba a pesarme. Por primera vez, desde el comienzo de esa locura, lamentaba, en lugar de disfrutar, no ser más que un personaje. Quería que al mirarme Nino me viese a mí y solo a mí. Que me amara por quien era realmente.

—En mi vida normal... quizás no sea tan especial como supones. Incluso puede que sea una persona bastante gris.

Agarré el tenedor y comencé a hurgar con él en la montaña blanca que servía de colchón a mi solitaria gamba. El silencio que siguió a mi alegato se me hizo eterno. Ni siquiera podía escuchar la canción que interpretaba la orquesta ni el murmullo de las conversaciones a mi alrededor. El sonido de mi corazón lo llenaba todo. Y su latido, esta vez, se regía por un ritmo más angustioso que excitado.

—Creo que no me has entendido.

Levanté la cabeza y me encontré su rostro más cerca de lo que esperaba. Estiró un brazo sobre la mesa para capturar mi mano, encerrándola en la suya con un gesto delicado pero firme. Uno con el que pretendía borrar todas mis dudas. El tenedor, aún en mi mano, quedó entre nosotros. Alzado como un tridente.

—Lo que me gusta de ti es tu autenticidad.

Intercambiamos papeles y, en esta ocasión, fui yo quien reaccionó de un modo tímido. Agaché la mirada, como una quinceañera. La luz arrancaba pequeños destellos a las puntas del tenedor.

—No sé cómo serás en tu vida cotidiana. Pero sí sé que la Berta que está aquí, conmigo, no es una mentira. —Se encogió de hombros, regalándome una de esas sonrisas que destilaban dulzura—. Quién sabe. Puede que sea la otra la que no es real.

Mentiría si dijese que consiguió hacerme sentir completamente segura. Pero sí me tranquilizó lo bastante para ser capaz de devolverle la sonrisa. Me

acarició la mano con el pulgar, antes de soltarla para dejar que siguiese devastando mi plato a gusto. Al verme libre de la presión que había ejercido sobre mis dedos estuve a punto de dejar caer el tenedor.

—Cuéntame algo más de Berta. De las dos —me pidió, haciendo que la conversación volviese a fluir—. ¿A qué os dedicáis cuando no estáis persiguiendo actores?

—No perseguimos actores, nos encontramos con ellos casualmente —me reafirmé en mi inocencia. Después de todo, era la verdad—. No me dedico a nada especial. Doy clases en una pequeña academia privada. Francés, historia, literatura... Lo que me manden.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en París?

Creo que el corazón se me paró. No sé si eso es científicamente posible y, en todo caso, tampoco habría durado más de un segundo, pero, aun así, juraría que mi corazón se detuvo después de oír su pregunta. El mundo entero, en realidad, quedó paralizado durante un instante.

Tragué saliva, a cámara superlenta, y miré a Nino. Al contrario que yo, él permanecía en un universo que se movía a ritmo normal.

¿Que cuánto tiempo me quedaría en París? Buena pregunta. Tan buena, que no me explicaba cómo no me la había hecho antes. Hasta que él no sacó el tema ni siquiera me había parado a pensar en ello. Sencillamente, creí que podría seguir así, escapando a esa vida de ensueño cada noche, al acabar con las obligaciones que me mantenían atada a la realidad. Pero, ahora que lo mencionaba, imaginaba que eso no sería posible, ¿verdad? Nadie puede vivir entre dos mundos. No eternamente.

La abuela solía decir que había elegido el camino fácil. Ese que se materializó en el matrimonio con mi abuelo. Así que, al final, ella también tuvo que decidirse entre una de sus dos vidas.

Nino levantó la vista del plato, observándome con extrañeza. Me di cuenta de que estaba demorando mucho la respuesta.

—Pues... yo...

¿Qué podía contestarle, si ni siquiera yo lo sabía?

Los timbrazos de su teléfono acudieron en mi rescate. No lo reconocería, no en ese momento. Pero, por primera vez, agradecí el nefasto don de la oportunidad de Clothilde.

—Es Cloth —dijo él tras revisar la pantalla del móvil, confirmando lo que yo ya sabía.

—Contesta, no te preocupes por mí. Está bien.

«Y no tengas problemas en tardar todo el tiempo que necesites».

—Lo siento. —Prorrumpió en un suspiro antes de descolgar—. ¿Qué sucede, Cloth? —Su expresión se volvió seria mientras guardaba silencio, escuchando atentamente a su representante—. No; por supuesto que no es Élodie la que está conmigo... ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué? No es posible... ¡¿Que has hecho qué?!

Aunque no tenía ni idea de qué iba todo aquello la repentina tirantez de Nino me puso tensa. No estaba acostumbrada a verlo enfadado. Él, que por lo general era la personificación de la paciencia, pareció perder su don mientras permanecía con el móvil pegado a la oreja.

—No, escúchame tú a mí —su voz, impulsada por la rabia, sonó más fuerte de lo habitual—, una cosa es el trabajo y otra, muy distinta, mi vida. Ahí no tienes ningún derecho a intervenir. Creí que eso había quedado claro.

Me di cuenta de que nuestros vecinos de mesa se giraron disimuladamente, curiosos por la acalorada conversación que Nino mantenía al teléfono. Rogué en silencio para que nadie lo reconociese. Él iba allí buscando anonimato, me daba pena que perdiese el refugio que le suponía aquel restaurante.

—Genial. Haz lo que te dé la gana, pero solúcnalo.

Concluyó la llamada del mismo modo en que la había iniciado, dejando que su pecho se desinflase en un largo suspiro.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Debo reconocer que lo hice más sorprendida que preocupada.

Nino me miró con cautela, evaluándome antes de hablar.

—Lo lamento mucho —se disculpó, por segunda vez esa noche, poniendo el parche antes de dejarme saber cuál era la herida—. Ha habido un terrible malentendido. —Guardé silencio, dejando que se explicase sin atosigarle—. Cloth supo que estaba aquí, con una mujer, y supuso que se trataba de Élodie. Ha dado aviso a la prensa.

Me quedé de piedra. Sí que era traidora, la tal Clothilde.

—¡Vaya! —exclamé de un modo un poco estúpido—. Me parece que tu representante tiene un interés especial en que todos crean que estás liado con la hija del primer ministro. Imagino que es una buena publicidad. —Medité, derivándome por una senda secundaria.

—Berta. —Nino sonó frustrado al pronunciar mi nombre. Ahora que rememoro aquella noche desde la distancia, comprendo que no era para

menos—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Hay un montón de prensa fuera del restaurante. Seguro que ahora mismo, mientras estamos aquí, hablando, nos están sacando fotos.

Señaló, disimuladamente, a un ventanal que teníamos al lado. Daba a un patio interior que servía como extensión del salón comedor en verano y quedaba inutilizado durante el invierno. El único modo en que algún paparazzi pudiese hacernos fotos desde allí sería que se hubiese colado en el restaurante y, tras pagar un ojo de la cara y parte del otro por el cubierto, se las hubiese ingeniado para llegar al patio y esconderse tras los maceteros. Sinceramente, con lo caro que valoraba Pierre su trabajo, y el frío que hacía allí afuera, me costaba creer que nadie se tomase tantas molestias solo para obtener pruebas de nuestra cita.

Me encogí de hombros, sin saber cómo responder a una reacción que me resultaba exagerada. Otro suspiro me confirmó que, pese al enfado, la encomiable paciencia de Nino seguía intacta. Cualquier otro, en su lugar, ya me habría dado por imposible.

Se levantó, ofreciéndome su mano para animarme a imitarlo. Acepté sin vacilación, aunque seguía sin entender —ilusa de mí— el auténtico calado de la situación, y atravesamos el salón intentando pasar lo más desapercibidos posible. Para ser exactos, fue mi compañero quien lo intentó. Y no le fue fácil, porque, pese a su cabeza gacha y el paso rápido, no consiguió evitar las miradas de reconocimiento. Yo, en cambio... Bueno, ¿quién iba a reconocerme a mí? Dudaba mucho que alguien de mi entorno estuviese en el restaurante.

—El coche está esperando en la puerta. Sin embargo, hay demasiada prensa, por lo que va a ser complicado llegar a él.

Jean Claude, con su eterna pinta de que no le llegaba la camisa al cuerpo, nos esperaba en el recibidor. Se notaba que se tomaba muy en serio su trabajo. Cada vez que lo veía me asaltaba la duda de si realmente le compensaba tanto estrés. Sus honorarios debían ser increíbles.

—Te seguimos —declaró Nino, demostrando una fe absoluta en su jefe de seguridad.

—Nino —le tiré de la manga de la chaqueta, llamando su atención antes de que pudiese dar un paso—, puedo salir por la puerta de atrás, la que da al callejón. No sé, pero, si el problema soy yo, quizás sea mejor que no te vean salir de aquí conmigo.

Intercambió una rápida mirada con el guardaespaldas, valorando mi proposición. Luego volvió a posar sus ojos en los míos.

—No —desestimó con contundencia—, eso solo serviría para echar más leña al fuego. Saben que estoy con una mujer. Si salgo solo, la curiosidad aumentará y harán todo lo posible por dar contigo, por averiguar quién eres. —Soltó mi mano un segundo para entrelazar sus dedos con los míos—. Saldremos juntos.

Por el modo en que lo dijo tuve la impresión de que me estaba otorgando una sentencia de muerte. Algo que, sin ninguna duda, le pesaba más a él que a mí.

—Pues vale —contesté con la tranquilidad que da la ignorancia.

Él apretó mi mano, enlazada a la suya, con más fuerza, echando a andar siguiendo a Jean Claude. El momento en que el guardaespaldas abrió la puerta del restaurante fue como llegar a otra dimensión. Los flashes que se filtraban del exterior, unidos a la algarabía de un montón de voces que hablaban todas a la vez, me intimidó un poco. No fui consciente de ello, pero creo que di un paso atrás, porque Nino se volvió para mirarme, entendiendo que por fin empezaba a tomar conciencia de lo que estaba pasando.

—Lo siento —murmuró otra disculpa. La tercera de la noche—, intenté prevenirte de que esto no iba a ser fácil.

Sí, era verdad. Lo había hecho. El problema estaba en que yo no lo había entendido. No fue hasta ese momento, allí, a un paso de enfrentarme a una multitud de cámaras y micrófonos luchando entre ellos para conseguir el mejor ángulo o la declaración más jugosa, que empecé a hacerme una idea de lo que suponía ser el amor platónico de Francia. Hasta ese momento, el título que ostentaba Nino no había sido más que un adorno que acompañaba a su nombre cuando lo buscaba en Internet.

Ese chico, el que sujetaba mi mano, no era un hombre normal.

Tiró de mí y le seguí. Lo hice pese a que lo que el instinto, dominado por el miedo, me pedía, era salir corriendo en la dirección opuesta.

—No te sueltes de mi mano —me ordenó frente a la puerta—. Todo lo que tenemos que hacer es llegar al coche. Jean Claude nos abrirá el camino, así que no te preocupes.

No sé si asentí, o si le dije que sí. No recuerdo si le pedí que me soltase y me dejase huir por el callejón de atrás o me comprometí a salir ahí fuera tomada de su mano. Para ser completamente honesta, el recuerdo que guardo

de ese momento es difuso, impreciso y aterrador. Yo, Berta Velasco, la chica que se pasó todo el instituto sentada en última fila, de pronto me veía empujada a primera línea.

¿Quién me mandaría cambiar mis noches de cine y helado por esos estúpidos zapatos y lo que conllevaban?

Esto. Esto era lo único en lo que podía pensar en ese momento.

Cerré los ojos. Debí hacerlo, porque en un momento los flashes se apagaron, dejando paso a una oscuridad absoluta, y seguí caminando al ritmo marcado por Nino. En un par de pasos más saldría del restaurante y estaría en la calle, frente a toda esa gente con la cámara y el bolígrafo preparados para ofrecer al mundo la crónica de esa noche. Una noche que debía pertenecernos solo a Nino y a mí y de la que, a la mañana siguiente, toda Francia estaría al corriente.

Un paso. Ahora era solo un paso lo que me separaba de las portadas de las revistas del corazón. Levanté el pie dejando que fuese la inercia, y no la voluntad, quien me impulsara a dar ese paso. El último que daría como persona anónima. Por lo menos en ese país. Y, entonces...

... Entonces todo, del otro lado de mis párpados, se volvió calma, quietud y silencio. La mano de la que tiraba Nino cayó a mi costado, carente de vida al perder su soporte. Abrí los ojos con precaución, topándome con la conocida pared de mi habitación.

Un entrecortado suspiro se escapó de mi pecho, sobre el que posé ambas manos intentando calmar el rápido galope de mi corazón. El órgano, al que había acostumbrado a una vida tranquila, estaba sufriendo demasiadas emociones últimamente. Empezaba a temer que, en una de estas, no fuese capaz de soportarlo y terminase dejándome tirada.

¿Qué estaba pasando ahora? ¿Había sido un sueño? Una pesadilla, más bien. De no ser porque el calor de la mano de Nino se había quedado en la mía habría jurado que así era.

Miré para abajo. A mis pies. Insegura ya de qué suelo estaba pisando. Pensé que, en medio del jaleo, quizás se me había zafado un tacón sin que me diese cuenta, forzando mi regreso a casa. Cosa que, por otro lado, tampoco podía decir que lamentase. Pero no; no había sido eso. Mis pies seguían calzando los zapatos, de modo que lo que me había traído de vuelta tenía que ser otra cosa.

Me senté en el filo de la cama, con los resquicios del miedo experimentado

agitándome el cuerpo como si fuese una hoja a punto de desprenderse de la rama.

—¿Y ahora qué? —me pregunté a mí misma, incapaz de dejar de mirar los zapatos.

Justamente cuando creía que lo sabía todo de ellos, que había aprendido a dominarlos; cuando me habían dejado disfrutar de ellos durante semanas, para hacer que me confiase de que era yo quien tenía el timón, iban y me salían con eso. Aquel par sí que eran traidores, y no la tal Clothilde.

—¡Nino! —Su recuerdo hizo que el nombre se escapase de mis labios en un grito.

Me había olvidado por completo de él. El temor, primero, y el desconcierto, después, lo habían relegado en mi mente a un segundo plano. Ahora, un poco más tranquila al saberme en casa, a pesar de todo, caí en la cuenta de cuál era el verdadero problema.

En un segundo había soltado su mano y desaparecido de su lado. ¡Y de qué manera! Por más que me buscase, cual príncipe azul abandonado por Cenicienta tras la última campanada, no me encontraría. Ni regresando al restaurante, ni rastreando los alrededores... ni siquiera aunque extendiese la búsqueda a todo París o Francia al completo.

Puede que los zapatos me hubiesen sorprendido, saliéndose del manual de instrucciones confeccionado por mí misma pero, aunque no tenía claro cómo continuaría la historia, había algo sobre lo que no albergaba dudas. Había llegado a un punto decisivo de la trama. Uno desde el cual las cosas solo podían ir a peor.

## Capítulo 17

Veinte. Esas fueron las veces que me quité y me puse los zapatos. Contando con la magia de los números, y nada más, para que volviesen a funcionar. «Siete, el siete es el número de la buena suerte; ocho, infinito, tampoco está mal, es un buen augurio...». En mi cabeza, la cuenta surgía aderezada con las propiedades que el imaginario común otorga a cada cifra.

¿Qué puedo decir? Estaba demasiado desesperada para que la sensatez me importase algo.

Huelga decir que el método no surtió ningún efecto. Alcanzado el veinte seguía estando en el mismo lugar, mi habitación. Sentada en la cama con los pies metidos en un par de zapatos viejos. Podría ser cosa de la tristeza, pero me pareció que brillaban menos. Que la luz del flexo no arrancaba a sus cristales los acostumbrados arcoíris que se reflejaban en las paredes. Me dio la impresión de que perdían energía. Igual que el móvil cuando tiene la batería bajo mínimos y la pantalla se vuelve oscura.

Quizás habría que recargarlos. Llegué a plantearme, muy seriamente, meter un tacón en el enchufe. Arriesgándome a electrocutarme solo para ver qué pasaba. Pero luego me acordé de lo que me dijo mi abuela la primera vez que me los mostró, cuando todavía era una niña.

Los zapatos habían pasado de generación en generación, saltándose a las más escépticas de la estirpe de Alfonsina Ruíz. Si me remontaba algunas generaciones... En fin, dudo de que la bisabuela de mi abuela dispusiera de luz eléctrica en su casa. Por ello descarté la idea del suministro eléctrico como fuente de energía.

Sencillamente, creo que se estaba agotando mi tiempo como dueña de los tacones mágicos. Era lo más lógico. En todos los cuentos de hadas el hechizo tiene fecha de caducidad. Y yo había desperdiciado el mío. Primero por

miedo, luego por exceso. El resultado fue que terminé haciendo un mal uso de la herencia que me legó la abuela.

Pero, más allá de las lamentaciones por los errores cometidos, había algo que me martirizaba con la contundencia de un silencio. Nino.

¿Qué iba a pasar con nosotros? ¿Qué haría si no podía volver a verle? Los zapatos eran mi única vía de comunicación con él. Ni siquiera tenía un número de teléfono en el que poder contactarle. ¿Cómo había sido tan idiota? Había hecho el amor con él, pero no le había pedido el móvil. ¡Muy bien, Berta! Así se hacen las cosas. Desde luego, no tenía ni idea de cómo desarrollar una relación en el mundo real.

Me moriría si no volvía a verle. Y no es una manera de hablar, ni un recurso dramático para hacer más impactante la narración. Era la verdad. Simple y llanamente, la verdad.

Para colmo de males, la noche siguiente al desarreglo en mis particulares zapatos de Cenicienta me vi obligada a asistir a la despedida de soltera de Trini, quien tomó la decisión de ser la primera de la nueva generación de mi familia en pasar por el altar. Usurpando un puesto que, como la mayor de las primas, me correspondía a mí. No es que me importase mucho. En realidad, no me importaba nada. Pero a mi madre sí. El adelanto de Trini se convirtió en un reproche más que añadir a su interminable lista.

De modo que allí estaba, en medio de una alborotada conversación femenina aderezada con música reggaetón y rodeada de alusiones fálicas. Las cuales iban desde los coquetos llaveros con los que mi prima obsequió a sus convidadas hasta la diadema con la que una de sus amigas la coronó como reina de la fiesta. Todo muy romántico y sutil, como puede verse.

Mientras las atolondradas hormonas de mis compañeras danzaban alrededor de mí al ritmo machacón de un reggaetón, yo no dejaba de pensar en Nino. Nino, el único, que había pasado a ser Nino, el perdido, por obra y gracia de mis malgastados zapatos de tacón. El protagonista de la película, el príncipe azul de mi inverosímil cuento, el hombre al que amaba, en definitiva, y al que no sabía si volvería a ver. Mi cerebro echaba humo intentando encontrar una solución a la encrucijada en la que me encontraba. ¡Y todo ese maldito ruido no me dejaba pensar con claridad!

De buena gana habría metido la manguera del surtidor más cercano en la boca de ese cantante. A ver si de ese modo conseguía que detuviese la sarta de fanfarronadas de machito cavernícola que estaba soltando y me regalaba

un poco de silencio.

—¡Será cabrón!

No fue un insulto al cantante, y tampoco salió de mis labios.

Sentada a mi lado, Claudia volvía a mostrarse más interesada en lo que ocurría en su teléfono que en lo que se decía en nuestra reunión. Una vez más no la culpé por ello. Yo tampoco estaba integrada en ninguna de las miles de conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor.

Ahora que lo pienso, creo que mi prima pequeña y yo teníamos eso en común. Las dos pasábamos de las reuniones familiares. La única diferencia era que ella se refugiaba en su móvil para evitarlas y yo tiraba de mi portentosa capacidad de abstracción. Salvando ese pequeño detalle, el resultado era el mismo en ambos casos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —La cabeza de Ana surgió entre nosotras. A punto estuvo de tirarnos encima el chupito de ron caramelizado que llevaba en la mano—. ¿Quién es el cabrón?

Estaba tan desnortada como de costumbre, pero sonaba más alegre de lo habitual. Se notaba que el alcohol le había entonado el cuerpo y la voz.

—El novio de Élodie —replicó Claudia, sobreexcitada y feliz de tener a alguien a quien arrastrar a su mundo.

Aunque estaba sentada casi me caigo de la impresión. ¿Es eso posible? Pues sí. Doy fe de que lo es.

Tras lo de «el novio de Élodie» identifiqué a Nino. Razón más que suficiente para hacerme perder pie, entre otras muchas cosas. Como el lobo del cuento empiné las orejas, preparada para no perder ripio de la conversación de mis primas.

—¿La *chic girl* esa? —preguntó Ana, componiendo una mueca de cosaca tras apurar su bebida de un único trago.

—*It girl* —la corrigió la otra, con pronunciación perfecta y pose de experta.

—La niña esa de Internet que te gusta como viste. —La mayor de las dos hizo un resumen, dejando de lado los tecnicismos para llegar a un entendimiento mutuo—. ¿Qué le ha pasado con el novio?

Claudia pasó de las lecciones y dio por buena la aclaración, ansiosa por compartir con alguien lo que la había sacado de su apatía.

—Mira —y, para que pudiese hacerlo, se giró en el asiento, mostrando a su interlocutora la pantalla de su teléfono—, ¿te acuerdas del chico del que te

hablé?

—¿El actor guapo? —Ana cogió el móvil y se lo acercó a la cara.

—Ese. —La benjamina estaba gozando el cotilleo como si los protagonistas del mismo fuesen sus vecinos, los del 5º A—. Pues resulta que, el muy desgraciado, le ha puesto los cuernos. Y no solo eso, ha tenido la desfachatez de llevar a la fulana al mismo restaurante en el que se veía con Élodie.

Pereció que a Ana se le desencajaba la mandíbula de tanto como abrió la boca, y yo hube de sujetar mi mano para no estamparla en la de la más joven. En resumidas cuentas, era a mí a quien acababa de tildar de fulana. Puede que ella no lo supiera, pero yo sí. Por eso no puede evitar tomármelo como algo personal.

—No me lo creo.

La prima que aún no me había insultado se acercó el teléfono a la cara, mucho. Intentando ver algo en la penumbra que las luces del interior de la discoteca no disipaban. En la pantalla una foto borrosa nos mostraba a Nino y a mí, con las manos enlazadas, sentados a la mesa que Pierre reservaba para el amor platónico de Francia. De lo que concluí que, al final, sí que había fotografías en el patio interior. Una muestra más de lo redomadamente estúpida que había sido.

Ana soltó una estruendosa carcajada. Yo agradecí que la foto no tuviese calidad suficiente para que mis primas reparasen en el parecido que la acompañante del novio traidor de madeimoselle L'amour guardaba conmigo.

—¿Y, el muy idiota, ha engañado al pivón que me enseñaste el otro día para salir con esta tía gorda?

—¡Oye, tú! No te pases, que no estoy gorda.

Las dos me miraron y me di cuenta, demasiado tarde, de que había hablado de más. Pero estaba escuchando demasiados insultos para mantenerme impasible. Tenía que respingar, no me quedaba de otra.

—Y esa mujer —agregué, señalando el teléfono de Claudia para librarme de la interrogante mirada que, a pares, me caía encima— debe pesar, más o menos, lo mismo que yo.

Mis primas intercambiaron una sonrisa que rezumaba mala baba.

—Hombre, Berta —apuntó la pequeña, fingiendo un tacto del que carecía—, un poco rellenita sí que está.

Usó a la mujer de la foto para dejar caer la opinión que tenía de mi silueta.

Un camuflaje absurdo. Total, las dos éramos la misma persona.

—Rellenita no es lo mismo que gorda —seguí defendiendo a la acusada como a mí misma.

—Pero si gorda o flaca es lo de menos —medió Ana con el maledicente tono que jamás imaginé tras su cándida fachada—, lo peor de todo son las pintas que lleva. ¿Habéis visto qué vestido? Parece Sissi, con esa falda toda pomposa.

—Es bastante ridícula, la verdad.

—No es ridícula. Es *vintage*. *Vin-ta-ge* —silabeé y, ahora, la que derrochaba mala idea era yo—. ¿Es que Élodie L'amour no ha explicado en su blog lo que es el estilo *vintage*?

—Berta. —¿Era preocupación lo que veía en los ojos de mi prima menor? —. ¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Por qué?

En cualquier caso, no me conmovió nada.

—Porque, no sé, pero me parece que te estás tomando demasiado en serio los cuernos de la L'amour.

—Sí —Ana le dio a Claudia, junto con el teléfono móvil, la razón—, y es raro, porque a ti todo te da igual con tal de que te dejen en paz, viendo esas antiguallas de películas que te gustan.

Ahí estaba esa sonrisilla. ¡Ohhhhhh! Juro que mi descuidada prima me caía mucho mejor antes de conocerle esa mueca.

—Chicas, ¿pasa algo?

Las tres fijamos toda nuestra atención en Trini y su séquito de adoradoras de la virilidad. Al parecer, sin darnos cuenta, nos habíamos convertido en el centro de atención de la reunión.

—¿Qué os ocurre últimamente? —comentó, con una sonrisa condescendiente, la sensata de los Tellado Ruiz—. Andáis a la gresca por el motivo más tonto.

En una situación normal su llamada de atención me habría hecho recapacitar, plantearme mi comportamiento y hasta sentirme avergonzada por él. Trini tenía ese don. Poseía la facultad de influir en la gente. Sería por ese talante, sobrio y maduro, que la hacía tener siempre lista la réplica apropiada. Pero, en ese momento... La verdad, costaba tomársela en serio cuando un pene de plástico le emergía de la cabeza.

—Voy al baño.

Me levanté, haciendo méritos para convertirme en la comidilla de todas tan pronto como me diese la vuelta. Lo cual me importó tanto como nada. Me alejé sin prestar atención a los cuchicheos que emergieron a mi espalda. Tenía otras cosas en las que pensar.

¿Nino? Pues sí. Seguía siendo él quien llenaba mi cabeza por completo. Me preocupaba cómo estaría llevando todo aquello. Imaginaba que el escándalo debía ser grande en Francia. El novio perfecto de la nación traicionando a la bella hija del primer ministro con una gordita de apariencia ridícula. El chisme era succulento, había que reconocerlo. También me dolía que hubiese tenido que verse en la primera plana de revistas y periódicos sensacionalistas. Sabía lo mucho que valoraba la privacidad y la tranquilidad del anonimato. No quería que se viese privado de ella. Y, menos, por mi culpa.

El pasillo que conducía a los baños me pareció un remanso de paz comparado con el alboroto que imperaba en el local. Allí la iluminación era la normal, la música se oía lejana y, por lo mismo, no suponía una tortura para los oídos. Aunque la pareja que vislumbé al final del corredor, junto a la puerta del aseo masculino, no debía opinar igual. A juzgar por la voracidad con la que se besaban y tocaban yo diría que los dos hombres veían ese sitio de un modo mucho más tórrido. Algo así como el escondite perfecto para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Tampoco era una idea descabellada. No había nadie ahí, aparte de ellos. Y de mí, que llegaba para aguarles la fiesta.

Debí haberme dado media vuelta para volver por donde había venido. Era lo justo. Esos dos necesitaban su momento de intimidad y habían llegado antes. Estaba claro quién sobraba. Pero cederles el espacio supondría regresar con el corrillo de mujeres sobreexcitadas que acababa de abandonar, y eso era algo a lo que no estaba dispuesta. Tenía que alejarme un rato, mojarme la cara con agua fría y volver a la realidad, que era donde me tocaba estar en ese momento. Por ello, haría todo lo posible para volverme invisible y pasaría junto al acalorado dúo como si fuera una leve brisita: rápida e invisible. Total, tampoco era la primera vez que me topaba con una pareja de apasionados amantes en plena acción. La última vez que me pasó acabé viajando a París sin proponérmelo.

Esta vez también me esperaba una sorpresa. ¡Y menuda!

Por segunda vez estuve a punto de caerme y, para colmo, ahora no contaba

con el apoyo de ningún sillón que me mantuviese a salvo del suelo.

Intenté no mirar. Juro que lo intenté. No tengo complejo de *voyeur*. Pero me costó trabajo apartar los ojos. Había algo extrañamente familiar en uno de los hombres. El más bajito, que, curiosamente, era el que arrinconaba al otro contra la pared. Dejando de lado que opinaba que estarían más cómodos si intercambiaban los papes, el sujeto pequeñito, con una curiosa pinta de adolescente viejuno, me parecía un poco...

—¿Juanma?

Volví a dejar que mi lengua campase a sus anchas, revelando más de lo que desearía. Si hubiese pasado al lado del par como la brisa que pretendía ser no habrían reparado en mí. Pero en vez de eso pequé de bocazas, dejando que mi voz me delatase.

La pareja se separó. Tenían los labios enrojecidos, a pesar de que ninguno usaba carmín.

—B-Be-Berrrrta —tartamudeó el pequeñín apasionado.

Se veía tan sorprendido como yo. Con el añadido de la actitud culpable de quien se sabe pillado con las manos en la masa.

—¡Ay, mi madre! —exclamé, cubriéndome la boca con ambas manos y acordándome, literalmente, de la que me trajo al mundo. Si pudiera ver a su recomendadísimo cirujano como lo estaba viendo yo, le daría un ataque. Digamos que, en la arcaica mentalidad de Manoli Tellado, lo que esos dos hombres estaban haciendo antes de que yo apareciese para meter la pata era un pecado de los más cochinos.

—Esto no es lo que parece.

Juanma soltó el clásico de los *in fraganti* para pasmo de su pareja. Noté que la aclaración del hombre que solo un segundo antes había estado a punto de dejarlo sin respiración —me refiero a un plano literal, del metafórico ya tendría que hablar él. Aunque, sinceramente, me cuesta creer que Juanma posea esa habilidad— no le sentó demasiado bien al más alto de los dos.

—No me tienes que explicar nada —rehusé, formando con los brazos una barrera para detener las justificaciones de quien mi madre quería como marido para mí—. De verdad, soy yo la que lo siente mucho. Muchísimo. —Cambié las tornas, adoptando el papel de única culpable de la situación—. No quería molestar. Yo... solo... iba al baño. Pero... En fin... Ya me voy.

Solté todo esto en plan metralleta, dejando que las palabras brotasen de mi boca sin pasar por el filtro de mi cerebro. Me di media vuelta, abandonando a

mi interlocutor con la prisa empujando mis pies. Si antes el aseo de señoras era el refugio al que acudir, ahora se había convertido en el sitio a evitar. Me urgía desaparecer cuanto antes.

—Berta, no. Espera, espera, espera...

Juanma corrió tras de mí y yo no entendí por qué su pareja no hacía lo propio con él. Solo para dejarle la impronta de su mano abierta en la mejilla. No era a mí a quien tenía que seguir ese idiota, ni mi opinión la que debiese preocuparle.

—Por favor —Me agarró la muñeca, sin dejarme más opción que detenerme—, deja que te lo explique.

—Es que no tienes que explicarme nada, Juanma. En serio. —Me di la vuelta para mirarlo—. Aunque no entiendo por qué aceptas que tu tía te arregle citas con mujeres cuando tienes otras preferencias. —Lamenté la irónica sonrisa que se me escapó.

El comentario no iba con maldad ni llevaba segundas intenciones. Simplemente quise decir lo que dije, que no comprendía lo ilógico de su jugada. Por lo demás, la vida amorosa de ese hombre me importaba tan poco como todo lo relacionado con él. Pero parecía empeñado en hacerme partícipe de ella.

—Ya, bueno... Es... complicado —lanzó una breve mirada por encima de su hombro, como si quisiera corroborar que *su complicación* seguía en el mismo lugar en el que la había dejado—, por eso quiero pedirte que me guardes... ya sabes... el secreto.

Juntó las palmas de las manos a la altura del pecho. Trayéndome a las mientes, con el gesto, al niño pecoso que aparece en las cajas de un preparado para flan casero. No me enterneció lo más mínimo. Ese mocosito siempre me dio la imagen de repelente. El novio de Juanma tampoco parecía mucho más predispuesto a dejarse conmovir por su cara más angelical. O eso supuse, por el modo en que lo vi mover los ojos.

—Mi familia está muy chapada a la antigua. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero —agregó por lo bajini, como recordándome que ese era un rasgo que ambos teníamos en común—. Si se enterasen... Tú ya sabes... ¡Uyyyy! —Su silbidito se quebró en una risa nerviosa.

—Claro —convine. Mi humor agriado en solidaridad con el amante al que estaba negando sin el menor disimulo. Como si hubiese olvidado que él estaba allí, viendo y oyendo todo a unos pocos metros de distancia. Juanma

se estaba confirmando a mis ojos como el peor novio de la historia—. Ya te digo que no es cosa mía. Puedes estar tranquilo, mis labios están sellados.

El niño de los flanes pasó de la oración a la celebración.

—Gracias, Bertita. —Lamenté haberme comprometido tan pronto a guardar silencio. Si volvía a llamarme así... No podía garantizar que cumpliera—. Muchas gracias.

—De nada —repliqué de mala gana, dándome la vuelta para esquivar la tentación de aconsejar a nuestro espectador que se buscara otro ligue. Seguro que no le costaba mucho encontrar algo mejor.

Me marché desentendiéndome del futuro sentimental de los amantes clandestinos que dejaba en el pasillo. Bastante tenía con el mío como para preocuparme del de los demás.

No regresé con las chicas. Me fui directamente a casa, despidiéndome de ellas a la francesa, que era lo que tocaba, teniendo en cuenta cuál era el origen de mis males. Necesitaba encontrar la manera de regresar cuanto antes. Tenía que hallar el camino de vuelta a Nino. Fuese como fuese.

## Capítulo 18

Hubieron de pasar otras dos noches antes de que pudiese regresar a París. La magia de los números surtió su efecto en una cifra que ya ni siquiera recuerdo. Lo mismo podría haber sido tres que trecientos. A esas alturas mi fe en la ventura numérica era inexistente. Había perdido, de un modo completamente voluntario, la cuenta de las veces consecutivas que llegué a calzarme y a descalzarme.

Para ser sincera, la cuenta no era lo único que había perdido. También la esperanza de que mis zapatos volviesen a funcionar alguna vez se había extinguido. Empezaba a pensar que, si quería regresar a París, tendría que pagarme un billete de avión, como todo hijo de vecino. Incluso había empezado a tantear precios en distintas compañías aéreas. De ahí que el milagro me pillase tan de sorpresa como la primera vez.

Contuve la respiración cuando el decorado de mi habitación cambió al de la recepción de un hotel que conocía bien. El desconcierto ralentizó mi reacción algunos segundos, pero, para cuando volví a ser dueña de la situación, eché a correr con la habilidad adquirida a base de práctica. Iba vestida de la Berta de diario. No me tomé la molestia de acicalarme para la ocasión. Todo aquel rollo de personaje de película había dejado de tener importancia. La que estaba allí, en ese momento, era simplemente yo. Una «yo» consumida por la angustia.

Pensé que me sentiría tranquila; que, al volver a ponerse en marcha esa dinámica de Cenicienta a ratos, la inquietud que me estrangulaba desde mi desaparición de La Cuisin de Pierre desaparecería. Pero me equivoqué. La sensación de estar en vilo no solo no mermó, sino que se acrecentó. Cada segundo tenía un valor incalculable para mí.

Me aterrorizaba volver a desaparecer,irme antes de poder encontrarme con

Nino. Por ello, en lugar de dejar que las cosas fluyesen a su ritmo, como había hecho hasta entonces, sabiendo que mis pasos, por si solos, me conducirían a él, busqué apresurar el encuentro.

Corrí a la puerta que daba al jardín trasero. El mismo jardín que había sido escenario de la mayoría de nuestros encuentros. Tenía que estar allí. Estaba convencida de que lo encontraría allí. Sin embargo, los cálculos me fallaron, y, a mitad del pasillo, me quedé clavada al suelo. Observando la espalda de Nino, que aparecía en mi campo de visión un poco antes de lo que había esperado que lo hiciera.

Suspiré, aliviada solo a medias, y murmuré su nombre siguiendo esa costumbre de hablar involuntariamente que se había adueñado de mí en los últimos días. Él, que miraba las oscuridades del jardín a través del cristal de la puerta, se giró al oírme. Sus ojos, la única parte de su rostro que quedaba libre de la bufanda con la que se cubría nariz y boca, brillaron de un modo en el que identifiqué la misma clase de alivio que yo estaba experimentando.

—Berta.

Pronunció mi nombre en un volumen aún más bajo que el que usé yo al decir el suyo. Se apartó de la puerta y dos zancadas le bastaron para salvar la distancia que nos separaba y encerrarme en sus brazos. La agradable fuerza de su abrazo, que me estampó contra su pecho como si quisiera fundir mi cuerpo con el suyo, proporcionó a mi ánimo el descanso que ni siquiera el milagro de volver a él me había dado. Me recliné contra su cuerpo, apoyando la mejilla en su pecho con aquella sensación de familiaridad, de estar en casa, que ese hombre conseguía despertar en mí.

—Berta... ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Te haces una idea de lo preocupado que he estado por ti?

El descanso me duró poco. El tiempo que tardó Nino en tomarme de los hombros, obligándome a retirarme para mirarlo a los ojos. La emoción que vi reflejada en sus pupilas doradas no era enfado, pero se le parecía bastante, eso sí.

—¡Uy! Demasiadas preguntas juntas, ¿no crees? —traté de bromear para escapar de su mirada severa. Era lo único que podía hacer—. ¿Cuál era la primera?

—No tiene gracia —su opinión me quedó clara en la fuerza con la que sus dedos se cerraron alrededor de mis hombros. Supe que, en esa ocasión, los chascarrillos no me ayudarían a distraer su atención—, he puesto la ciudad

patas arriba, buscándote. Y no ha servido de nada. Ha sido como si hubieses desaparecido en el aire.

Demasiado fuerte. Estaba hablando a un volumen demasiado fuerte. La escena, en sí misma, lo era. Miré a mi alrededor, nerviosa como pocas veces en mi vida lo había estado, temiendo que nos hubiéramos convertido en el centro de atención de los presentes, que, por suerte, eran solo un trío de ancianas sentadas en la recepción. Al principio —o al final, dependiendo desde qué extremo se mirase— del pasillo. Las mujeres estaban inclinadas hacia delante en sus asientos, buscando una mejor panorámica de nosotros.

—¿Qué te pasa? —Me apresuré a recolocarle la bufanda, que se resbalaba por su nariz dejando al descubierto algo más que sus ojos. Por primera vez era yo quien mostraba un interés desmedido en preservar su anonimato—. ¿Es que quieres volver a ocupar las primeras planas? ¿Es eso?

Mi desvelo por su privacidad provocó un cambio en su actitud. La presión que sus dedos ejercían sobre mí se relajó y me miró de una manera que no sabría si definir como culpabilidad o lástima.

—¿Qué tal... lo estás llevando? —inquirió con las maneras y el humor de vuelta a su habitual dulzura—. Debe ser extraño ver tu foto en las revistas.

—Pues no es que esté muy acostumbrada a ello, la verdad.

Sin previo aviso me encontré otra vez estampada contra su pecho. No es que me molestase, todo lo contrario. Pero la actitud protectora del gesto me hizo temer lo peor. Involuntariamente me tensé.

—Lo siento —murmuró muy cerca de mi oreja, dejando que las palabras cayesen en mi oído—. Siento mucho que te hayas visto envuelta en esta locura. Que hayas tenido que leer y escuchar todos esos horribles comentarios.

Confirmé que el ser humano tiene un instinto infalible para anticipar la desgracia. La reacción de mi cuerpo no fue en vano. Así que «horribles comentarios», ¿eh? Vale, por lo visto mis primas no habían sido las únicas en cebarse con la acompañante del supuesto novio de madeimoselle L'amour. En fin, tampoco puedo decir que las críticas me pillasen por sorpresa. Entraban dentro de la reacción previsible. No resultaba novedoso. Aterrorador sí, pero no novedoso.

Las rodillas empezaron a temblarme.

—Pero, Berta —Nino me apartó otra vez, solo un poco, lo justo para poder verme a los ojos—, hay algo que no dejo de preguntarme. Algo... que no

consigo entender. —Hizo una pausa, observándome con una intensidad abrumadora. Mi cuerpo volvió a reaccionar al peligro inminente—. Tú estabas allí, a mi lado, sujetando mi mano. Y, de repente... simplemente desapareciste.

Debí responder con una risotada. O con cualquier otro gesto que resaltase lo absurdo que era lo que acababa de decir.

Desaparecer. ¡Ja! ¿Quién podría, simplemente, desaparecer?

Ese, ese era el argumento, lógico, racional e indiscutible, al que debería haberme agarrado con uñas y dientes. Pero, en lugar de tomar la salida, fácil y rápida, que me proporcionaba la mentira, me quedé congelada. Presa de una seriedad en las antípodas de la burla.

—Berta —Él notó mi debilidad y no mostró reparo alguno en usarla en su favor. ¡El muy capullo! ¿Quién iba a pensar que era tan artero, con la pinta de buen chico que tenía?—. Sea lo que sea lo que está pasando, sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

Cogió mi cara entre sus manos a sabiendas de que mis defensas estaban bajo mínimos, buscando terminar de desarmarme con el gesto. Pero yo no era tan débil como él imaginaba. Mi cabeza negó vigorosamente, provocando que las palmas de sus manos friccionesen mis mejillas.

—No, no puedo.

—Claro que puedes. ¿Es que aún no te has dado cuenta de lo que significas para mí?

Seguí negando. No porque no tuviese claro cuáles eran sus sentimientos. Extrañamente, y aunque creer que alguien como Nino Fabre pudiese sentirse atraído por una mujer como yo era algo que ni mi ego ni mi lógica me permitirían en circunstancias normales, desde el inicio de esa locura había sabido que había un lazo muy fuerte entre nosotros, una conexión especial. Una unión que él también sentía. No, mi negativa no tenía nada que ver con la duda. Era la reacción a su sugerencia de hacerle partícipe de mi secreto. No importaba la seguridad que me ofreciese Nino, lo mucho que significase para mí, o yo para él. La verdad sobre mí era algo que ni siquiera él podía saber.

Qué digo ni siquiera. Especialmente, sería un término mucho más apropiado. De todos los millones de habitantes del mundo, él era el único que no quería que me tomase por loca.

Me mostré tozuda y él suspiró, dejándome entrever las trazas de su encomiable paciencia.

—Ven conmigo —pidió sin darme la opción de rehusar.

Su mano se aferró a la mía para conducirme a la puerta. No la que daba al jardín, sino la otra, la principal. La que llevaba a la calle. Un gesto que me resultaba traumáticamente familiar.

Preso del pánico me deje guiar dócilmente. Era lo único que podía hacer, el miedo anulaba mi capacidad de reacción. El único pensamiento que había en mi mente era el que formulaba una plegaria para rogar que, esta vez, no hubiese ningún fotógrafo cerca.

En principio, Jean Claude se mostró reticente a colaborar. Y yo agradecí en el alma un exceso de responsabilidad que estaba segura que, a la larga, haría que ese hombre sufriera del corazón. Sin embargo, contra todo pronóstico, al final el guardaespaldas terminó cediendo a dejar que ese adulto, al que velaba como si de un retoño se tratase, cogiese el coche para moverse a su libre albedrío por la ciudad. Liberándolo de la escolta que usualmente no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

Otro que no estaba dispuesto a hacerme las cosas fáciles. ¿Por qué habría tenido que elegir Jean Claude esa noche, precisamente, para tener uno de los inusuales momentos en los que se permitía bajar la guardia? Desde luego, no exagero si digo que no estaba en mi mejor racha en lo que a la suerte se refería. Los astros parecían alineados en mi contra y, además, se les notaba que estaban disfrutando enormemente viendo desde las alturas los aprietos en los que me estaban poniendo.

—¿Dónde vamos? —Me animé a preguntar, tras haber permanecido en silencio desde que abandonamos el aparcamiento del hotel, cuando París, sus luces y su incesante algarabía quedaron atrás. Desde hacía un buen rato kilómetros de campo desfilaban a uno y otro lado de la autopista por la que circulábamos.

Nino cambió la marcha a una más lenta, permitiendo la incorporación de otro vehículo a la vía, antes de contestar.

—Sé que crees que no puedes confiar en mí.

Me encogí en el asiento del copiloto. No me había dado la respuesta que quería. Por el contrario, me reconducía a un tema que era un callejón sin salida. ¿Quién iba a decirme, solo un mes antes, que lo que comenzó como un juego se convertiría en una tortura? La mentira, la imposibilidad de

mostrarme ante él sin el barniz de mi personaje, me estaba destrozando.

A mi derecha un cartel que anunciaba la llegada a Flavigny-sur-Ozerain pasó como una exhalación, quedando rápidamente relegado en la distancia que el coche dejaba tras sus ruedas.

—No es que no quiera confiar; es que no puedo hacerlo.

—Sé cómo te sientes.

—¿Apostamos?

— Es algo que vengo sufriendo desde los dieciocho años.

Una vieja muralla surgió de la oscuridad que inundaba el camino. Los faros iluminaron una puerta, abierta en medio, que el coche atravesó para acceder al pueblecito que custodiaba la fortificación.

—Una chica con la que salí un par de veces, alguien que ocupó el asiento junto al mío en un avión o incluso un viejo amigo del colegio —siguió diciendo Nino mientras yo observaba el entramado de callejuelas por las que guiaba el coche—. No importa quién sea la persona que tengo delante, mi primer pensamiento con respecto a ella es siempre el mismo: ¿Puedo confiar?

Apartó la vista de la carretera y giró la cabeza para mirarme. Un segundo, nada más. Pero con un brillo apagado en la mirada que me resultó infinitamente triste.

—Me da miedo encender la televisión y encontrar algún rostro conocido sentado en un programa de cotilleos hablando de lo mal estudiante que era, de que fui maleducado cuando me pidió un autógrafo o hasta de mis gustos sexuales.

Sus palabras despertaron en mí una ternura que me impulsó a querer abrazarle. Empezaba a hacerme cargo de las muchas sombras que rodaban la aparentemente luminosa vida de ese chico. Lo solo que debía sentirse viviendo entre tanta gente que no buscaba más que sacar tajada de su fama o, lo que era lo mismo, de él.

El abrazo que me nacía me pareció un gesto excesivo, teniendo en cuenta dónde nos encontrábamos, dentro de un coche conducido por el destinatario del gesto. Por ello, con el fin de evitar un accidente, decidí cambiar la prueba de afecto por un apretón de manos. Alargué un brazo, buscando a tientas la mano con la que Nino sujetaba la palanca de cambios.

—Llegamos —anunció cuando casi rozaba sus nudillos, consiguiendo que devolviese la mano a mi regazo. Disimulando, intentando ocultar lo que había estado a punto de hacer como si se tratase de algo malo. Un gesto de

debilidad que necesitaba camuflar.

Era raro. Esa noche no me sentía como yo misma ni, tampoco, como la Berta que interpretaba para él. Esa noche, sencillamente, me encontraba tremendamente desubicada. Fuera de lugar.

Aparcó a un lado de una estrecha calle bordeada a derecha e izquierda por casitas de dos plantas. Típica estampa del clásico pueblecito europeo, pequeño y encantador al más puro estilo película de Disney. Tan distinto en forma, e igual en esencia, a los de mi Sevilla natal.

Miré por la ventana, observando la fachada del hogar frente al que Nino había detenido el coche. Las paredes, más que de ladrillos, parecía hechas de hierba. Estaban completamente engullidas por una maleza que se abría paso para dejar hueco a las ventanas y la puerta principal. Era un edificio muy hermoso, casi irreal. Una vivienda sencilla, humilde. Lejos de cualquier tipo de lujo u ostentación, pero colmada de encanto y calidez. Una casita de cuento.

No me di cuenta de que Nino había bajado del coche hasta que no lo vi aparecer al otro lado del cristal de la ventana, abriendo mi puerta para que también yo saliese.

—Gracias —murmuré, abandonando el confortable calorcillo del interior para enfrentar el cortante frío que reinaba en la calle.

De no ser porque él me incitó a hacerlo no habría salido del coche. A fin de cuentas ni siquiera sabía, aún, qué estaba haciendo en ese lugar.

Nino dejó que la puerta cayese a mi espalda y me escoltó hasta la entrada de la casita de Hansel y Gretel. Intenté seguirle, pero, aunque la distancia entre el coche y la vivienda era poca, salvarla se me hizo complicado. El tortuoso adoquinado que cubría el suelo, unido a la longitud de mis tacones, convertían cada paso en una proeza. Miré hacia abajo, donde los zapatos que vestía ya no brillaban como acostumbraban a hacerlo, y una mano grande y masculina llenó por completo mi campo de visión.

Levanté la cabeza, encontrándome con la dorada mirada del hombre que me había llevado allí.

—Tranquila, no voy a pedirte que te los quites —bromeó en respuesta a mi interrogativa mirada—. Sujétate, no quiero que tengan que darte puntos en la rodilla otra vez.

Viendo que mi capacidad de reacción estaba considerablemente mermada, bajó el brazo para agarrar una de las manos que caían, cada una a un costado

de mi cuerpo, y tiró de mí. Con él como apoyo logré llegar a la puerta sin que nada más que las plantas de mis pies tocasen el suelo.

Nino presionó un timbre que, sorprendentemente, era perfectamente visible entre tanta hoja.

—Todavía no me has dicho qué hemos venido a hacer aquí —le recordé, sin explicarme por qué me sentía tan súbitamente nerviosa.

Él, sin soltar mi mano ni apartar la vista de la puerta aún cerrada, sonrió, fundiendo su timidez habitual con una expresión que destilaba misterio.

—Todo a su tiempo.

No me gustó la respuesta. No resultaba nada tranquilizadora. Y eso era lo que necesitaba en ese momento, que me ayudase a calmar el manojito de nervios en el que me estaba convirtiendo.

—¿Cómo que todo a su tiempo? ¿Eso no es...?

El sonido del pestillo me acalló, sustituyendo las palabras por una mirada que se clavó en el portón, que se abría dejando entrever una porción cada vez mayor del interior de la casa.

—¡Oh!

Un rostro de mujer, maduro y pálido, me examinó de la cabeza a los pies cuando la madera dejó de ser un obstáculo entre nosotras. La tensión de todos los músculos que componían mi anatomía se multiplicó.

—¡Nino! —exclamó la que me sometía a estudio cuando sus ojos dejaron de recorrerme y pasaron a posarse sobre mi compañero.

Dando un paso adelante, la mujer echó los brazos al cuello del muchacho al que tan efusivamente acababa de nombrar. Fundiéndose con él en un abrazo.

—Hola, mamá.

¡¿Mamá?!

Esa sencilla palabra sirvió para descubrirme la identidad de la señora y, de paso, terminar de empujarme al borde del ataque de nervios. Tensé el cuello, tanto que llegué a temer que se me quebrase si el viento empezaba a soplar más de la cuenta.

—¿Llegamos en mal momento? ¿Ya te habías acostado?

Las palabras de Nino sonaron aderezadas con el ruidoso muack de los besos que, como si se tratase de un colegial, su madre depositó en cada una de sus mejillas.

—Tú nunca llegas en mal momento —aclaró ella, separándose de su hijo

para mirarme de un modo que, pese a no guardar mucha semejanza con él, dejaba a las claras la relación que los unía. Ahora sabía de dónde había sacado Nino ese aire irresistiblemente tímido—. Aunque debiste avisarme si ibas a traer compañía. —Se ajustó el cinturón de la bata que vestía a juego con las zapatillas de andar por casa—. Mírame, menuda primera impresión se va llevar tu amiga.

Abrí la boca con toda la intención de replicar lo estupenda que estaba y lo mucho que me gustaba su atuendo. Algo que habría hecho, por quedar bien, aun siendo mentira. Pero que, ánimos de agradar aparte, verdaderamente pensaba. Sin embargo, su hijo se me adelantó, arrebatándome el turno de palabra.

—Mamá, te presento a Berta Velasco. —Ofició la presentación con aquella formalidad que me resultaba más propia de la ficción que de la vida real—. Berta, ella es Maïté Fabre, mi madre.

No supe qué responder. Que esa desconocida fuese la madre de Nino la convertía en alguien importante para mí, pese a no saber de ella más que su nombre. Alguien con quien deseaba congraciarme a toda costa. Por suerte para mí, Maïté se mostró mucho más desenvuelta que yo, salvando la situación con su naturalidad.

—Dame un beso, querida —dijo, lanzándose a mis brazos como se había lanzado antes a los de su hijo—. No sabes las ganas que tenía de conocerte. —Me plantó uno de esos besos que sonaban ¡muack! en cada mejilla—. Nino me ha hablado mucho de ti.

¿Ah, sí? ¿Y qué le había dicho? ¿Que había una loca, con una facilidad asombrosa para dar con él, que no dejaba de atosigarlo? O, por el contrario, ¿tendría la versión de la mujer a la que invitó a cenar y que desapareció como si se hubiese volatilizado en el aire?

Honestamente, no sabía cuál de las dos prefería que hubiese puesto en conocimiento de su madre.

Intenté sonreír. Pero yo diría que no pasó de ahí; un mero intento. De nuevo recayó en Maïté la tarea de aligerar la tensión.

—No os quedéis ahí fuera. Está helando. —Me echó un brazo sobre los hombros, conduciéndome al interior de la casa de igual modo que Nino me había llevado hasta el rellano—. Menos mal que la primavera está a la vuelta de la esquina, este invierno está siendo demasiado largo. Debe ser cosa de la vejez, pero, con cada año que pasa, los meses de frío me resultan más

interminables. Os prepararé algo calentito. ¿Habéis cenado ya?

Mi anfitriona siguió hablando mientras me guiaba al salón. Esmerándose, de palabra y de acción, en hacerme sentir como en casa. Miré por encima de mi hombro buscando al muchacho que, tras cerrar la puerta, nos seguía de cerca sin intervenir en la conversación. O, mejor dicho, en el monólogo de su madre pues, en realidad, Maïté era la única que hablaba. Nino me sonrió de un modo que no supe comprender. Seguía sin saber para qué me había llevado allí.

## Capítulo 19

Era de madrugada cuando Maïté nos permitió marchar. Cediendo solo después de que su hijo dijese que tenía que presentarse a rodar a primera hora de la mañana y, si no salíamos ya, no podríamos estar de vuelta en París a tiempo para cumplir con su horario. Me sorprendió la normalidad con la que hizo el comentario. Como si hablase de ir a la oficina, al hospital, al colegio, a cualquiera de esos lugares ordinarios en los que se desarrollan profesiones corrientes en vez de esa que yo tenía tan mitificada. Creo que aún no terminaba de asimilar quién era él y a qué se dedicaba.

La madre del ídolo de Francia encajaba a la perfección con el prototipo de perfecta progenitora que aparecería en una de sus películas. Maïté era afectuosa, charlatana y, también, bastante metiche, todo hay que decirlo. Durante las horas que pasé en su sala de estar no dejó de bombardearme a preguntas. Unas sobre mi familia, otras sobre mis estudios, algunas sobre mi trabajo y en medio del interrogatorio hubo lugar hasta para colar cuestiones de índole sentimental. Como si quisiera hacerse una idea lo más precisa posible de quién era yo antes de que saliera de su casa.

No me tomé a mal el tercer grado. Es normal, o eso imagino, ya que no tengo hijos, que cuando tu niño se presenta en casa agarrado a la mano de una desconocida tu instinto detectivesco se desate. Por lo demás, el trato que madame Fabre me dispensó fue no solo correcto, sino afectuoso.

Maïté era una mujer verdaderamente encantadora. Por eso rezaba para que, en contrapartida por haberme presentado a su madre, Nino no fuese a decirme que quería conocer a la mía. Teniendo en casa semejante ejemplo de dulzura materna temía que fuese a quedar traumatizado si lo ponía delante de la hidra que me dio la vida.

—Le gustas. —Su voz me sobresaltó, casi como si me hubiese despertado

de un sueño en el que no estaba sumida—. Mi madre no comparte sus caramelos con cualquiera.

Me di cuenta de que no le había quitado ojo al paquetito de caramelos de anís, tan típicos de la localidad de Falvigny, en todo el camino. Maïté me los dio al despedirnos, aseverando que estaba segura de que los disfrutaría, ya que no parecía ser una de esas «famélicas mujeres del cine». Lo más fácil habría sido tomarse a mal la evidente alusión a mis redondeces, pero el cumplido que encerraba la frase era lo bastante claro para que no me ofendiese. La señora Fabre parecía contenta, casi agradecida, de que la amiga que su hijo le había llevado a casa fuera una mujer normal, de esas que saben disfrutar de un dulce sin preocuparse más de lo estrictamente necesario por el número de calorías que está ingiriendo, en vez de una de las bellezas de revista de las que, por su profesión, Nino estaba rodeado.

Aparté la vista de los caramelos y la posé en el hijo de la mujer, tan amable y campechana, que me los había dado. Su perfil dibujaba una sonrisa cálida. Era la primera vez que lo veía tan relajado.

—¿Por qué me has llevado a tu casa?

Mi pregunta tensó su expresión. Pero solo un poco. Casi nada, si lo comparaba con el Nino al que estaba acostumbrada. El que usaba sudaderas con capuchas y bufandas para camuflarse entre los demás y tenía mesa continuamente reservada en el rincón más discreto de La Cuisine de Pierre.

—¿Ha sido incómodo para ti?

Pues un poco, para qué mentir.

No era que no supiese valorar el gesto. Había algo tierno y sumamente formal en todo eso de querer que conociese a su madre. Como si deseara exponer a las claras que no estaba jugando. Por si acaso aún no me había percatado de lo en serio que Nino Fabre se tomaba sus relaciones personales y todo lo que tuviese que ver con su vida privada.

Por otro lado, no negaré que le habría estado muy agradecida si hubiese tenido la delicadeza de ponerme al corriente de sus planes antes de ejecutarlos. De esa forma podría haberme preparado no solo mental, también físicamente. El dispar atuendo de jersey, vaqueros y zapatos de finísimo tacón y pedrería que lucía esa noche resultaba de lo más peculiar. Decididamente, no era lo que me hubiese puesto para visitar a alguien a quien deseaba causar buena impresión.

—No es eso —negué, evitándole las explicaciones—, lo que sucede es...

que... aún no lo entiendo.

Me costó expresarlo en voz alta. Sabía que él buscaba comprensión. Que necesitaba que alguien —que yo— fuese capaz de ver más allá de lo aparente para llegar a quien realmente era el hombre que se escondía tras el actor. Pero, aunque empezaba a asomarme detrás del telón con el que separaba su vida de la función que representaba para el público, aún me era difícil anticipar cómo se sentía exactamente. Sabía que había algo más tras la improvisada escapada nocturna a Flavigny-sur-Ozerain. Que no era solo el deseo de que conociese a su madre lo que nos había llevado hasta allí. Que pretendía mostrarme algo. Era plenamente consciente de todo eso. Lo que se me escapaba era el qué.

Mi dificultad para conectar con Nino me frustraba. Me habría gustado ser capaz de interpretar hasta el más ligero de sus pestaños. Pero no podía, y sincerarme me pareció la mejor opción. Por eso le confesé mi incapacidad para asimilar lo que me había hecho hacer esa noche. Le ofrecí la verdad, ya que mis oportunidades de ser honesta con él eran escasas.

Al contrario que yo, él pareció comprender mis sentimientos sin necesidad de que se los explicase.

—Ya te he dicho que no me caracterizo por ser alguien que se fía fácilmente de los demás —me recordó sin apartar la vista de la carretera—. La confianza me ha llevado a terminar envuelto en demasiados escándalos. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar hablando—. ¿Sabes qué es lo peor de los rumores?

—No —confesé con un hilo de voz, dando nuevas muestras de mi falta de conexión con él.

—Ni siquiera se trata de que la mayoría de ellos sean falsos. Lo peor es que siempre resultan dolorosamente injustos.

Me miró por el rabillo del ojo, espiando mi reacción. Me di cuenta de que lo hizo, él se dio cuenta de que yo me había dado cuenta y su característica sonrisa tímida se reavivó en sus labios.

—Tenía dieciocho años cuando la fama me cayó encima. No fue fácil lidiar con ella. —Negó con la cabeza, como si desaprobase algo—. Era demasiado joven y me movía en un medio completamente nuevo para mí. No estaba acostumbrado a tener tantos ojos observándome. —Suspiró largamente y yo guardé silencio, tomando voluntariamente el papel de oyente con la seguridad de que vaciarse de todo aquello le hacía bien—. Mi madre fue

quien lo pasó peor. Ya sabes, hay ciertas cosas que una madre nunca está preparada para oír sobre su hijo. Aunque sean mentira. La consecuencia de todo aquello fue que terminé volviéndome muy celoso de mi intimidad.

Guio el coche hasta una gasolinera que emergió en uno de los kilómetros de la solitaria autovía. Condujo hasta ella y se detuvo frente a la máquina de autolavado. Para eliminar evidencias, supuse. Las salpicaduras de barro en el parachoques eran una prueba de nuestra escapada. Escapada que habíamos hecho a espaldas de la siempre controladora Clothilde. Por eso era mejor que ella no se enterase.

—Compré la casa de Flavigny porque el sitio es lo bastante tranquilo para que nadie se preocupe de un forastero que acude a visitar a su madre de tanto en tanto, y está lo bastante cerca de París para permitirme escaparme cuando estoy rodando en la ciudad, que es la mayor parte del tiempo. Esa casa es mi hogar, el lugar que garantiza la tranquilidad de mi madre. Por eso no suelo llevar a nadie allí.

Vale. Por fin lo pillaba. Una prueba de confianza. Se trataba de eso, ¿no es así? Me había dado acceso a su intimidad, esa que guardaba como secreto de estado, para demostrarme lo mucho que se fiaba de mí.

Buena táctica. Lástima que no fuese a surtir efecto. No conmigo.

A ver, ¿qué parte de «no es que no quiera confiar en ti, es que no puedo» no había entendido?

El miedo se me escapó del pecho en forma de suspiro. O una parte muy pequeña, casi ínfima, de él. Porque, aún después de vaciarme de aire, aquella angustia se quedó dentro. Aferrada a mi alma con uñas de gata.

—Berta —Nino se colocó de lado en el asiento, mirándome fijamente a los ojos, lo que agravó mi ya de por sí descontrolado desasosiego—, desde el principio he sabido que escondías algo. Tu habilidad para saber siempre dónde encontrarme, para colarte en el rodaje... —sonrió vagamente—, bueno, resulta un poco sospechosa, admítelo. También sé que no te alojas en el hotel. Cloth lo comprobó y no hay nadie registrado bajo el nombre de Berta Velasco.

Alargó los brazos para tomar mi cara entre sus manos. No reparé en que había empezado a llorar hasta que noté la humedad de mis lágrimas en sus palmas.

—Sé que tienes miedo de contarme la verdad. —Me acarició las mejillas con las yemas de los pulgares, describiendo sobre mi piel círculos lentos que

habrían tenido un efecto calmante de no ser porque no había nada en el mundo que pudiese relajarme. Estaba aterrada. Puede que de mi inmovilidad se interpretase lo contrario. Pero que nadie se lleve a engaños, lo que pasaba era que el pavor me tenía paralizada.

Nunca debí ponerme esos condenados zapatos. No si las cosas iban a acabar así. ¡Y desde el principio estuvo cantando cuál iba a ser el final! Un juego deja de serlo cuando los sentimientos se cuelan en medio. Cuando eso pasa... se convierte en un drama.

¿Por qué no lo paré a tiempo?

—Pero quiero que sepas que, sea cual sea esa verdad, yo ya he decidido estar de tu lado. Aunque necesito saber qué escondes. No quiero secretos ni mentiras entre nosotros. No es así como me gusta llevar mis relaciones personales. Quiero que tú también confíes en mí.

Otro suspiro. En esta ocasión acompañé el pequeño huracán con un terremoto que, materializado en la mano que alcé hasta mi frente, me despeinó el flequillo.

—Vamos, Berta —Nino rio, paciente y comprensivo como de habitual. Por primera vez deseé que se pareciese un poco a los hombres que había conocido a lo largo de mi vida y no al héroe de una estúpida película romántica—. Tu historia no puede ser tan difícil de contar. ¿O es que acaso eres un alienígena que ha venido a la tierra a experimentar con la raza humana?

—No, un alien no —farfullé, pensando para mis adentros que eso no significaba que mi historia fuese más verosímil que el disparate que él acababa de sugerir.

Guardé silencio, sin atreverme a decir nada más. Por muy determinado a ponerse de mi parte que dijese estar el cuento de los zapatos era demasiado. Lo era hasta para mí, que ya me había repuesto del shock inicial y estaba acostumbrada a ellos.

Nino siguió mirándome unos segundos más. Después cerró los ojos y dejó que su cara descendiese lentamente hasta la mía. Le imité, ocultándome tras los párpados en el anticipo de un beso del que no me sentía merecedora, pero que necesitaba como el aire que llenaba mis pulmones de oxígeno. Aguardé el roce de sus labios como bálsamo para una herida que seguiría sin curar cuando su beso terminase. Aquello no era un maldito cuento de hadas. Bueno... técnicamente, no lo era. Se trataba de la vida real y, en la vida real,

los besos no solucionan nada. Como mucho, sirven para sellar la paz tras una discusión.

Aun con los ojos cerrados lo noté. Un cambio en el ambiente que erizó hasta el último vello de mi cuerpo. Había pasado. Había vuelto a pasar. Lo sabía. Lo supe aun antes de alzar los párpados y toparme de lleno con el flexo que, desde la mesilla de noche, me devolvía la mirada con su cegadora bombilla encendida. Erguido y orgulloso de la luz que irradiaba.

—¡No! —grité sin reparar en la hora que era ni que me importase lo más mínimo despertar a los vecinos—. No, no, no... No.

No sé por qué me lo tomé tan mal, si ya sabía lo que había pasado antes de enfrentarme a ello.

Me levanté de mi cama, que había sustituido al asiento del coche de Nino bajo mis posaderas. Los caramelos de anís cayeron al suelo, desparramándose en la alfombra.

Y ahora qué. ¿Qué iba a contarle a Nino? ¿Cómo iba a explicarle lo que acababa de pasar? Suponiendo que pudiese regresar a su lado, claro. A esas alturas del partido ya tenía más que claro que había entrado en tiempo de descuento. No podría seguir representado el papel de la heredera de vacaciones en París durante mucho más. Puede que nunca más.

Miré hacia abajo, a mis pies, donde el brillo de los zapatos se había apagado otro poco. Ya casi eran opacos.

No me percaté del momento en que la puerta se abrió. Solo de que, de pronto, la cabeza de mi madre, solo la cabeza, se asomaba a mi habitación. Traía cara de susto y ojos de estar medio dormida. Seguramente mis gritos la habían despertado, arrancándola de la cama para correr a averiguar qué era lo que me había hecho prorrumpir en alaridos en mitad de la madrugada. Una reacción lógica. Por una vez, la comprendí. Lo que me dejó descolocada fue su reacción.

Me miró. Solo eso. De la cabeza a los pies, muy exhaustivamente. Como si me estuviese escaneando a la búsqueda de encontrar qué puñetas era lo que andaba mal conmigo. Pero sin soltar una palabra. Luego sacó la cabeza de la rendija que le permitía irrumpir en mi cuarto, cerró la puerta y volvió a la cama. Eso supuse, porque de lo que hizo después ya no tengo evidencia ni me molesté en comprobar si me equivocaba o no. Toda mi atención volvía a estar puesta, de un modo desesperado, en la improbabilidad mágica de los números.

Una, dos, tres, cuatro, cinco... cincuenta, sesenta...

Mi madre no dijo nada esa noche pero, a la mañana siguiente, las cosas cambiaron. Tras unas horas de sueño y meditación Manoli Tellado llegó al desayuno con una decisión en firme.

Me puso delante un plato con un par de tostadas, tan calentitas que la mantequilla untada en ellas se había derretido, adquiriendo una apariencia aceitosa. Lo más llamativo no fue el gesto, pese a que no recordaba que mi madre me hubiese preparado el desayuno desde que empecé la primaria, sino el rectángulo de cartulina azulada que asomaba en un pico del plato, casi oculto bajo una de las rebanadas, como un manjar más.

En lugar de lanzarme a por el pan me fui por le único elemento no comestible del plato.

—Es la tarjeta de visita del doctor Gallardo —dijo ella al verme con el papel en la mano.

Estaba apoyada en el filo de la encimera y me miraba desde el otro lado de una taza de humeante café. De no ser porque me lo aclaró yo nunca habría adivinado qué era lo que tenía en la mano. Tras el sofocón y la noche en vela las letras me bailaban ante los ojos y me costó unir las en sílabas que, al juntarse, tuviesen sentido.

—Me lo han recomendado en el hospital. Es el mejor en su especialidad.

¿Especialidad? ¿Cuál especialidad?

Acaso... ¿fertilidad?! ¿Ya estábamos otra vez con el temita de la edad, los hijos y el arroz pasado? ¡Menuda cruz!

Mi hermano era solo dos años menor que yo. ¿Por qué a él no lo taladraba con el asunto de los nietos como a mí? ¿Era porque había tenido el tino de largarse a Alemania? ¿O, quizás, se debía a que era hombre?

—Mamá, lo siento, pero la verdad es que en mis planes no entra tener hijos con Pepe —aseveré con una desgana que nacía del cansancio, no de mi falta de resolución, recordando a su último candidato para esposo mío y padre de mis retoños—. En cuanto a Juanma... Bueno, te aseguro que está tan poco predispuesto a tener hijos conmigo como yo a tenerlos con él —concluí, manejando crípticamente la información clasificada que poseía sobre el cirujano partidazo y que jamás nadie conocería por mi boca.

Ella dio un largo sorbo a su taza antes de responder.

—No es ginecólogo; es psicólogo.

Por suerte aún no había dado el primer mordisco a la tostada recién cogida de mi plato. Se me habría atragantado, seguro.

—No voy a ir a ver a ningún loquero.

Mi poca predisposición a hacer una vista al reputado doctor Gallardo debió ser evidente, porque mi madre abandonó la taza a un lado de la encimera y se lanzó a la silla que había frente a la mía. Moviéndose a una velocidad excesiva.

—Berta —me agarró las manos, sorprendiéndome más que si Reth Butler se hubiese dado media vuelta, al final de *Lo que el viento se llevó*, para consolar a Escarlata O'hara. En mi mente era más probable que los personajes de una película ya grabada cambiasen su actitud a que lo hiciera ella—, creo que necesitas ayuda.

Habría sido más sencillo si sonase autoritaria y gruñona, como siempre. Pero no. Esta vez lo único que su actitud dejaba entrever era preocupación. Una preocupación tan grande que desbordaba su menudo cuerpo.

—No estoy loca, mamá —reiteré.

Una reiteración considerablemente más débil que la versión original. La sombra de ese lado maternal, que rara vez mostraba, me desarmaba.

No era justo.

—No estás loca —el golpe en la mesa, con toda la palma de la mano abierta, trajo de vuelta a su antiguo yo, que, como en una reacción en cadena, arrastró consigo a mi nuevo yo. Ese que mostraba visos de trémula rebeldía —, pero te pasas las noches encerrada en tu habitación, abriendo y cerrando puertas, subida a los tacones de tu abuela y disfrazada de señorita Pepis.

Me alegré de su cambio de actitud. Así se igualaban las tornas. Se normalizaban, al menos. ¡Al diablo con el sentimiento de culpa!

—¿Me quieres explicar cómo puedo interpretar todo eso de un modo diferente a que te falta un tornillo?

¡No, por favor! Otra que me venía demandando explicaciones que no podía dar. ¿Quién dijo que tener secretos inconfesables hacía la vida más interesante? En un asco, en eso era en lo que se estaba convirtiendo la mía por culpa de la historia que no podía revelar a nadie.

—Tengo treinta y cuatro años, no tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

Me levanté, y las patas de la silla al ser arrastradas hacia atrás chirriaron

con la contundencia justa para dar a mi discurso el empaque que necesitaba. La ventaja, con respecto a esa misma situación vivida unas horas antes, frente a Nino, era que la reacción de mi madre no me afectaba tanto como la de él. Me daba igual que se enfadara porque ese era el estado en el que pasaba dieciséis de las veinticuatro horas que tiene un día. Las otras ocho las dedicaba a dormir.

Por otro lado, tampoco creía que le debiese explicaciones. A ella no.

Salí de la cocina, me cambié las zapatillas por unas deportivas y me puse un abrigo polar largo y sin cinturón, de esos que te hacen parecer un gusiluz, encima del pijama. Mi madre me siguió. A esas alturas empezaba a estar acostumbrada a que replicase, por lo que el factor sorpresa había dejado de jugar a mi favor.

—¿Dónde vas? Todavía no hemos acabado de hablar.

En lugar de responder abrí la puerta y salí al descansillo. Sufriendo como siglos los segundos que el ascensor tardó en llegar a mi piso. A mi espalda ella siguió hablando a un volumen que dejó nuestra privacidad a la altura del betún.

—Berta, no me dejes con la palabra en la boca. No se te vaya a ocurrir dejarme con la palabra en la boca.

Pero se me ocurrió.

Pese a la advertencia me metí en el ascensor y presioné el botón del bajo. Necesitaba dejar de oír su voz, pero tuve que esperar a estar en la calle para ver mi deseo cumplido.

Esa fue una de las veces en las que la diatriba siguió varios pisos arriba.

## Capítulo 20

Era marzo, domingo, diez de la mañana. Había amanecido soleado y corría una brisa tibia que arrastraba por la ciudad aromas de primavera. El mes, un puente entre una estación yerma y otra cargada de flores, era por sí solo una invitación a salir a la calle. Lo demás, el clima, el sol... solo ganancias que azuzaban las ganas de dejar de hibernar.

Había chiquillos vistiendo sus mejores galas, niños con pantalón corto y rebequita de punto, como salidos de una estampa de postguerra, y niñas que amenazaban la integridad de sus medias de espuma con agitados juegos. También padres y madres conversando sentados en las terrazas de los bares, turistas disfrutando del típico paseo en coche de caballos y hasta unos recién casados en plena sesión de fotos para el recuerdo.

Y, en medio de tanta gala de domingo, yo. Sin peinar, con mi anorak-gusiluz y las zapatillas de deporte. Me estaba asando de calor, pero no quería bajar la cremallera del abrigo para no dejar al descubierto el pijama de gatitos que llevaba debajo.

Había cogido un autobús y ahora paseaba por uno de los márgenes del río, cerca de la Torre del Oro. No sabría decir qué estaba haciendo allí. Sencillamente, fue el destino de un camino que seguí al azar. Dejando que mis pies se moviesen sin que mi cerebro ordenase.

La brisa del Guadalquivir aún resultaba fresca. Aunque el invierno agonizase seguía estando presente. Me acodé en la baranda, asomándome al río para aliviarme el sofoco. Notaba la cabeza a punto de estallar y necesitaba desesperadamente de un par de oídos dispuestos a escucharme. Pero la historia que tenía para contar era demasiado para la mente racional que dominaba a todos mis conocidos. Quizás debería haber dejado que mi madre me cogiese cita con el doctor Gallardo, desahogarme con él y aceptar que me

declarase mentalmente enferma de una vez.

Sí, habría sido lo mejor. Total, si no estaba loca ya, no iba a tardar mucho en volverme. De ese modo ahorraría tiempo.

—Berta.

Me volví al sonido de mi nombre y vi a Aitana. Mi compañera de trabajo corría hacia mí con la melena rubia flotando a su espalda. La imagen parecía sacada de un anuncio de champú.

—Hola —la saludé cuando se detuvo frente a mí. Agradeciéndole con una sonrisa que me diese la oportunidad de desconectar de mis preocupaciones un rato.

—Me pareció que eras tú. —También ella sonrió, solo que lo hizo de un modo que delataba inquietud—. ¿Va todo bien?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues... —La manera en que me miró, de arriba abajo, concluyó la frase de una forma más elocuente que las palabras elegidas con más esmero.

—¡Ah! —exclamé, perfectamente consciente del aspecto que presentaba. Especialmente lamentable si lo comparaba con el del resto de personas que transitaban por allí. Con el de la propia Aitana, sin ir más lejos—. Me sentía un poco agobiada en casa y he salido a que me dé un poco el aire. Así, con lo puesto.

Aitana esbozó otra sonrisa. Esta algo más relajada, concediéndome un voto de confianza.

—Yo también lo hago —me dijo, confidente—. Cuando me emboto con los estudios, me hecho encima el abrigo y me lío a dar vueltas por el barrio para despejarme.

Más allá de su hombro divisé la figura de un chico moreno. Llevaba la larga melena rizada recogida en un moñito a la altura de la nuca y una colorida camisa por fuera de los pantalones. Rezumaba un aire estudiadamente bohemio y ese matiz «diferente» que lo delataba como extranjero antes de que su acento lo dejase al descubierto.

Nos miraba. Más bien, miraba a Aitana. A su espalda. Pude leerle la mente. Se notaba que se estaba preguntando si mi amiga tardaría mucho en darme largas.

—Me parece que tu amigo está empezando a impacientarse —le avisé sin quitar ojo a quien la esperaba a distancia.

Ella giró la cabeza y miró por encima de su hombro. Aunque sabía

perfectamente de quién le estaba hablando.

—¿Omar? —preguntó, revelándome el nombre del susodicho—. Todavía no tengo muy claro si es un amigo. Poner a prueba su paciencia es parte del proceso para decidirlo.

Mi desconcertado parpadeo debió servir como signo de interrogación, porque inmediatamente agregó:

—Lo he dejado con Borja.

¡Imposible!

No se lo dije, claro. No hubiese sido delicado. Pero lo pensé. Lo hice alto y fuerte porque dentro de mí la cortesía importaba poco.

Borja, estudiante modelo y paradigma de niño pijo. De esos que llevan los cuellos de las camisas perfectamente planchados asomando bajo el jersey. Siempre me pregunté cómo se las apañaría en verano. No podía imaginármelo sin esa prenda de lana. El mismo que ejercía de novio enamorado y detallista que no deja pasar un solo cumpleaños, aniversario y demás fechas a recordar sin enviar a su chica un detallito que la convirtiese en centro de atención de la clase, la biblioteca o el trabajo. Dependiendo del lugar al que remitiese el presente.

Ahora que lo pensaba, era cierto que San Valentín había pasado sin que diese señales de vida. Estuve tan distraída con mis idas y venidas a París que ni siquiera me percaté. No podía imaginarme en qué habría fallado el aspirante a novio perfecto para que Aitana lo hubiese cambiado por ese contrapunto que parecía un «espíritu libre y sin ataduras». No sabía cómo se lo habrían tomado los padres de mi compañera, pero estaba segura de que, para mi madre, despedir a Borja para acoger a Omar habría supuesto un disgusto mayúsculo.

—Resulta que él fue el primero en querer buscar nuevas amistades —me dijo, respondiendo la pregunta que no me atrevía a hacerle. En su voz se coló el natural deje de despecho—. Así que ahora tengo carta blanca para hacer lo mismo.

Su determinación me chocó un poco. En su misma situación y con una edad cercana a la suya yo había reaccionado del modo radicalmente opuesto. Cuando descubrí que para Leonardo yo solo había sido una más entre el rosario de ligues con los que mataba el rato, tiré la toalla y me encerré en casa. En el salón, delante de la tele. Aitana, en cambio, allí estaba esa mañana de domingo, curándose las heridas con ese hombre que pocas suegras

aprobarían, pero al que la mayoría de las hijas no dudarían en dar una oportunidad.

Aquella apuesta por «un clavo saca a otro clavo» no terminaba de encajar con mi visión romántica y anticuada del amor. Pero no podía discutir que la actitud de esa muchacha era más saludable que la que yo había demostrado. Y su manera de encarar la vida más valiente y arriesgada.

—Parece que el amor no era una cesta de perritos de peluche cantarines enviada en tu cumpleaños —expresó Aitana con una desazón que delató la condición de mero reemplazo del Sandokán que la esperaba a su espalda.

—¡Gracias a Dios! —bromeé, recordando el exagerado mal gusto del último presente que Borja remitió a la academia.

La sonrisa con la que mi interlocutora acogió el comentario fue más que forzada. Por lo que deduje que mi intento de animarla no fue muy exitoso.

—Siempre puedo prestarte mis zapatos mágicos. A ver dónde te llevan — cambié de tercio, recuperando la broma que ella hiciera una vez, esperando no fracasar de nuevo.

Para mi alivio, Aitana me sonrió abiertamente.

—Te lo agradezco, pero, si lo pienso bien, no creo que me gustase tenerlos.

—¿Y eso por qué?

Toda mi atención se focalizó en ella. Entenderéis que, para mí, el tema era de vital importancia.

—Porque lo que se obtiene fácil rara vez tiene emoción. Y nunca, nunca — enfatizó—, se valora. Creo que es mejor dirigir los zapatos que dejar que sean ellos los que te lleven a ti. Solo así puedes estar segura de saber adónde vas.

Tocada y hundida.

¿Cómo explicarlo? Durante todo ese tiempo en el que nos habíamos visto casi a diario había considerado a Aitana poco menos que una ingenua que prácticamente no sabía nada de la vida. Alguien que aún estaba por aprender, a base de golpes, como todo el mundo. Cinco minutos de charla frente al Guadalquivir bastaron para dejarme claro que edad no era sinónimo de madurez y que, de las dos, yo era la más ignorante. Además de la más cobarde.

—Bueno, te dejo. Que tampoco es plan de apretarle mucho las tuercas a este —concluyó compadeciéndose finalmente del paciente Omar.

Con la prisa que le había entrado de golpe dejó caer un beso en mi mejilla derecha y se alejó al trote, tal y como había llegado, enhebrando el brazo al

de su nuevo «amigo» para seguir profundizando en su amistad.

No les auguré ningún futuro. No sabía qué estaba buscando Omar en Aitana, pero tenía claro que, para ella, él no era más que un intento desesperado de superar a su exnovio. Y, de paso, restregarle en los morros su poca intención de guardarle luto. Despecho en estado puro.

Metí las manos en los bolsillos del anorak que me sobraba, mirándolos mientras se alejaban por esa calle que se me antojaba más larga que el tiempo que les quedaba juntos.

«Es mejor dirigir los zapatos que dejar que sean ellos los que te lleven a ti», recordé, pensando que era verdad. Si fuera yo quien decidiese mis pasos, si estos me hubiesen llevado a Nino sin mediación mágica, no estaría en la situación en la que me encontraba. Sin más esperanza que la de los números.

Era verdad que era mejor dirigir que dejarse llevar. Aunque yo jamás hubiese probado cómo se sentía eso.

En ese momento, en concreto, tenía menos idea que nunca de cómo hacerlo.

No estaban. Ni los zapatos, ni la caja, ni siquiera la nota de despedida de la abuela. Nada. Debajo de mi cama solo encontré el hueco que ocupaban entre las otras cosas que guardaba allí abajo. Viejos apuntes de la universidad, algún que otro diario escrito en mi niñez con mala letra y exceso de ingenuidad... Pero, de lo que estaba buscando, ni rastro.

Solté la colcha, dejando que cayese libre hasta casi rozar el suelo. Y me levanté para salir de la habitación como una locomotora fuera de control.

—Mamá —grité en el pasillo, dirigiéndole la palabra por primera vez desde el desayuno. Cuando demostró su preocupación por mi salud mental—. ¡Mamá! —repetí al no obtener respuesta. El resultado no varió con respecto al primer intento.

La encontré en el salón, mirando una película que no tardaría en abandonar para probar suerte en otros canales. El cine jamás se contó entre sus aficiones. Mi abuela solía decir que a su hija le faltaba imaginación para meterse en una historia. Y, también, empatía para conectar con los personajes.

Giró el cuello, mirándome sin moverse de donde estaba. Supe que me había escuchado. Las dos veces. Si no respondió fue porque no le apetecía hacerlo.

Volvió a mirar la pantalla y la apuntó con el mando a distancia, cumpliendo mi vaticinio. Los actores de la película fueron rápidamente sustituidos por los colaboradores de un programa del corazón. Muy enfrascados en sus debates, todos ellos. Tanto que no me hubiese extrañado si se hubiesen liado a golpes allí mismo, en horario estelar y frente a todo el país.

—¿Dónde están mis zapatos? —le pregunté a su nuca, ya que la bronca televisada me había privado de su atención.

Esperaba un «¿qué zapatos?». O, quizás, un «ni idea». Pero no. Aún sin mirarme, mi madre respondió:

—En la basura.

Así de claro. Sin intentar, siquiera, fingir que no sabía de qué le hablaba.

Entré en el salón, traspasando el umbral en el que había permanecido hasta ese momento para detenerme a un lado del sofá en el que mi madre estaba sentada.

—Será una broma —exclamé, controlando mi voz antes de que se convirtiese en alarido. Sabía que alzar el volumen, más que beneficiarme, me perjudicaría.

Ella siguió mirando la tele. De nuevo se negaba a darme una respuesta. Tampoco necesité que lo hiciese. Ya sabía que no era una broma. Manoli Tellado jamás bromeaba.

—¿Por qué los has tirado? ¡Son mis zapatos! Los que la abuela me dejó al morir. No tenías ningún derecho a...

—El derecho que me da ser tu madre.

El mando a distancia rebotó en el sofá, donde lo lanzó. Pero, tomando un rumbo propio, dio un salto más antes de caer al suelo.

—Y, como tu madre, no voy a consentir que te sigas echando a perder con las estupideces que te inculcó esa loca de tu abuela.

No tenía ningún sentido. La conversación no nos llevaría a nada más que a terminar peleando. Y ya estábamos peleadas, así que no quería echar más leña al fuego.

Me di media vuelta y salí del salón y de la casa.

—Berta. ¡Berta! Vuelve aquí ahora mismo.

Naturalmente, no obedecí. Me urgía recuperar el último obsequio de la abuela. Aún era temprano, el camión de la basura todavía no había pasado para vaciar los contenedores de la calle. Si me daba prisa quizás estuviese a

tiempo de recuperarlos. Si corría lo suficiente, podría ser que aún no los hubiese encontrado ninguno de los mendigos que rebuscaban en la basura.

Por segunda vez en ese día salí a la calle en pijama. Corrí por la acera desierta, bajo un cielo cubierto de nubes que no permitían ver ni una sola estrella.

Encontré la caja a los pies del contenedor. Sobre una bolsa a punto de reventar de la que se escurría un líquido anaranjado y maloliente. El cartón estaba reblandecido, debilitado por la humedad, por el relente de la noche y el contacto con esas sustancias por identificar que fluían a su alrededor.

Me arrodillé en el suelo. La suciedad y el frío no me importaban nada. Como dos meses atrás la carta estaba allí, sobre el papel de seda. Aparté uno y otra con la urgencia de comprobar el contenido. Dentro estaban mis zapatos, con aquel brillo apagado por el desgaste que los volvía inmunes a la luz de las farolas. Pero no sentí alivio. Encontrar mis tacones perdidos no me trajo descanso.

Alcé uno de ellos, comprobando que el encantamiento que encerraban no era lo único que se había roto. El tacón quebrado, separado por completo de la base, atajó cualquiera de mis dudas sobre si podría volver a usarlos. Mi madre se había asegurado bien de inutilizarlos antes de lanzarlos a la basura. Como si hubiese tenido una revelación sobre cuál iba a ser mi reacción al descubrir su falta.

Solo uno. Uno de los zapatos había sido mutilado. Más que suficiente para echar a perder el par.

Aún de rodillas me dejé caer más en el suelo, hasta casi desplomarme en él; ahogándome en él.

Ya está. Se había acabado la magia. La de un viejo par de zapatos, la de los caprichosos y volubles números, la de la noche... Me dije a mí misma que ya no quedaba nada mientras una voz gritaba dentro de mi cabeza: «es medianoche, Cenicienta». Lo que tocaba, lo único que podía hacer ahora, era regresar a la realidad. A la calabaza, los ratones y los harapos.

Llovía. Empezó a chispear en ese momento. Como en las películas, para hacer más dramática la escena y resaltar la tristeza del personaje principal. Igual que en la ficción pero mucho más doloroso, porque todo era de verdad.

## Capítulo 21

Como cuando tras un largo viaje te vuelves a ver inmersa en la rutina diaria. Igual que cuando eres niño y se acaban las vacaciones de verano. Para hacerlo simple, la sensación era algo así. Solo que elevada a la centésima potencia. Lo que dejaba atrás, relegado en un lugar inaccesible de mi pasado, no era solo la libertad de poder ir y venir a mi antojo, sin estar sujeta a obligaciones u horarios. Ni siquiera una ciudad que era, en sí misma, el escenario de un sueño.

Lo que dejaba atrás era una parte de mí. Todo de él.

Así vagué durante la semana siguiente. Intentando aceptar esa normalidad que, tras lo vivido, se me hacía extraña. ¿Se puede habitar una choza tras haber conocido los lujos de un palacio? Se puede. Estoy segura de que sí. El ser humano se acostumbra a todo. Pero eso no significa que el proceso de adaptación sea fácil. Menos cuando en el camino te acompañan un corazón destrozado y el peso de un secreto que no puedes compartir.

De este modo pasé los días siguientes al rompimiento del hechizo que, cual hada malvada, ejecutó mi madre con sus propias manos. Yendo a la academia, a dar clases de lunes a viernes; pasando el fin de semana con una tarrina de helado y una Audrey Hepburn convertida en *Ariane*. Una evasión, la del helado y el romance filmado en blanco y negro, que era más que suficiente para mí. Para la Berta del pasado. Para la que había sido antes de conocer a Nino.

Hasta ese momento el cine había sido mi única válvula de escape. Mi modo de vivir la vida a través de otros que ni siquiera existían. Pero ahora se había convertido en el recordatorio de lo que había perdido, aun antes de tenerlo. La confirmación de que ya no me quedaba nada.

Quizás fue por esa desazón que ya ni siquiera encontraba consuelo en el

remedio de siempre. O puede que el detonante estuviese en el sonido de los tacones de Aitana, que se presentó en la cafetería ganando varios centímetros a su estatura natural.

—¿Zapatos nuevos? —le pregunté la mañana de aquel lunes que marcaba el comienzo de mi segunda semana de condena en la realidad.

—Sí. —Me hizo un pase de modelos improvisado, levantándose el dobladillo de los pantalones antes de tomar asiento.

—Son muy bonitos.

—Y me están matando. —Se desplomó en la silla, escenificando sus palabras—. Pero es un precio que estoy dispuesta a pagar a cambio de lo que me dan.

—¿Un dolor de pies? —intervino Paco, cuya mentalidad masculina lo incapacitaba para entender la satisfacción que experimentaba Aitana al destrozarse los pies.

—Eso, y todo un camino por delante. En estos zapatos no hay pasos del pasado, todos los que estoy dando con ellos son nuevos.

—¡La leche! ¡Cuantísima filosofía para esta hora de la mañana! Déjate de literaturas que ya sabes que soy de ciencias.

Yo permanecí en silencio, escuchando a mis compañeros lanzarse pullas con más ganas de buscarse las cosquillas que de pelear.

«Es mejor dirigir los zapatos que dejar que sean ellos los que te lleven a ti».

Ver a Aitana alardeando de calzado nuevo me recordó la frase que me había dicho cuando nos vimos frente a la Torre del Oro. Entonces, una semana después de que la hubiese pronunciado, fue cuando caí en la cuenta de hasta qué punto tenía razón. Aunque tampoco sabría decir si ese fue el momento decisivo.

Es difícil señalar cuándo empezó a obrarse el cambio en mi interior. En la vida no hay tal cosa como un giro en la trama. Lo que sí hay son necesidades. Y yo necesitaba romper con todo. Con esa vida cíclica en la que mi falta de iniciativa me había encerrado. Con la apatía que empezaba a consumirme.

Esa mañana en vez de dirigirme a la sala de profesores para dejar el bolso y el abrigo me fui derecha a la pequeña oficina que se usaba como despacho de la directora.

—Me voy —lo solté así, de sopetón, a bocajarro. Del mismo modo en que me sobrevino la idea. Tan precipitadamente como había tomado la decisión.

Mi jefa alzó la vista, mirándome por encima de la montura de sus gafas. El escritorio frente al que se sentaba estaba repleto de facturas y recibos.

—¿Cómo que te vas? Pero si todavía no ha empezado ni la primera clase. Los de francés de las nueve te están esperando. Si necesitas tomarte el día debiste...

—No. No me voy por un día, me voy para siempre. Renuncio.

—¿Que renuncias? —Lucrecia se sacó las gafas. Su expresión reflejaba la sangre fría de quien sabe que debe dominar una situación de alarma—. Berta, ¿qué ha pasado?

Dejó las lentes sobre el libro de cuentas, apoyándose en el respaldo con los brazos cruzado, nada dispuesta a dejarme ir así porque sí.

—Nada, ese es el problema. —Pero yo estaba demasiado resuelta para doblegarme a su lógica de mujer de negocios—. Llevo ocho años trabajando aquí, y no ha pasado absolutamente nada. Por eso me voy.

—A ver. —La amiga de mi madre siguió en sus trece, incapaz de entender ni de ver nada más allá de su mente racional—. Vamos a pensar con madurez y a no dejarnos llevar por un calentón.

—Nunca he actuado con más madurez.

No le di opción a decir nada más. No estoy segura de si porque sabía que nada de lo que dijese me disuadiría o, por el contrario, porque temía que lo hiciese.

Caminé con paso firme por el pasillo, directa a la salida. Mis pisadas no resonaron, como lo habían hecho las de Aitana antes, al entrar. Las botas de suela plana no remarcaban mi avance con la misma fuerza. Pero, igualmente, me sentía segura. Me habría gustado ir a casa de la abuela, subir a su habitación, sentarme en el filo de la cama y hablarle al cabecero. Usándolo como representante de su presencia tal y como había hecho otras veces.

—¿Sabes qué, abuela? —le habría dicho—. Te va a resultar raro, porque no es para nada mi estilo, pero creo que yo si tomaré el camino difícil.

Pero no podía hacerlo. La casa de la abuela ya no era la casa de la abuela, sino la de un profesor de universidad que llevaba un par de semanas viviendo en ella, con su mujer y sus hijos. Irrumpir en el domicilio habría sido no solo descortés, también un delito. Tuvimos que entregar todas las llaves antes de que los nuevos inquilinos tomaran posesión del hogar y, a esas alturas, estos ya debían haber cambiado las cerraduras.

Así que me salté ese paso confiando en que, estuviese donde estuviese, mi

abuela andaría al corriente de lo que me proponía hacer y lo apoyaría. De eso estaba segura, la tendría de mi lado. Me constaba que nadie mejor que ella sabía del sufrimiento que produce un amor perdido.

Me fui derecha a la parada, subí al autobús que tomaba a diario para ir a casa y, al llegar, comprobé que las noticias que portaba conmigo ya no eran frescas.

—Berta —mi madre, que justo ese día tenía turno de tarde, asomó al recibidor al sonido de las llaves en la cerradura. Entrando en materia sin ceremonias, fiel a esas maneras tuyas que valoraban la delicadeza a la baja—, ¿me quieres explicar qué está pasando? ¿Qué es eso de que has dejado el trabajo?

—Hola, mamá. —Cerré la puerta, guardé las llaves en el bolso y me encaminé a la cocina—. Voy a preparar café, ¿quieres una taza?

Había renunciado al trabajo, mi madre tenía encima un cabreo de los antológicos, no tenía ni idea de qué hacer con mi vida, ni siquiera con mi futuro más inmediato y, aun así, me sentía tranquila como pocas veces lo había estado. Como hacía muchos años no me sentía.

—¿Qué? —Mi madre, en cambio, estaba en las antípodas de esa sensación de paz que yo estaba experimentando—. Pero... ¿qué es esto? ¿Un anuncio de Nescafé? Berta, hija, si es que ese ha sido siempre tu problema, que no sabes diferenciar entre lo que pasa en la tele y lo que es la realidad.

—Bueno, vale —cedí, suave como una malva. No pensaba sofocarme por detalles menores—. Pues sin café. —Me quité la bufanda y cambié de rumbo—. Vamos al salón. Tenemos que hablar.

En ningún momento se mostró reacia a hacerlo.

—¡Por supuesto que tenemos que hablar! —Me siguió—. Me vas a explicar ahora mismo...

—Me voy a París.

No había querido anunciarlo así. Mi idea era tener una tranquila conversación. Todo lo tranquila que podía ser una charla con mi madre, se entiende. Sentadas al calor de la mesa de camilla y con una humeante taza de café delante. Pero no iba a poder ser. Sabía bien que Manoli Tellado no era mujer ni paciente ni delicada.

Me adapté a sus formas, pasando de la puesta en escena para ir directa al grano.

—¿Cómo que te vas a París? ¿Es que te ha salido un trabajo allí?

Dejé el bolso sobre la mesa y tomé asiento en una de las sillas que la rodeaban.

—No.

—¿Entonces?

La agitación de mi madre iba en aumento. Como el oleaje antes de que estalle la tormenta. La V de su entrecejo también se acentuó, volviéndose mayúscula al mismo tiempo que su enfado.

—Pues nada. Que primero voy a París y, una vez allí, ya busco algo.

Demasiado simplista, lo sé. Pero no iba a contrale que me iba a otro país persiguiendo a un ídolo adolescente. No quería que volviese a sacar la tarjeta de visita del doctor Gallardo.

—Mira, Berta —cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice. Como si la aquejase una terrible jaqueca—, dejémonos de tonterías que ni yo tengo humor ni tú quince años.

—Treinta y cuatro.

—¿Qué?

—Que es verdad, no tengo quince años. Tengo treinta y cuatro —acordé con ella con una actitud indiscutiblemente conciliadora—. Te lo digo porque la mayoría de las veces se te olvida y me ves como una anciana para la que ya no hay esperanza.

Me levanté y rodeé la mesa para llegar a su lado.

—Pero aún soy joven. Y no quiero seguir desaprovechando mis mejores años viendo cómo la vida pasa delante de mí en la pantalla de la televisión. Por eso me voy a París. No sé qué haré allí, pero es algo que necesito.

Me callé. Ya había dicho lo que tenía que decir. Ahora era su turno de réplica.

Cuadré los hombros y me preparé para aguantar una filípica de dimensiones bíblicas. Pero no hubo tal. Mi madre no habló. Ni siquiera movió los labios. Y era raro, porque, en los treinta y cuatro años de vida que acababa de reivindicar, no recordaba ni una vez en que se hubiese quedado sin hablar. Su lengua era el arma más letal que poseía. Me descuadró que no la desenvainara en cuanto le di la oportunidad.

—Te quiero, mamá —confesé, utilizando su inesperado silencio para terminar de vaciarme—. Mucho. Muchísimo. Y sé que tú también me quieres. Pero, seamos honestas, como compañeras de piso nuestra relación deja mucho que desear. Ni tú puedes con mis cosas ni yo con las tuyas.

La V no desapareció. Siguió allí, impermeable a mi sentida declaración de amor fraterno.

—Es una niñería. —Al menos sirvió para que mi madre recuperase la voz. Preparé mi cuerpo para soportar los palos verbales que de un momento a otro empezarían a lloverme por todos lados—. Una decisión estúpida que solo una descerebrada como tú podría tomar.

—Mamá... —la llamé, dispuesta a defenderme con esa calma que se había convertido en mi estado habitual.

—Pero, si es lo que quieres hacer, hazlo.

—¿Cómo?

No era eso lo que esperaba que dijese. No contemplaba que se rindiese así, sin más. Sin un improperio, sin una voz, sin un pescozón siquiera. Estaba decidida a sacar mis precarios ahorros del banco y plantarme en París a como diese lugar. Con lo que no contaba era con llevarme el beneplácito de esa mujer conmigo.

¿Qué estaba diciendo?

—A mí me parece una soberana estupidez eso de que lo dejes todo y te vayas, así, a la aventura, a un país extranjero. Lo que deberías hacer es buscar un buen hombre y casarte de una vez —apostilló, firme en los planes de futuro que tenía para mí—. Pero, por lo menos, tienes intención de hacer algo más que quedarte sentada en el sofá viendo uno de esos tostones que le gustaban a tu abuela. Vete a París, date el hostión de tu vida y, cuando vuelvas, a ver si tenemos suerte y Juanma sigue aún soltero.

La miré con absoluta perplejidad mientras mi cerebro descodificaba su discurso con más dificultad de la requerida. Y no porque no entendiese el significado de sus palabras, sino porque no podía asimilar que hubiese dicho lo que yo había interpretado.

Me parecía a mi padre. Demasiado. ¿A ella? Algo debía tener también de esa mujer que me había dado la vida. Creo que la forma de la boca y esa complexión que ni perdiendo peso difuminaba mis rotundas curvas femeninas. Sí; eso, sin duda, era herencia de Manoli Tellado. Todo físico. No compartíamos un solo rasgo de personalidad que nos ayudase a acercar posturas. Siempre había sido de ese modo, desde que puedo recordar. Por eso me dejó helada la actitud que estaba mostrando.

No me estaba apoyando. No le parecía una buena decisión y, desde luego, tenía esperanza cero en que fuese a tener éxito. Pero estaba dispuesta a

dejarme hacer, sin meter la nariz ni intentar arrastrarme a lo que ella consideraba lo correcto. Era mucho más de lo que esperaba. Más de lo que había obtenido de ella hasta la fecha.

—Muchas gracias, mamá.

El agradecimiento me nació en forma de abrazo. Le rodeé los hombros y pegué mi cuerpo al suyo, como hacíamos cada uno de enero para felicitarnos el año nuevo. Ese era el momento de mayor contacto físico entre nosotras.

Se ve que mi madre no estaba dispuesta a romper la tradición. Apenas se vio encerrada en mis brazos me dio un empujón para mantener las distancias. A ver qué iba a ser eso de abrazarse cuando estábamos a mediados de marzo.

—Quita, que me agobias. —Se alejó, tironeando del cuello del chaleco—. Voy a terminar de hacer la comida, que a este paso no almorzamos. Y tú más vale que también te pongas a hacer algo, que, entre que te vas y no, no te quiero tener en casa mano sobre mano —me advirtió a voces, ya desde la cocina.

No me vería sin hacer nada. Eso podía tenerlo por seguro. Ya había arreglado el modo de volver a París, pero aún quedaba lo más importante. Tenía que hallar el modo de regresar a Nino.

## Capítulo 22

Mi madre me auguró el fracaso desde el principio. Apostillando la lapidaria frase de «ya volverás llorando, ya» desde que se enteró de mis planes hasta que me despidió en el aeropuerto. Podía no ser la mejor dando ánimos —de hecho, no lo era—, pero había algo bueno en su crudo realismo: te preparaba para lo peor.

No lo había pensado hasta entonces. Pese a que, mirándolo fríamente, era lo más lógico. Los zapatos, de los que ahora solo conservaba el izquierdo a modo de recuerdo, y que habían sido inutilizados para su función mágica de por vida, no solo hacían las veces de vuelo directo a París. Ofrecían mucho más que eso. Creaban la oportunidad. Ese momento. El justo, el adecuado, el preciso para que los caminos de dos personas se encuentren. Quizás a mi abuela le hubiese sido más fácil reunirse en Casablanca con Abik sin la mediación del par de tacones. Pero, en mi caso...

Digamos que para acercarse a Nino Fabre no bastaba con gastarse los ahorros en una de las ciudades más caras del mundo.

Fue algo que tardé mucho y poco tiempo en entender. Mucho porque no caí en la cuenta hasta llegar a París, poco porque me bastó pasar un rato en la ciudad para asimilarlo. Sabía en qué hotel se alojaba, su nombre y sus apellidos. Sabía que la vocación de ser actor nació gracias a su madre, con la que veía películas antiguas siendo niño y hasta que, en realidad, no era tan alto como toda Francia creía que era. Sabía de él todo eso, y muchas otras cosas que no podían averiguarse navegando en Internet. Incluso cómo besaba. Pero nada de esto bastaba para acceder a él.

La recepcionista del hotel, ese con un jardincito trasero de estética olvidada en el que yo había estado tantas veces, no iba a darle aviso al señor Fabre solo porque le dijese todo eso. Ni siquiera iba a aceptar que el actor más

famoso del país se estaba alojando allí. El secreto profesional estaba ante todo.

No me quedó más opción que sentarme en el sofá de la entrada y esperar a que Nino saliese a rodar, a que decidiese bajar a nuestro jardín... Me bastaba con que fuese Jean Claude, o alguno de los guardaespaldas, el que pasase por allí. Me conocían. Me habían visto con Nino más de una vez. Podrían llevarme a él con la seguridad de que no era una fan loca, desesperada por acercarme al actor. Que, por otro lado, era lo que debía pensar la muchacha de la recepción. A juzgar por el modo en que me lanzaba miradas de soslayo desde el otro lado del mostrador.

Mi pacífica presencia no debía bastar para calmar sus temores, porque no tardó en aparecer un miembro de la seguridad del hotel invitándome, tan amable como contundente, a abandonar el edificio.

Y así fue como culminó mi primer intento. En un fracaso tan clamoroso como el que mi madre me vaticinó en Sevilla. Pero no iba a rendirme a la primera, claro. No, aunque fuese mi tendencia natural. Esta vez me jugaba demasiado para simplemente dejar que las cosas fluyesen a su antojo.

Me tragué la vergüenza y, cuando desde mi discreto escondite vi a la recepcionista salir, cediendo el turno a su compañera, volví a la carga. Esta vez pasé de pedir a la empleada que anunciase mi presencia. Me había dado cuenta que esta era algo que más valía ocultar que proclamar a los cuatro vientos.

Me colé. O, mejor dicho, lo intenté. No logré llegar al ascensor. Fui interceptada por la seguridad antes, haciéndome merecedora de una nueva invitación a salir que, esta vez, tuvo poco de advertencia y mucho de amenaza.

A la tercera intentona dicha amenaza, hasta el momento meramente verbal, se vio trasladada al plano físico. Me llevaron a un despacho en las entrañas del hotel. Obligada a permanecer sentada en una silla por la enorme mano del guardia que había frustrado mi misión y me había recluido allí. Mientras que un hombre joven y trajeado se paseaba por la habitación hablando por el móvil. Sin duda, sobre mí. Aunque no sabría precisar sus palabras exactas. Mi nerviosismo mermaba considerablemente mi capacidad de comprender el francés.

Me sentía como en una de esas películas de gánsteres, a la espera de que uno de esos dos hombres comenzara a descargar golpes contra mí para

hacerme confesar. Solo que yo no tenía nada que confesar. Desde el principio había dejado bien claro lo que había ido a hacer allí. Se lo dije a la recepcionista que me echó la primera vez.

El hombre al teléfono cortó la comunicación, se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y detuvo su andar nervioso por la estancia para pasar a mirarme, ahora inmóvil, desde el centro de la habitación. Supe que era el momento de comenzar el interrogatorio.

Lo oí suspirar. Solo eso, oír, porque había cerrado los ojos anticipándome al primer envite. Por eso tampoco vi la puerta al abrirse. Solo escuché el sonido de las bisagras.

—Madame Moulian —saludó a la recién llegada uno de los dos hombres que me custodiaban. Salvando las carencias del sentido de la vista al que yo había renunciado voluntariamente.

El nombre me hizo cambiar de parecer. Abrí los ojos, descubriendo la regia estampa de la Cloth de Nino en el umbral del despacho. La miré. Con ojos suplicantes, seguro. No podía verme a mí misma. No tenía cerca nada que reflejase mi imagen. Pero me hice una idea bastante precisa de mi expresión.

Clothilde asintió como queriendo decir: «tranquila, yo me ocupo». Y yo me sentí como si quien acabase de entrar por la puerta fuese Wonder Woman, o Supergirl, o cualquiera de esas heroínas con superpoderes capaces de la mayor proeza.

—Monsieur Dumont —devolvió el saludo a quien, supuse, sería el director del hotel. Aunque me pareció muy joven para un cargo de tanta enjundia—. No se preocupe, ya me encargo yo.

La frase dio carta blanca a los hombres para hacer lo que, al parecer, más deseaban: lavarse las manos y desentenderse del problema. Que era yo, se entiende. Con lo que me pareció una prisa mal disimulada ambos salieron del cuartito. El suspiro que exhalé fue tan grande que creo que provocó un vendaval en la estancia.

—Gracias —dije a mi salvadora con una sinceridad incuestionable. No creí que pudiese sentirme tan feliz de ver a esa mujer.

—Menuda ha organizado. —Cloth se plantó delante de mí cruzando los brazos bajo el pecho. El frunce de sus cejas le daba un aire a mi madre—. ¿Qué le pasa? ¿Es que usted no sabe hacer nada de una manera discreta?

—Lo siento.

—Hace bien en sentirlo. He tenido que mentir al director diciéndole que es una de las estilistas de Nino. Y, aun así, no ha sido fácil convencerle de que no la entregue a la policía.

—Necesito ver a Nino. —Escuchar su nombre aumentó mi urgencia—. Debo hablar con él. La última vez tuve que irme sin...

—Me temo que eso no va a ser posible.

Me quedé callada, mirándola con el aliento en pausa.

—Pero es que tengo que decirle...

—Pero es que nada.

Clothilde sonó brusca. De haber estado más cerca del escritorio seguro que le habría propinado un buen porrazo.

—Le he hecho un favor ayudándola a salir con bien de este entuerto. Ahora le toca a usted compensarme el gesto. No se puede recibir sin dar nada a cambio. ¿Es que no ha visto *La sirenita*?

Sí que la había visto. De niña. Hacía demasiado tiempo para notar que estaba parafraseando a Úrsula, la malvada bruja del mar, antes de proponer a la princesa sirena que le diese su voz a cambio de un par de piernas. Crueldad en estado puro.

Además de ver la película también había leído el cuento. Por eso sabía que, en el original, la historia no acababa bien, precisamente. Así que la alusión de esa mujer a la obra de Andersen me preparó para lo peor.

—¿Sabe, Berta? —Ocupó la silla al otro lado del escritorio—. No parece usted ese tipo de mujer. Pero tampoco Yoko Ono tenía la pinta de una *femme fatale* y ahí la tiene usted. Se cargó a la mejor banda de todos los tiempos, la muy cabrona. —Lo dijo como una fan que, pese a los muchos años que habían pasado, aún no conseguía perdonarle a la japonesa semejante pecado—. Por eso, desde el principio, he intentado mantener a Nino a salvo de usted. Hasta envié a los periodistas al restaurante.

—¿Lo hizo a propósito? —inquirí con una ingenuidad abrumadora, abriendo mucho los ojos. Igual que un niño que acaba de descubrir que los Reyes Magos son los padres.

—Pues claro que lo hice a propósito. ¿En qué mundo vive? Supuse que, con lo celoso que es Nino de su intimidad, se alejaría de usted después de verse expuesto de esa manera. —Clothilde se masajeó las sienes, como intentando librarse de un terrible dolor de cabeza—. Pero ahí sigue, más empecinado que antes. Ya sabe que es un tierno. Es parte de su éxito con las

mujeres.

Valoró aquel rasgo de la personalidad de su representado como quien valora un producto que pretende colocar en el mercado. Yo me abracé a mí misma, agachando la cabeza para rehuir la frialdad extrema que desprendía su mirada.

—Oiga, sé que no lo hace a conciencia. Que cree que lo ama y todo eso. Pero, Berta, usted le hará más mal que bien a Nino.

—Yo nunca le haría daño. —Levanté la cabeza defendiendo la honestidad de mis sentimientos como una leona.

—Ya se lo ha hecho —rebatió mi oponente con una fuerza que ensombreció a la mía—. ¿Es que no lee usted la prensa? —Suspiró, y vi claramente cómo hacía acopio de paciencia. —Mire, Nino no es solo un actor. Es... ¿Cómo decirlo? Un sueño. La fantasía de la mayoría de las mujeres de este país. Su imagen de príncipe azul es el noventa por ciento de su caché. Su actuación representa solo el otro diez por ciento.

—¿Quiere decir que yo arruino su imagen?

—No se sienta mal por ello. —Clothilde sonó extrañamente conciliadora—. Cualquiera mujer ocasionaría el mismo efecto. La única pareja posible para Nino Fabre es Élodie L'amour. El hombre más deseado por las francesas y la mujer que a todas les gustaría ser. Son la pareja perfecta. ¿Por qué piensa que malgasto tanto esfuerzo en juntarlos? ¿Por qué me cae bien esa cabeza hueca que solo sabe combinar zapatos y bolsos?

No respondí. Dejé que el silencio cayese entre nosotras al tiempo que asimilaba la verdad que rezumaba el razonamiento de la mánager. Aunque no había leído nada de lo publicado sobre Nino y sobre mí en la prensa francesa sí que había vivido en directo la reacción de mis primas a la supuesta traición. Una ínfima muestra de lo que debió suponer el escándalo en el país de origen del protagonista.

—Berta —Clothilde extendió la mano sobre el escritorio que nos separaba para agarrar la mía. Como una amiga que ruega la ayuda de otra—, Nino no me va a escuchar. Es demasiado joven aún. Todavía cree en esos clichés del amor romántico y esas parafernalias. Pero nosotras somos adultas, ya estamos curadas de romanticismos. —Me soltó la mano—. Si de verdad le quiere, déjelo. Es lo mejor que puede hacer por él, y lo sabe. Retírese antes de que sea muy tarde. Antes de que el amor acabe y solo queden los reproches. Nino no se lo perdonará si pierde su carrera por usted. No puede vivir sin la

actuación, lo sabe tan bien como yo.

Claro que lo sabía. Conocía a Nino. De alguna manera, lo conocía aun antes de la primera vez que nos encontramos. Como si fuésemos dos mitades de ese ente completo del que hablaba Platón, buscándonos para completarnos.

—Tenga.

Miré el sobre que dejó sobre la mesa como si fuese algo raro, un objeto que no reconocía. Como si fuese el primer sobre que veía en mi vida.

—Aquí dentro hay suficiente para que pueda disfrutar de París, a todo trapo, durante unos meses.

—No quiero dinero —rehusé, y ella puso los ojos en blanco.

—Ande, no actúe como la heroína llorona de un melodrama barato y acepte el dinero. No estamos rodando ninguna película ahora.

Clothilde se levantó. Dejando en la mesa el sobre con la suma en la que estimaba el precio de mis sentimientos por su representado.

—Espero no volver a verla, pero, en cualquiera caso, la próxima vez no cuente con mi ayuda.

Tomó su bolso, rodeó el escritorio, se dio media vuelta y, pese a que me había dicho que no actuase como la heroína de una telenovela, tuve la impresión de que era eso lo que ella estaba haciendo. No jugando el papel de la protagonista, sino el de la villana. La madre ambiciosa y sobreprotectora que intenta comprar a la chica pobre para que no se acerque a su hijo. O algo por el estilo. Eso fue lo que pensé mientras la veía salir de la habitación. Una habitación en la que yo permanecí un rato más después que Clothilde se hubo marchado. Hasta que el director regresó reclamando el espacio que utilizaba para trabajar. Entonces, sabiendo que había abusado demasiado de la hospitalidad y la paciencia de ese hombre, convencido solo a medias de no entregarme a las autoridades francesas, también yo me levanté y me fui. Salí del despacho llevándome conmigo solo lo que me pertenecía.

El dinero de Clothilde no entraba en esa categoría.

## Epílogo

Hace dos años que vivo en París y aún me despierto por las mañanas preguntándome si ese será el día en que se cumplirá la predicción de mi madre. O lo que es lo mismo, el día en que me decida a subirme al primer avión destino a Sevilla para volver a casa llorando. Tal y como ella dijo que haría. Hay momentos en los que verdaderamente desearía darle la razón. Pero supongo que, al final, los ratos de luz siempre vencen sobre los días grises.

La tarde, que echando la vista atrás me parece tan lejana, en que salí del hotel con lo puesto, ya había tomado una decisión. Una que no era nueva. Se trataba de la misma que cruzó por mi cabeza al principio de mi historia. Cuando empecé a aceptar la naturaleza extraña y mágica de los zapatos de mi abuela. La que incluía la posibilidad de tener París sin ambicionar nada más.

Puede que ese fuera el camino que tenía que encontrar, después de todo. Quizás lo que el destino me deparaba era vivir en esta ciudad que es, en sí misma, el decorado de una película. Siempre dispuesta para comenzar a rodar una historia que, con suerte, podría ser la tuya.

Debía haberlo interpretado mal. Tenía que ser por eso por lo que los zapatos me llevaban una y otra vez hasta allí. Pensándolo fríamente, que el destino de una mujer se reduzca a amar a un hombre sería injusto y obsoleto. No calzaría con los tiempos modernos. Es una idea tan retrograda que bien podría haber salido de la mente de mi madre.

Él no debió ser más que una consecuencia secundaria de mi viaje, a la que yo di más protagonismo del que tenía.

Los ahorros de toda mi vida me ayudaron a subsistir los primeros meses. Limpié portales, casas y desempeñé todo tipo de trabajos reservados a inmigrantes que hacían clamar a mi madre que «no me había pagado estudios universitarios para que yo acabase así». También di algunas clases de

español, trabajé en un supermercado... Hasta que, una lluviosa mañana de domingo, conocí a Darifa en una tienda de artículos de segunda mano.

Estaba al otro lado del vestido de cuadritos de vichy del que me había encaprichado, tirando de él para asegurarse que la prenda no cayese en otras manos que no fuesen las suyas. Llevaba unos pantalones capri de color rosa que bien podrían haber estado en el guardarropa de Françoise Hardy, a juego con su *hiyab*, y un ejemplar antiguo, primera edición en francés, de *Love Story* bajo el brazo.

La sensatez gritaba que deberíamos caernos mal. Éramos rivales que se disputaban la propiedad de un vestido. Sin embargo, una corriente de simpatía fluyó entre nosotras de una manera natural.

—Entonces, ¿eres de Casablanca? —le pregunté en la cafetería a la que corrimos para resguardarnos de la lluvia. Con el vestido que habíamos adquirido en custodia compartida dentro de una bolsa que dejamos en una silla que mediaba entre ambas—. Mi abuela, en su juventud, estuvo muy enamorada de un hombre de allí. Aunque se casó con mi abuelo, me consta que nunca consiguió olvidarse de él.

—Natural —respondió Darifa mirándome a través de sus largas pestañas. Mientras inclinaba la cabeza para dar un sorbo a su té marroquí—. No hay mejores hombres que los marroquíes —aseveró con orgullo patrio—. Por más que digan los franceses y los italianos, ninguno de ellos les llega a las suelas de los zapatos a los hombres de mi país.

Intercambiamos teléfonos, nos vimos ocasionalmente para dejar y tomar nuestro vestido de vichy como dos padres separados que comparten la custodia de un hijo, tomamos té, hablamos largo y tendido sobre viejas películas. Terminamos haciéndonos buenas amigas y de ese vínculo, que al estar las dos lejos de casa fue el más estrecho que manteníamos con alguien en esta ciudad extranjera, nació la idea de montar una pequeña tiendecita que ambas regenteamos en Montmartre. En una de esas calles estrechas y adoquinadas, vestigio del París de antaño.

Nos especializamos en la venta de objetos antiguos. No solo ropa, también libros, vajillas, alguna que otra pieza de modesta joyería. Pertenencias que, tras la muerte de sus propietarios, habrían acabado en el cubo de la basura y que, después de ser debidamente preparada, Darifa y yo dejamos listas para que otra persona pueda disfrutarlas. Añadiendo una nueva historia a la que ya portan con ellas.

Llamamos al establecimiento El Zapato de Cenicienta.

—Me gusta —había dicho mi socia tras oír mi sugerencia sin imaginar el significado el que el nombre tenía para mí—. Evoca que puedes encontrar cualquier cosa aquí —rio con su dentadura grande y blanca—, hasta el zapato que perdió Cenicienta después del baile.

En el escaparate, apenas una ventana abierta en el lateral derecho de la fachada, coloqué el zapato de mi abuela. El izquierdo, el único que quedaba del par, sobre un cojín de terciopelo rojo, convirtiéndolo en el emblema de la tienda.

Así ha sido mi vida durante estos dos últimos años: empeñada en hacer sobrevivir un negocio que nació agonizante, condenado a muerte por una sociedad que ve en lo antiguo material de desecho y poco más.

¿Y Nino Fabre? Te estarás preguntando qué fue de él. Si, simplemente, lo olvidé y seguí con mi vida, como si nada. Es la duda más lógica. Aunque también la respuesta se me antoja evidente.

No lo he olvidado. Por supuesto que no lo he hecho. Olvidar a Nino es algo para lo que mi corazón jamás estará preparado. Pero, si algo saqué en claro de mi casi arresto, fue que, una vez termina la magia, lo único que queda es la realidad. Y la realidad es que Nino y yo vivimos en mundos muy distintos.

¿Qué tiene que ver Cenicienta, una mujer harapienta y cubierta de cenizas, con el príncipe que heredará la corona del país? Pues eso, nada. Sin hechizos mágicos de por medio no son más que dos piezas que no encajan, porque que cada una pertenece a un extremo opuesto del puzle.

A ojos del mundo, a los de Darifa, que es prácticamente la única persona con la que comparto confidencias aquí, me convertí en una fan. Alguien que colecciona recortes de prensa y que atesora los DVD de las películas del ídolo francés. Los únicos títulos actuales de una colección que, antes de conocer a Nino, no iba más allá de 1970. Me conformé con verle de lejos mientras guardaba en mi interior el recuerdo de los momentos, pocos, pero preciosos, que pasamos juntos. Conformándome con oírle responder a la pregunta, cada vez menos frecuente en las entrevistas, que lo cuestiona sobre la identidad de la misteriosa dama con la que fue sorprendido en La Cuisine de Pierre, que se trata de la única mujer a la que ha amado de verdad.

Me pregunto qué cara pondrá Clothilde cuando le oye decir eso. Aunque no sé si ella sigue dirigiendo su carrera.

Dos años. En dos años muchas cosas han cambiado. Élodie, la hija del

anterior primer ministro, encontró el amor que clamaba en su apellido artístico en un jinete brasileño. Ahora ella espera su primer hijo y él la ha dejado por una modelo rusa de infinitas y flacas piernas. Aitana sigue con su peregrinaje amoroso en busca de alguien que la haga superar a su primer novio formal. Mi prima Claudia trabaja en una revista especializada en moda. Nino Fabre está más empeñado que nunca en hacer a un lado su imagen de galán para decantarse por un registro más adulto. Y, según me contó mi madre la última vez que hablé por teléfono con ella, Juanma se casará este septiembre con una peluquera que conoció por mediación de su tía Teresa.

Fue una información facilitada en forma de reproche, pero las dos hemos aprendido a no tomarnos muy en serio. Eso, unido a la distancia, ha mejorado considerablemente nuestra relación.

Han pasado dos años en los que he descubierto que, en esta ciudad de lágrima fácil, conviene llevar siempre un paraguas en el bolso. Independientemente de la estación en la que estemos. Y que la gabardina es una prenda muy útil para el entretiem po.

Dos años en los que he venido levantándome a las siete y media de la mañana para tomar el metro y, antes de abrir la tienda, pararme en la cafetería de la esquina a comprar un café para llevar que me tomo mientras coloco la mercancía que, pese a ser vieja, es nueva en nuestro establecimiento.

Así ha sido cada día de mi nueva vida. Siempre la misma secuencia, precisa como un reloj suizo. Todas las jornadas igual.

Hasta esta mañana.

No podía imaginar, cuando abrí la puerta de la tienda y dejé el café sobre el mostrador, que alguien había gritado a mi espalda «¡acción!». Marcando el inicio de una nueva escena en mi película. Esa que, dos años después, aún le faltaba para ser una historia completa.

Me fui al almacén a buscar las cajas que había traído de Borgoña la tarde anterior. Pertenencias de una anciana cuya nieta había decidido vender ahora que su dueña se había ido. Fue una suerte contactar con ella. Había verdaderas maravillas en el ajuar de esa mujer. Desde un diario escrito en la época en que su esposo sirvió al ejército francés, durante la Segunda Guerra Mundial, hasta un collar de cuentas de cristal de colores del que me había enamorado a primera vista. Una cantidad considerable de material por clasificar y preparar para la venta. Trabajo que tendría que hacer sola. Darifa se había cogido el día libre. Me pareció lo justo después de haber estado

ocupándose de la tienda el tiempo que yo estuve en Borgoña.

Suspiré, sacando de las cajas las prendas de ropa a las que habría que darles un buen centrifugado para quitarle los rastros del encierro en el que habían pasado décadas. El vestido de novia, la blusa que le regaló su madre en su dieciocho cumpleaños, un camisón que debía guardar los secretos de una noche muy especial...

Las campanillas que colgaban de la puerta de entrada tintinearón, anunciando la presencia de un cliente madrugador.

—Enseguida salgo —anuncié desde el almacén, arrodillada entre un mar de cajas de cartón.

Me levanté, con el brazo derecho convertido en una percha de la cual colgaba una pesada cantidad de prendas.

—Perdone, estaba...

La sonrisa se me congeló en los labios, junto con las palabras, en el mismo instante en que regresé a la tienda. Una torpeza imperdonable esa de olvidar el guion delante de un actor. Pero verle allí, en mi humilde negocio, después de tanto tiempo... me paralizó.

—Perdón... yo... —Las tablas le fallaron, mostrándose tan afectado como yo pese a que fue él quien propició el encuentro—. Tu amiga dijo que abríaís a las nueve. He estado esperando ahí fuera y, cuando te vi entrar... Si llego en mal momento puedo volver luego.

Me habló como el chico tímido que yo guardaba en mis recuerdos, no como el actor de las películas apiladas entre mis DVD. Pero los dos eran el mismo, claro. No se me había olvidado eso.

Para ser honesta, no sabría describir cómo me sentí en ese momento. ¿Superada, tal vez? En fin, no sé. De no cargar a mis espaldas una historia que desbordaba los límites de la lógica creo que me habría costado reaccionar. Aun con experiencia sobrenatural en mi haber, y todo, no fue sencillo hacerlo.

¿De verdad tenía a Nino allí delante? No terminaba de creérmelo.

Se estaba rodando una película en la zona. Darifa me había contado algo de eso el tiempo que estuve fuera. Pero, hasta donde me dijo, ya habían terminado.

En fin... ¿Qué puñetas estaba haciendo él en mi tienda?!

—¿Mi amiga?

La necesidad de comprender primó sobre todo lo demás. Precisaba algo

que me sirviese de asidero para no perder el contacto con la realidad.

—La chica morena que estaba aquí el otro día.

—¿Darifa?

¿Darifa había hablado con Nino y no me había dicho nada? ¡Imposible! ¡Sabía lo mucho que me gustaba! Que coleccionaba recortes de prensa y no me perdía una sola de sus películas.

—¿Qué le ves a ese francesito paliducho? —me había preguntado más de una vez.

—Me recuerda a alguien de quien estuve muy enamorada —le respondía con una verdad a medias—. Él también era tímido y dulce.

—¿Tímido y dulce? —Resoplaba ella, con los ojos entornados ocultos bajo sus larguísimas pestañas, juzgándole por el carácter de sus personajes—. Pues a mí el tal Fabre me parece más del tipo rebelde y malhumorado.

Lo que quiero decir es que no había manera de que Nino hubiese estado en nuestra tienda y mi socia no me hubiese dicho nada.

—Estuve rodando cerca de aquí hace unos días —siguió explicando él. No sé si porque necesitaba justificar su presencia o porque se daba cuenta de lo perdida que me sentía—. Y... bueno... vi el zapato en el escaparate.

—¿El zapato?

¿El zapato lo había llevado hasta allí? ¡Increíble! Una vez más, fue el único adjetivo en el que pude pensar.

—Berta —dio algunos pasos adelante, acortando la distancia que mediaba entre nosotros—, no te haces una idea de lo mucho que te he buscado.

Sus palabras resonaron en la tienda, alumbrada sola por la luz grisácea de un amanecer primaveral y aún frío, alcanzando mi interior con una fuerte vibración.

Dejé que las prendas que sostenía cayesen de mi brazo, desparramándose a mi alrededor. Agitada de la cabeza a los pies. Lo que me acababa de decir no encajaba mucho con el papel de fan que había adoptado. Era un poco... demasiado, para alguien que no aspira a más que a mirar de lejos a quien ama.

—Darifa no me dijo que estuviste aquí.

Seguía dando vueltas a eso. Puede que fruto de un bloqueo voluntario, para no pensar en otra cosa.

—Le pedí que no lo hiciera —confesó con aire culpable—. Tenía miedo de que huyeses si te enterabas de que había preguntado por ti. Cloth me dijo

que había intentado hablar contigo varias veces y que siempre rehusaste. Que todo esto de la presión mediática, y demás, te había superado.

—Eso es mentira —exclamé dando rienda suelta a la indignación—. Ella me ofreció dinero para que no volviese a acercarme a ti.

—¿Te ofreció dinero? —Esta vez fue él quien sonó indignado.

—Sí. Dinero que no acepté, por supuesto —aclaré de inmediato. Luego me crucé de brazos, prorrumpiendo en un suspiro—. Dijo que solo te haría mal. Y que jamás me perdonarías si tu carrera se echaba por la borda por mí.

Nino abrió la boca con toda la intención de replicar, pero lo único que sonó fueron las campanillas de la tienda.

Se mantuvo de espaldas a los recién llegados, agachando la cabeza en un intento de preservar su identidad tras los cuellos de su abrigo. Yo me asomé a su hombro.

—Enseguida estoy con ustedes —me comprometí con la pareja, que tenía más pinta de ser de los que curioseaban que de los que compraban. Ya había aprendido a diferenciar esas cosas.

Tiré de la manga de Nino y lo arrastré disimuladamente al almacén. Nuestros pies chocaron con las cajas. Una, dos, tres... Por mucho cuidado queuviésemos eran demasiadas para poder esquivarlas todas. Y ambos estábamos muy alterados para preocuparnos de por dónde pisábamos.

Cerré la puerta tras nosotros, dejando a los clientes a solas en la tienda, sin vigilancia; libres para arramplar con la mercancía sin ser atrapados. Algo que Darifa me había advertido que no debía hacer. Nunca. Jamás. Bajo ningún concepto.

—Es el A, B, C, del tendero, Berta —había intentado aleccionarme. Debería decir que sin éxito, a juzgar por lo que estaba haciendo—; nunca quites el ojo a lo que vendes.

La misma razón que justificaba la torpeza de mis pasos podría aplicarse a mi descuidado comportamiento.

—Esa noche, en el lavado de coches... Simplemente no puedo entender qué fue lo que pasó —dijo Nino visible, y comprensiblemente, confundido. Cerca, muy cerca de mí dentro del diminuto espacio que compartíamos.

—Es algo que no puedo explicarte.

—¿Por qué?

Su insistencia me agobió. Me hizo retroceder dos años atrás, a la época en que un secreto que no podía compartir con nadie pesaba sobre mí.

—Porque es muy complicado.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Cuanto más te tome contarme tu historia, mejor. Decirte adiós es algo que siempre prefiero posponer.

Sonreí. Fue un gesto espontáneo, involuntario, sincero. Sonreí. Aunque era consciente de que, al hacerlo, retiraba la barrera tras la que había estado protegiéndome tanto tiempo.

—¿Y qué pasa si mi historia se parece más a un cuento que a la realidad? ¿Qué pensarías si te digo que fue ese zapato del escaparate quien me llevó a ti? —pregunté como al azar. Tanteando el terreno pese a que sabía perfectamente que, de atreverme a adentrarme en él, no encontraría más que arenas movedizas bajo mis pies.

—Me ha pasado lo mismo. También ha sido el zapato lo que me ha traído aquí. —El desconcierto volvió a dominar su cara cuando añadió—: Además, no se te olvide que te he visto desaparecer de mi lado dos veces. La última de una manera que ni siquiera me deja opción a buscar una explicación racional. Después de lo que he vivido contigo no creas que espero una historia al uso.

Otra sonrisa, inoportuna y honesta, me traicionó.

Me recosté contra la pared que tenía detrás. Incómoda por la caja que mantenía las distancias entre mi espalda y el tabique. Nino se inclinó sobre mí. Sus ojos mostraban un brillo que me hizo anticipar lo que pasaría a continuación.

—Ya te dije una vez que, sea cual sea el secreto que escondes, he decidido ponerme de tu lado —aseveró con un susurro gutural.

—¿Por inverosímil que sea?

—Por inverosímil que sea —me aseguró, deteniéndose a un milímetro de mi boca antes de depositar en ella el beso que sus ojos prometían.

No aparecieron las palabras «The End». Tampoco sonó música, ni la imagen se fue a negro para que nuestros nombres apareciesen en los créditos. No pasó ninguna de esas cosas que ocurren al final de una película. Y me alegro, porque, de lo que menos ganas tengo, ahora mismo, es de finales. Entre Nino y yo aún queda mucho por resolver.

Esa es la ventaja de la vida sobre las películas, que sus historias nunca concluyen. Siempre hay un esperanzador «continuará...».

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)

HQN™

**SARAH**  
Autora best seller del USA TODAY  
**MORGAN**

*Atardecer*  
*en*  
*Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"  
—Booklist

# Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah  
9788491881452  
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

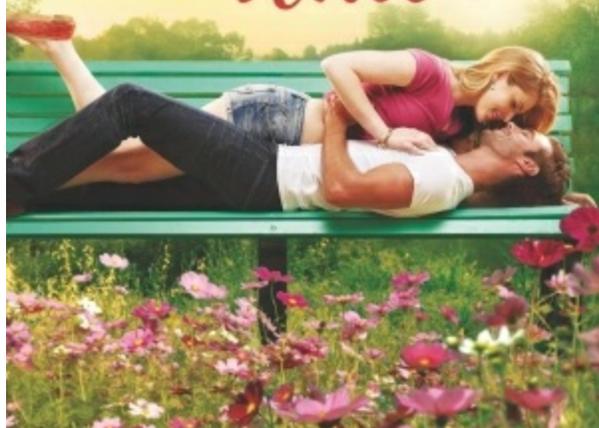
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor  
de mi  
amor*



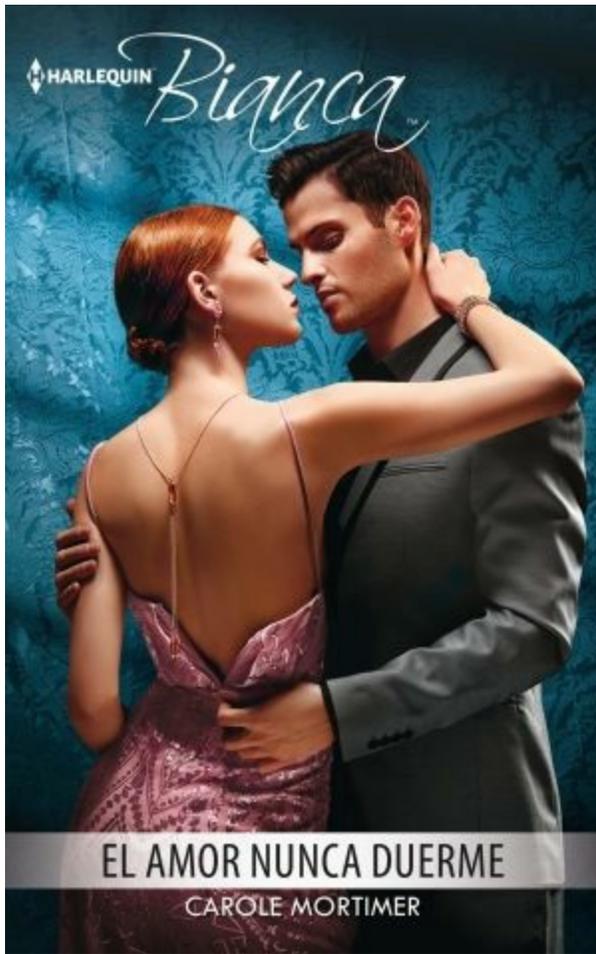
# Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan  
9788491881469  
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

# El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

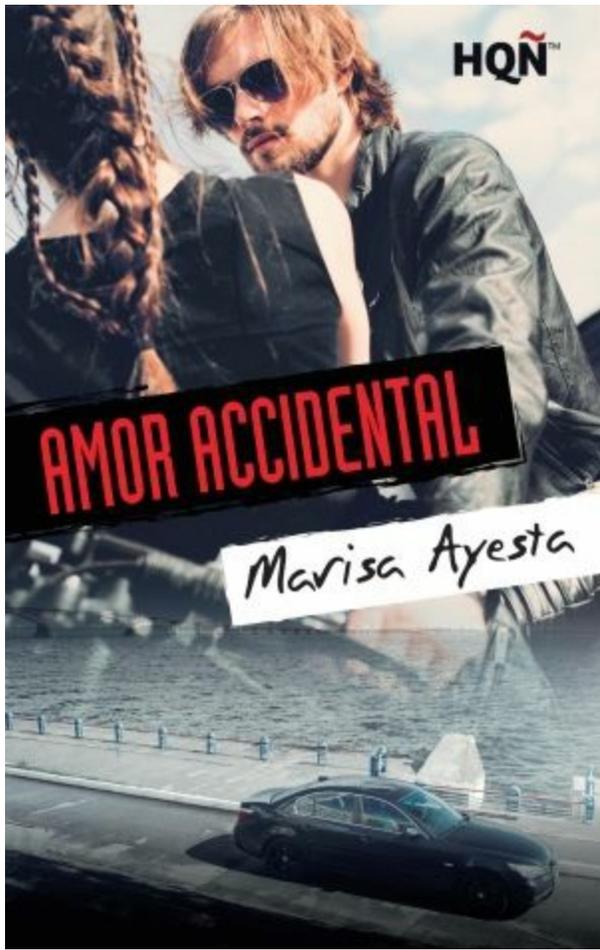
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HQN™

**AMOR ACCIDENTAL**

Marisa Ayesta

# Amor accidental

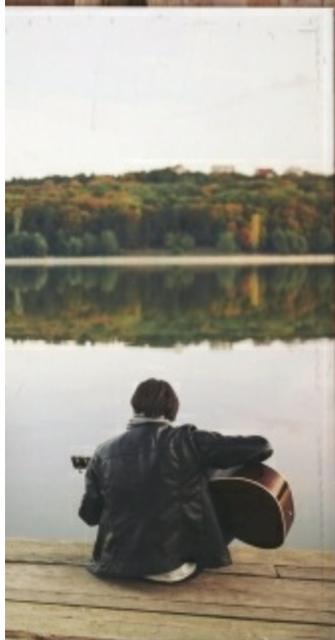
Ayesta, Marisa  
9788491887218  
144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Iciar Albatrecu es testigo involuntario de cómo dos hombres se alejan de un restaurante tras cometer sendos asesinatos. Su declaración ante la policía hará que se vea envuelta en una trama donde la mafia china en la provincia ha dado la orden de acabar con ella. Perseguida y asustada, encontrará la seguridad en los brazos del policía nacional Pau Salas, hacia el que surgirá un amor tan accidental y repentino como la vorágine de asesinatos e intrigas que les rodean. Pau nunca se ha comprometido en las relaciones hasta que se descubre enamorado de Iciar, que siempre ha estado unida a su mejor amigo y compañero. Aunque tratará de olvidarla, no conseguirá luchar contra su corazón cuando ella se vea en peligro y amenazada de muerte. Una novela de amor trepidante donde una mujer tendrá que elegir entre dos policías mientras ambos luchan por mantenerla a salvo. El amor se abrirá paso entre las persecuciones, los asesinatos y la intriga.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™



VUELVES  
EN  
CADA  
CANCIÓN

Las canciones de nuestra vida

Anna Garcia

# Vuelves en cada canción

Garcia, Anna

9788491701422

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces nos olvidamos de que, aunque esté nublado y llueva, termina saliendo el sol. Connor ha dejado todo atrás. Familia, amigos y, sobre todo, a Zoe. Incapaz de verla feliz en brazos de otro, tomará la determinación de alejarse, aunque a pesar de la distancia será incapaz de olvidarla, porque todo le recuerda a ella. Herido, enfadado consigo mismo y perdido, intentará reencontrarse siguiendo los pasos de su padre, tal y como él le ha pedido. Un viaje en el que conocerá gente que cambiará su manera de ver las cosas, que le ayudará a profundizar en sus raíces irlandesas. Un viaje para intentar recomponer su existencia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)